

CRISTINA DOMENECH

SEÑORAS QUE SE EMPOTRARON HACE MUCHO



Mujeres que se rebelaron contra el matrimonio y rompieron las reglas de etiqueta. Rebeldes, genias, decadentes, artistas... Señoras que, pese a todas las dificultades de su tiempo, se atrevieron a expresar su sexualidad y desafiar a su época.

Este libro, que contempla desde el siglo XVII hasta el siglo XX, explora la historia pública y privada de estas fascinantes mujeres que amaban a otras —Anne Seymour Damer, Anne Lister o Josephine Baker, entre tantas otras—, para visibilizar y sacar a la luz una realidad que nunca debería haber sido secreta.

Cristina Domenech

Señoras que se empotraron hace mucho



Título original: *Señoras que se empotraron hace mucho*
Cristina Domenech, 2019

Ilustraciones y cubierta: Alejandra Acosta

Revisión: 1.0
31/01/2020

*Alguien, en el futuro,
nos recordará.*

SAFO

Introducción

¿Sabías que una de las pintoras más famosas del siglo XIX tuvo que pedir un permiso especial para poder ir con pantalones al campo cuando trabajaba bocetando animales? ¿O que una de las mayores estrellas mediáticas del siglo XX ayudó a ganar una guerra con su ropa interior? ¿O que en el siglo XVII una cantante de ópera se metió en tantos líos que el rey de Francia tuvo que perdonarle la vida... dos veces?

Estas son solo algunas de las mujeres de las que voy a hablaros en este libro. Todas tienen vidas fascinantes, dejaron huella en la historia y se vieron envueltas en circunstancias únicas. Y todas tienen algo en común: su atracción romántica o sexual hacia otras mujeres.

Pero dejadme que empiece por el principio.

El día 7 de marzo de 2018, miles de personas leyeron una historia que escribí de forma casual para unas amigas en la red social Twitter. Trataba sobre dos mujeres que fueron a juicio bajo sospecha de «indecencia» y presentaron, como prueba de su inocencia, una biblia que se habían regalado. Quien diga que esto no es la cumbre absoluta del *thriller* judicial miente, y lo sabe. La historia estaba contada en apenas un puñado de mensajes hilados, con datos reales, pero usando un lenguaje muy informal. Dos días más tarde tenía diez mil seguidores en Twitter (y seguían aumentando) pidiéndome más historias. Esto, además de casi fulminarme del susto, fue todo un misterio para mí. ¿Desde cuándo le interesaba a nadie lo que hacían las señoras que se empotraron hace mucho?

Creo que tenía razones para estar sorprendida. Era 2018 y habían pasado quince años desde que, siendo apenas una adolescente, me había preguntado por primera vez: «¿Dónde están las lesbianas en la historia?». Era algo que jamás se me había ocurrido hasta entonces, que hubiese mujeres antes que yo que a los quince años pasaran por las mismas dudas e incertidumbres. Pero obviamente tenían que existir, así que me puse manos a la obra para intentar encontrar algunos nombres.

Los primeros años fueron bastante complicados, pero con el paso del tiempo las cosas se fueron agilizando. Entonces empecé a estudiar literatura inglesa en la universidad, lo que supuso una gigantesca explosión de información y de acceso a archivos y libros de consulta. Muchas mujeres habían tenido la misma inquietud y habían acabado, como yo, en el ámbito académico. Aunque la información seguía estando dispersa y recomponer la vida de cada nombre nuevo que encontraba era una nueva aventura, descubrí el enorme tesoro que había guardado en archivos, estanterías polvorientas y libros de texto carísimos. Pero esta información casi nunca estaba en

español, lo que la hacía inaccesible para la niña de quince años que se preguntaba dónde estaban las lesbianas en la historia y que buscaba otras vidas en las que verse reflejada, una prueba de que formaba parte de algo más grande que ella misma.

De aquellos primeros años de carrera salieron multitud de nombres y pistas que seguir, contextos históricos y culturales diversos y una enorme lista de fuentes. El conocimiento que poseo se lo debo en gran parte a las mujeres que se atrevieron a mirar al pasado y desenterrar su propia historia y con las que muchísimos investigadores tenemos una deuda eterna: Faderman, Vicinus, Castle, Traub, Whitbread, Liddington, Donoghue, Cleves y muchas más.

A diferencia de los libros de los que tanto aprendí, y todavía aprendo, este no es un libro de texto. No es un libro de consulta académica ni un ensayo. Es un libro en el que recopilé algunas historias reales de las que llevo tantos años disfrutando para que vosotros también podáis acercaros a estas mujeres únicas que jamás deberían caer en el olvido. Da igual si no te gusta aprender historia o si no disfrutas demasiado leyendo textos académicos: hoy vengo a contarte una historia y escuchar una buena historia es uno de los placeres más universales que existe. Así que aquí tenéis algunas reales, emocionantes, divertidas y absurdas de señoras que se empotraron hace mucho.

Son para quien las quiera, pero, sobre todo, son para quien las necesite.

SIGLO XVII



Julie d'Aubigny (*Mademoiselle de Maupin*)

Hay historias reales que se trenzan con tantos elementos de leyendas, rumores y escándalos que resulta imposible contrastar los hechos. Esta es una de esas historias. Nuestra protagonista se llamaba Julie, probablemente, pues su nombre real ha quedado enterrado bajo la enormidad de su figura pública. Se duda de su fecha de nacimiento y de numerosos sucesos de su vida, por lo que no queda claro si lo que se cuenta de ella es realidad o mito. Pero lo que sí sabemos es que fue cantante de ópera, duelista y bisexual, y que en el París del siglo XVII se convirtió en una de las artistas más famosas y se batió en duelo con todo aquel con quien no se acostó.

Dejadme que os cuente la historia de Madeimoselle de Maupin, una señora con una vida tan tumultuosa que el rey tuvo que perdonarle la vida... dos veces.

Julie d'Aubigny nació en 1670 (aunque otras fuentes señalan 1673) se supone que en París, aunque no quedan documentos que lo confirmen. Su padre era secretario del Caballerizo Mayor del Palacio de Versalles, un puesto más importante de lo que pueda parecer *a priori*. El señor d'Aubigny se encargaba de la instrucción de todos los pajes del rey Luis XIV y del entrenamiento de sus caballos. Se ve que el hombre no se comió mucho la cabeza a la hora de educar a su hija y decidió darle a Julie exactamente la misma formación que al resto de los jóvenes que estaban a su cargo, que incluía lectura, redacción, nociones básicas de música, etiqueta y manejo de la espada. Ni que decir tiene lo lejos que estaba esta educación de la que recibían tradicionalmente las mujeres en el siglo XVII. Aunque no sabemos por qué decidió instruirla en todas las otras materias, tenemos una idea bastante clara de por qué puso tanto empeño en enseñarle a manejar la espada.



Salles d'armes: salas donde se practicaba y refinaba el arte del duelo. Generalmente se consideraban lugares donde una mujer no debía estar, con escasas excepciones. Así, es probable que la Maupin pudiera acudir a ellas tan frecuentemente por la protección de su padre, considerado un gran espadachín.

Desde muy pequeña, Julie fue famosa por dos cosas: por su gran belleza y por ser absolutamente ingobernable. El señor d'Aubigny se vio criando a una hija guapísima a la que era imposible seguirle la pista y que, además, vivía rodeada de muchos muchos hombres. Preocupado

por su seguridad y dándose cuenta de que intentar controlarla era como intentar ponerle una correa a un gato, nuestro padre sufridor optó por enseñarle a defenderse de quien hiciera falta cuando hiciera falta. Afortunadamente, a Julie le gustaban estas clases y tenía un talento natural para trincar gente; hasta se dice que su padre la tuvo bajo la tutela de algunos de los maestros más renombrados de Europa y que Julie frecuentó las *salles d'armes* desde que era prácticamente una niña. Y como no es fácil practicar con una espada llevando falda, el señor d'Aubigny permitió a Julie vestir ropa de hombre siempre que quisiera, que en el caso de Julie era siempre.

Por desgracia (para el señor d'Aubigny), unos pantalones y varios años de clases de esgrima no fueron suficientes para evitar que a Julie le salieran pretendientes de debajo de las piedras, porque ella los alentaba bastante. Y desafortunadamente (para Julie), por mucho que ella quisiese empotrarse con alguien, no podía porque su padre estaba siempre vigilando; debido a ello, sus pretendientes, mostrando un instinto de autoconservación comprensible, se retiraban, por lo que pudiera pasar. Así que Julie se buscó una especie de vacío legal y optó por la senda del vacile, que fue una constante en su vida: se hizo amante del jefe de su padre, el único al que este no podía retar a un duelo por el honor de su hija.

Para no quedar mal del todo con su empleado, el amante de Julie le arregló un matrimonio con un tal señor Maupin para que al menos los rumores no la dejaran sin opción a ser una mujer casada respetable, algo que en la época era muy importante. Aunque creo que al tema de ser respetable ya llegaban tarde, pero hay que darles puntos por intentarlo. Al señor Maupin, de forma supercuriosa y sospechosa, le salió inmediatamente un trabajo al otro lado de Francia y se tuvo que ir, dejando a su mujer en París con el amante. Ahora estaréis pensando: «Qué listo ese señor». Pues no tanto, porque, a la primera de cambio, Julie (que ahora es *madame* de Maupin, una señora casada supuestamente respetable) se marchó de París con un instructor de esgrima al que buscaba la ley por haber matado a unos señores en un duelo y que tampoco le duró mucho, la verdad. Hay varias versiones sobre este suceso, pero sin duda la más acorde con la naturaleza volátil de Julie es que, en cuanto se dio cuenta de que manejaba la espada mejor que él, lo dejó también por el camino. Otra versión cuenta que estuvieron juntos hasta que la Maupin encontró trabajo en la ópera.

En aquel momento y por primera vez en su vida, Julie tenía que ganarse el pan sin la protección de su padre, pero esta señora se venía arriba muy rápido, así que empezó a hacer demostraciones de espada y canto en la calle a cambio de monedas. Ojo, no demostraciones de espada y demostraciones de canto: demostraciones de espada y canto. Básicamente, retaba a alguien del público y le ganaba luchando con la espada mientras le cantaba cancioncillas humillantes. Por qué nadie querría prestarse a esto escapa a mi lógica, pero el hecho de que fuera mujer hacía que muchos subestimaran su talento.

Además de tener fama de ser muy hermosa y de manejar la espada nivel Mamba Negra, resulta que Julie no cantaba mal y consiguió trabajo en la ópera en Marsella. Aunque no se puede confirmar, algunas fuentes dicen que en sus comienzos hacía papeles de hombre, lo cual tendría sentido si consideramos que su voz era bastante más grave que la de una soprano (para las que estaban escritas todas las protagonistas femeninas de la ópera de la época) y que no había abandonado su costumbre de vestir con ropa de hombre. Eso sí, más valía no confundirla con uno: en cierta ocasión, un señor le gritó que era un hombre porque una mujer no podía manejar tan bien la espada; ella tiró la espada al suelo y se arrancó la camisa para que la audiencia decidiera qué

argumento tenía más peso.

Es posible que ya os hayáis dado cuenta de que la Maupin tenía la mecha muy corta.

En esta época, según una de mis fuentes, Julie decide que se ha cansado de los hombres y que quiere una novia; y además quiere que sea rubia, para que contraste con su piel morena de trabajar en la calle todo el día. Yo no sé si esto es verdad, pero imaginad lo sobrada que tiene que ir una persona para elegir novia cromáticamente.

Lo que sí es verdad es que, justo por aquel entonces, la hija de un influyente comerciante se enamoró perdidamente de ella. Ignoro si era rubia, pero Julie le correspondió con bastante ardor y hubo un empotramiento mutuamente satisfactorio.

El padre de la muchacha no estaba tan entusiasmado con el panorama y mandó a su hija a un convento en Aviñón para alejarla de la Maupin tanto como fuera posible. Ya sabemos lo rápido que se crecía Julie, así que abandonó su trabajo e ingresó en el convento como novicia para rescatar a su novia y seguir empotrándose tranquilas, que era algo que a la Maupin le apetecía más o menos todo el rato.

El plan era el siguiente: coger el cadáver de una monja que había muerto hacía unos días, meterlo en la cama de la muchacha y escapar del convento. Y ahora todos nos preguntamos (y con razón): ¿no van a notar enseguida las otras monjas que eso es un cadáver y no una novicia? No os preocupéis; para evitarlo, antes de escaparse le prendió fuego al convento. ¿Que por qué metió a la monja muerta en la cama si pensaba incendiarlo todo después? Mirad, no lo sé y tampoco sé si quiero saberlo. Los caminos de la Maupin son inescrutables.

Estuvieron varios meses juntas antes de que la muchacha volviera a casa por razones que desconocemos. Puede que tuviera que ver con que Julie se viese obligada a irse de Marsella a toda velocidad acusada de profanación de tumbas, secuestro, prenderle fuego a un convento y tres o cuatro cosas más. Vaya, que la mandaron ejecutar, así que no era buen sitio para quedarse. Curiosamente, en la sentencia no aparecía su nombre, sino el de un tal señor d'Aubigny, probablemente para ahorrarle a la familia de la muchacha la vergüenza de ver a su hija envuelta en un escándalo lésbico.

Julie partió rumbo a París y volvió a cantar en tabernas para ganar algo de dinero. Pero como ni fugada de la justicia se tomaba las cosas muy en serio, se metió en una pelea con un joven que acabó en duelo. Se batió con él y con dos de sus amigos y ganó. Al muchacho le atravesó el hombro con la espada; luego lo cuidó hasta que se recuperó, se empotraron y quedaron de amigos para toda la vida. Se ve que lo de empotrarse con unos y ensartar a otros se le estaba quedando corto a Julie, así que pasó a ensartar y empotrar al mismo individuo, que era más rápido.

Julie quería volver a la ópera, pero antes necesitaba quitarse de encima la sentencia de ejecución. Una vez en París, movió hilos con su primer amante y consiguió que el rey le extendiera el perdón. Tras dar calor a un número considerable de individuos para que le concedieran una audición, finalmente consiguió ingresar en la prestigiosa Academia Real de Música, conocida por aquel entonces como Ópera de París. Julie no tenía mucha técnica musical, aunque sí contaba con una voz muy melódica y un gran talento como actriz (lo que no me extraña en absoluto, con la vena dramática que se gastaba). Tras su debut, Julie se convirtió oficialmente en la Maupin, una de las grandes favoritas del público. Tuvo tanto éxito que hasta modificaban los papeles protagonistas de soprano para ella.

La fama no hizo que la Maupin dejara de vestir con ropa de hombre, de frecuentar tabernas y

de buscar amantes. Su vida consistía en pasar de un escándalo a otro sin control, lo cual fascinaba al público. No tuvo problema, por ejemplo, en batirse en duelo con un tenor de su compañía, Duménil, que humillaba constantemente a las mujeres con las que trabajaba. Aunque él no quiso aceptar el duelo, la Maupin lo esperó a la salida del trabajo y le calentó el lomo con extremo perjuicio. Como muchos a los que les ganaba en duelo luego contaban que les habían atacado varios hombres (por no admitir que una cantante de ópera les había dado una paliza), Julie empezó a robarles trofeos: pequeños objetos, relojes de bolsillo, etc. Así, si a alguno le daba por decir aquello, ella aparecía para devolverle el objeto robado y destrozarle la reputación, porque, desde luego, no dejaba las cosas a medias. Esta fue la suerte que corrió Duménil, lo que hizo que la Maupin se ganara la estima de sus compañeros.

Aquí aún no había cumplido los dieciocho años (veintiuno, si atendemos a la fecha alternativa de su nacimiento). Y os recuerdo que en teoría seguía casada. No os preocupéis si se os había olvidado: entre quemas de conventos, condenas a muerte y estrellatos operísticos, un marido se traspapela fácilmente.

Otro de los grandes escándalos de su carrera tuvo lugar unos años después, cuando asistió a un baile organizado por el hermano de Luis XIV. Acudió vestida con su ropa de señor, claro, y se pasó todo el baile cortejando a una señorita de bien y bailando con ella hasta que acabaron besándose delante de todos. Inmediatamente, tres señores que llevaban toda la velada intentando acercarse a la señorita y que habían ido mosqueándose poquito a poco, al ver cómo la Maupin monopolizaba su atención, la retaron a sendos duelos. Lo típico que te pasa cuando sales un viernes de fiesta.



El rey Luis XIV había decidido adherirse al mandato de su predecesor, Luis XIII, que declaró ilegales los duelos en 1626. A pesar de que ya habían pasado más de cinco décadas desde la prohibición, estos se seguían librando para saldar ofensas de forma regular, aunque más discretamente.

La Maupin dijo que mejor se batía con los tres a la vez, que tres duelos era perder mucho el tiempo. Así que salieron a los jardines, desenvainaron las espadas y Julie los dejó a los tres en el suelo y regresó al baile; las señoritas de dentro no iban a cortejarse solas. A estas alturas, los duelos aún se llevaban mucho, pero técnicamente estaban prohibidos por la ley, así que técnicamente Julie volvió a ser condenada a morir ejecutada. Pero la perdonaron una vez más porque, por lo visto, al rey y a su hermano todo aquello les hizo mucha gracia (y no los culpo).

Aun así, por lo que pudiera pasar, Julie se fue un tiempo a Bruselas, donde se hizo amante de un señor que claramente no estaba preparado para la movida que se le vino encima y acabó ofreciéndole una fortuna para que, por favor, por favor, no se le acercara más. Julie rechazó el dinero indignadísima, como toda buena diva, y en 1698 volvió a París para ser de nuevo la Maupin en la ópera, como a ella le gustaba. Su fama subió como la espuma, tanto que se dice que ella fue la razón de que empezaran a escribirse papeles protagonistas para actrices fuera del registro de soprano.



Es complicado catalogar históricamente el registro vocal de *Mademoiselle* de Maupin. En su época se la consideraba una *bas-dessus*, algo parecido a una *mezzosoprano* o segunda soprano. Pero la terminología y las consideraciones en el rango vocal de los cantantes de ópera han variado mucho a lo largo del tiempo y a día de hoy su voz se correspondería con la del rango moderno de contralto.

Durante los años siguientes Julie se bate en duelo de espada y/o se empotra con un número alarmante de gente de su entorno laboral, porque en la ópera trabajaban, pero tampoco se aburrían. Mientras llegaba a la cumbre de su carrera (se calcula que la Maupin interpretó más de cuarenta papeles, muchos de ellos escritos especialmente para ella), se enamoró de una soprano famosísima que no le daba ni la hora, retó a duelo a todos los señores que molestaban a las coristas y aceptó invitaciones de la nobleza para asistir a cacerías y fiestas.

En 1703 (otras fuentes dicen 1701), Julie conoció a Marie Louise Thérèse de Senneterre, también conocida como la marquesa de Florensac, la señora de bien definitiva. De ella decían que era la mujer más hermosa de Francia y una de las personas más adineradas y con más influencia del país. Esta señora también era famosa por su promiscuidad (es decir, que tuvo muchos amantes porque le molaba y podía, y los que no consiguieron ser sus amantes se picaron y la llamaron promiscua). Una vez incluso abandonó el país una temporada porque un hombre muy influyente se obsesionó con ella enfermizamente.

Y, faltaría más, la Maupin se enamoró de ella perdidamente.

Igual compararon listas de amantes y se echaron unas risas o igual es que a las dos les iba la marcha por encima de sus posibilidades, pero el caso es que la de Florensac decidió tener su primera relación con una mujer y acabaron empotrándose. Los dos años siguientes vivieron juntas «en perfecta armonía», dicen, que supongo que significa que la Maupin no quemó ningún convento ni violó ninguna ley muy importante y que fueron bastante felices. Su romance fue sorprendentemente discreto, considerando lo fuerte que era la personalidad de cada una.

Cabe suponer que los empotramientos fueron legendarios. Este no es un apunte muy profesional ni muy histórico, pero seguro que no soy la única que lo ha pensado.

Desgraciadamente, la de Florensac cayó enferma en 1705 y murió de fiebres poco después. La Maupin quedó tan devastada que se retiró de la ópera y de la vida pública para siempre. Irónicamente, se dice que ingresó en un convento para alejarse de la sociedad, aunque otros apuntan a que se refugió en los suburbios de París. Dos años después, ella también murió, apenas en la treintena. La causa y el lugar se desconocen.

Creo que la historia ha dado pocos seres tan épicos como la Maupin: duelista, cantante de ópera, perdonada dos veces por el rey, lianta de alto nivel y absolutamente legendaria. Aunque se han escrito algunos libros usando su nombre y algunos aspectos de su vida con distintos niveles de veracidad, en la cultura popular su historia permanece ligada a la leyenda de su escandaloso estrellato.

Hortense Mancini

No pasa todos los días que lo menos reseñable en la vida de una señora sea que su padre se dedicaba a la necromancia, pero así es en el caso de la mujer que os presento en este capítulo.

Este buen señor nigromante pertenecía a una de las familias más antiguas de la nobleza romana. Su nombre era Lorenzo Mancini y acabó casado con Girolama Mazzarini, una aristócrata famosa por su gran belleza y por las conexiones de su familia con la realeza. Tuvieron muchos hijos, entre ellos nuestra protagonista, Hortense Mancini, que nació en Roma en 1646.

Quiso el destino que este buen hombre muriese cuando sus hijos eran aún jóvenes (ya es mala suerte que el primero en morir sea el nigromante de la familia). Su mujer se quedó viuda con un chorro de hijos que cuidar, cinco de los cuales eran niñas a las que, además, había que casar. Mamá Mancini tenía un papelón bastante difícil, pero afortunadamente todavía guardaba un as en la manga, porque tenía un hermano que adoraba a sus sobrinas. En cuestiones económicas y de relaciones sociales, este hermano valía por lo menos por diez o doce, porque era cardenal, el cardenal Mazarin, consejero del rey Luis XIV, podrido de pasta y uno de los hombres más poderosos de Francia. Digamos que podía permitirse criar a cinco niñas.



Jules Mazarin (1602-1661) prácticamente gobernó Francia como primer ministro bajo la regencia de Ana de Austria, porque Luis XIV heredó el trono con tan solo cinco años. Curiosamente, nunca fue un hombre de fe. Le dieron el título de cardenal por sus servicios, pero en realidad era militar y diplomático.

El cardenal Mazarin se llevó a sus sobrinas a la corte francesa para darles la oportunidad de conseguir los mejores matrimonios posibles. Como os podréis imaginar, cinco niñas guapísimas, todas por casar, con mucha pasta que heredar y sin mucha medida del escándalo no pasaron desapercibidas en la corte. Todo el mundo hablaba de las jóvenes sobrinas de Mazarin e incluso empezaron a referirse a ellas como grupo con el nombre de las Mazarinettes.

Aunque las aventuras de las jovencitas recién llegadas a la corte fueron muchas, la más escandalosa sin duda fue que una de las hermanas, Marie, se ennovió con el rey Luis XIV. Los dos estaban intensos de morirse con el tema, pero no podían casarse debido a los entresijos de la política e inmediatamente mediaron terceras, cuartas y hasta quintas partes para poner fin al idilio. Marie lo pasó muy mal, se encerraba en su habitación para llorar sin consuelo, intentaba hacer

llegar cartas secretas a Luis y rogaba a sus hermanas que la convencieran de que era un miserable para dejar de quererlo.

¿Y dónde está nuestra joven Hortense?, os preguntáis. Pues Hortense, apenas una adolescente, está observando todo este panorama un poco con cara de póker, preguntándose si esto del amor no es demasiado excesivo y si realmente vale la pena sufrir así por un pavo cuando la vida es corta y está llena de oportunidades para pasarlo bien. Así que Hortense le dijo a su tío (que planeaba casarlas a todas con señores muy ricos a cambio de influencia y contactos políticos) que la casara con quien le diera la gana, que a ella le daba todo un poco igual. A su tío le encantó oírlo, porque Hortense era su sobrina favorita con diferencia y planeaba buscarle el matrimonio más potente.

Pero, aunque a Hortense le daba igual el romance, no le daba igual no tener gente con quien liarse. Mientras desarrollaba la faceta de jueguista que marcaría toda su vida, conoció a Charles, un noble exiliado que entendía la vida más o menos como ella: no había que tocar una relación monógama seria ni con un palo de veinte metros. Charles hizo un amago de pedir su mano, pero tito Mazarin no iba a consentir que su sobrina favorita acabara casada con un señor exiliado y famoso por darse a excesos.

En este punto de la historia, Mazarin enfermó y de repente le entró mucha prisa por casarlas a todas, rollo señora Bennet en *Orgullo y prejuicio*. Os voy a destripar la historia rápido: os confirmo que sí, que consiguió casarlas a todas. Al fin y al cabo, eran las cinco solteras más codiciadas de la corte francesa, por lo que tampoco es que tuviera que buscar mucho; señores ricos y poderosos se daban tortas por casarse con una Mazarinette. Pero para Hortense no buscó cualquier matrimonio; para ella reservó uno extrasuperultraespecial porque era su favorita, así que la casó con el que probablemente era el hombre más rico de Europa. Este señor se llamaba Armand-Charles de La Porte, duque de La Meilleraye, duque de Mazarin (título que se le otorgó después de casarse con Hortense), marqués de Montcornet, príncipe de Château-Porcien y capitán general de artillería con doble de queso; pero todo esto no importa, porque aquí, y sin que sirva de precedente histórico (o sí), vamos a llamarle el duque Gargajo. Porque «gargajo» es una palabra con una sonoridad fantástica y porque encapsula en su significado algo verdaderamente asqueroso, aunque no tan asqueroso como el duque Gargajo.

Vamos a repasar algunas de las cosas que este hombre hacía antes de casarse con Hortense: el duque Gargajo pensaba que hablaba con el ángel Gabriel (empiezo fuerte para que no os pille por sorpresa más adelante lo increíblemente desequilibrado que estaba este tipo); les picaba los dientes a las doncellas para que al sonreír no tentaran a los hombres a cometer actos carnales; mandaba ordeñar muy rápido a las vacas porque, según él, era algo muy erótico y los hombres podían excitarse. Además, aunque tito Mazarin intentó colocarle a otras hermanas Mancini años antes, el duque Gargajo se negó a aceptarlas como esposas, alegando que tenía que ser Hortense o ninguna porque estaba enamorado de ella y, si no se casaba con ella, se iba a morir allí mismo. Esta escena ocurrió cuando el duque Gargajo tenía veinticuatro años y Hortense, diez. Total, que finalmente Hortense se casó con este error de la naturaleza con solo quince años.



Más adelante, en un ataque de furia contra su mujer, Gargajo destruyó la colección de arte que había heredado Hortense de tito Mazarin, pintando sobre los desnudos y destruyendo los genitales de las esculturas. La colección de arte más grande de

Europa, que incluía obras de Da Vinci, Rafael, Tiziano y Rubens, entre otros muchos, quedó parcialmente destruida.

Repasemos ahora las nuevas aficiones que se buscó el duque Gargajo después de casarse, aunque seríamos mucho más felices sin hacerlo: todos los días llevaba a Hortense a la capilla y la obligaba a rezar de rodillas para pedir perdón por hacer cosas como bailar o reír; no quería que su mujer viera a sus amigos ni a su familia, no la dejaba salir de casa y la humillaba constantemente (Hortense llegó a escribir que su marido «odiaba todo lo que me hacía feliz»); de vez en cuando, organizaba registros de madrugada en la habitación de Hortense porque pensaba que había hombres escondidos; tapaba los desnudos de los cuadros y de las esculturas que tenían en casa para que Hortense no sintiera lujuria al verlos. Que vale, que a la muchacha le iba la marcha..., pero la vida tiene límites, Gargajo.

Todo esto te lo estoy contando con un toque de frivolidad, pero la realidad es que Hortense estuvo siete años viviendo con un hombre que la tenía bajo vigilancia constante y que la maltrataba psicológicamente a diario. Durante esos años, Hortense tuvo cuatro hijos que nunca quiso tener. Se dice que uno de ellos nació en un carruaje porque su marido la obligaba a viajar a su lado a todas partes para no perderla nunca de vista.

Pero aunque Hortense lo pasaba muy muy mal, aunque sus hermanos se preocupaban por su salud y porque estaba más seria que nunca, aunque pasó los primeros años aceptando todas las reglas absurdas de su marido..., lo cierto es que Hortense era indomable. Mientras iba planeando su liberación poco a poco, los últimos años de convivencia se fue creciendo y plantándole cara hasta que al final el conflicto culminó con Hortense exigiendo algo impensable para una mujer de la Francia del siglo XVII: la separación legal de su marido. El duque Gargajo se dio cuenta de que era imposible destruirle la autoestima a su mujer, así que decidió mandarla a un convento donde se especializaban en acoger a «esposas rebeldes» para reformarlas.



Sidonie de Lenoncourt y Courcelles (1650-1685), atrapada en un matrimonio en el que fue profundamente infeliz, pasó diez años huyendo de su marido y dependiendo de la bondad de sus amigos para subsistir, hasta que su marido murió y pudo volver a Francia. Junto con Hortense y su hermana Marie, Sidonie se convirtió en símbolo de esperanza para muchas mujeres de la época.

Hay dos versiones del momento en el que el duque Gargajo manda a Hortense al convento.

Mi favorita es que se enteró de que Hortense tenía una amante, otra señora casada (Sidonie de Lenoncourt y Courcelles), y ambos maridos decidieron mandarlas al convento a reformarse. Las enviaron juntas a un convento. Muy muy lejos de ellos. Juntas. A un convento. Esta es mi versión favorita porque, madre mía, vaya dos genios.

Por desgracia, no es la que tiene más papeletas de ser real. La verdad, probablemente, es que Hortense conoció a Sidonie en el convento al que también la habían mandado por ser una «esposa rebelde». Allí se aliaron rápidamente para alegrarse la vida de manera recíproca y para amargarles la existencia a las monjas que las vigilaban. Cuenta la leyenda que se hicieron

amantes, aunque no he conseguido encontrar pruebas que lo confirmen más allá del hecho de que dejaron escrito que se encontraban mutuamente atractivas y que ninguna de la dos se cortaba a la hora de lanzarse de cabeza en cuanto les apetecía acostarse con alguien. Si vamos a ser históricamente rigurosos, la situación se resume en: pruebas, ninguna; sospechas, todas.

Mientras estuvieron en el convento, se pasaron el tiempo volviendo locas a las monjas: les ponían tinta en el agua bendita, echaban agua en las camas, correteaban por todo el convento para que no pudieran vigilarlas... Pero el culmen fue cuando reunieron un montón de perrillos y empezaron a correr con ellos por los pasillos a medianoche, dando gritos como si estuvieran de caza y despertando al convento entero.

Como podéis ver, Hortense se reformó muchísimo en el convento.

De vuelta con el duque Gargajo, tras darse cuenta de que era demasiado poderoso como para hacerle frente en un tribunal, Hortense decide hacer las maletas y abandonar *chez* Gargajo para siempre. Y así fue como el 13 junio de 1668, Hortense, pistola al cinto, se vistió de hombre y escapó a caballo con una doncella como única compañía. Una vez fuera de París, pusieron rumbo a Italia, donde Hortense esperaba contar con la hospitalidad de su hermana Marie.

Marie estuvo más que encantada de acogerla, aunque tampoco estaba teniendo la mejor de las convivencias con su marido, lo que no deja de ser comprensible considerando que su marido se había dedicado a dejar embarazadas a un montón de señoras que no eran Marie, incluyendo a la mejor amiga de esta, que dejó de ser su mejor amiga al instante. El ejemplo de independencia y fuerza de su hermana Hortense le dio la inyección de ánimo que necesitaba para empezar a pasarlo bien y olvidarse de las humillaciones de su marido. La juerga no les duró mucho: poco después de acoger a Hortense, Marie descubrió que su marido estaba intentando envenenarla.

Como veis, tito Mazarin tenía un gusto para elegir maridos inversamente proporcional al amor que sentía hacia sus sobrinas.

Una vez más, Hortense se da a la fuga, esta vez acompañada de su hermana. Una de mis fuentes dice que en esta ocasión se echó a la carretera «con setecientas *pistoles* de oro», que es mucho menos excesivo de lo que parece cuando te enteras de que *pistoles* son monedas (pistolas solo llevaban un par).

Mientras toda esta movida sucede en Italia y el marido de Marie envía a sus hombres a perseguir a las hermanas Mancini, el duque Gargajo está barritando delante de todos los hombres poderosos de París para que le ayuden a rastrear y traer de vuelta a Hortense. Como nadie le hace ni caso, Gargajo empieza a mandar mercenarios por su cuenta. Con tantos hombres enviados por ambos maridos os podéis imaginar el viaje tan movidito que tuvieron las Mancini; pero, aun así, consiguieron esquivar a todos los mercenarios y los pocos mensajeros que dieron con ellas fueron altamente vacilados, a veces con acompañamiento de guitarra incluido.

Al final, Hortense y Marie volvieron a París, lo que puede parecer una mala decisión hasta que recordamos que Marie era el gran amor de juventud del rey de Francia. Por más que se quejó el duque Gargajo, Luis XIV se puso de parte de las Mancini y hasta les dio una pensión para que pudieran vivir por su cuenta. A estas alturas, Francia entera está al corriente de las aventuras de Hortense y Marie; son tema de conversación en cartas, reuniones, panfletos... Se habían convertido en símbolo de esperanza para todas las esposas atrapadas en matrimonios abusivos que sufrían día a día sin poder hacer nada.



Aunque parezca poca cosa, escribir y publicar unas memorias era algo que muy pocas mujeres de la época siquiera imaginaban poder hacer. Hortense inspiró a otras que siguieron su ejemplo, entre ellas su hermana Marie y su antigua compañera de correrías en el convento, Sidonie de Lenoncourt.

Lo malo de ser muy famosas es que los rumores y las mentiras se multiplicaron a gran velocidad y al final nadie sabía lo que era verdad y lo que era un rumor o un intento de dañar la poca reputación que les quedaba. Que vale, igual Hortense a veces se vestía de señor y se emborrachaba en alguna taberna. Y sí, quizás alguna vez la pillaron nadando desnuda en algún río. Y todo el mundo estaba de acuerdo en que era bastante difícil llevar la cuenta de los hombres y las mujeres que tomaba como amantes. Pero aun así seguía teniendo derecho a enfadarse cuando escuchaba los rumores y las mentiras que circulaban sobre ella. Hortense decide que hay que poner orden en ese gallinero y que si tienen que hablar, por lo menos que estén bien informados, por lo que se puso a escribir sus memorias. Francia y buena parte de Europa seguían las aventuras de Hortense como quien sigue el culebrón de la sobremesa, así que las memorias se vendieron como churros y se tradujeron inmediatamente a varios idiomas.

Esta es una época de liberación en la vida de Hortense, en la que puede dedicarse a todo lo que le gusta y hacer todo lo que no pudo hacer bajo el yugo del duque Gargajo: montar a caballo, hacerse experta en tiro y en lucha con florete, organizar fiestas, apostar y beber como un corsario y un larguísimo etcétera. Y aprovechando que tiene una paguita, dispone un salón en su casa para hacer reuniones de artistas, bohemios, aristócratas y filósofos. Hortense lo estaba pasando de lujo y todos los que la rodeaban también. Ella era un poco como esa amiga que todos tenemos, capaz de montar una fiesta con dos vasos y una goma del pelo o de salir de juerga tres días seguidos sin que nadie tenga muy claro si ha dormido en las últimas setenta y dos horas.

Pero el duque Gargajo no reposa, no descansa. Él no vive, acecha; él no duerme, espera. Así que, al final, da tanto la brasa que consigue congelar todo el dinero de Hortense, pensión real incluida. Una vez seguro de que tiene todos los ingresos de Hortense bajo su control, le hace saber que no va a ver un duro hasta que no vuelva a casa. Hortense sopesa la situación y decide que lo más adecuado es irse todavía más lejos. Esta vez pone rumbo a Inglaterra, donde vive su antiguo amante y colega de fiesta, Charles. ¿Os acordáis de Charles? Pues Charles es ahora Charles II, rey de Inglaterra. Confirmamos que tito Mazarin hizo un trabajo penoso gestionando las pedidas de mano de sus sobrinas. No te lo tendremos en cuenta, tito Mazarin.

Como ya hemos comentado, Charles era famoso porque era muy fan de la juerga y el desmelene, igual que Hortense. Aunque ahora es rey y se le supone un poco más de sobriedad, el caso es que Charles no ha cambiado nada en ese aspecto, así que cuando vio llegar a Hortense con su ropa de señor y su pistola se emocionó bastante y tardaron medio nanosegundo en retomar su relación de amantes. El acuerdo que tenían estaba muy bien porque a los dos les daba igual que el otro se acostara con quien le apeteciera y no se encelaban con la ristra de gente que cada uno iba cogiendo y dejando. Lo malo es que a sus respectivos amantes sí que les importaba, sobre todo a las amantes de Charles, que competían por ser su favorita y ganar poder en la corte. Hortense pasaba bastante de todo aquello y se dedicaba a lo que mejor se le daba: hacer del escándalo una forma de arte. Charles se lo consentía todo porque Hortense era igual que él y se entendían a un

nivel espiritual y fiestquero al que los simples mortales solo podemos aspirar, así que Hortense vivía muy bien. Habría tenido que hacer algo extravagantemente absurdo para amenazar su posición en la corte. Y por supuesto que lo hizo, porque si no, qué clase de historia es esta.

¿Sabéis lo grande que era una corte europea de la época? Era muy grande. Enorme. Había gente a reventar. Había tanta gente que Hortense podría haberse acostado con una persona diferente cada día de la semana sin mosquear a Charles si le hubiese apetecido. Pero Hortense tuvo que ir a liarse con Anne de Sussex, que era hija de una de esas amantes de Charles que odiaban a Hortense intensamente. Y, muy probablemente, hija del propio Charles.

Anne tenía marido, pero pronto quedó claro que le interesaba mucho más Hortense. Durante meses fueron inseparables y se las veía juntas a diario en la corte. Hortense le enseñó a montar a caballo, a luchar con espada y a meterse en líos. Charles no estaba muy contento con este panorama, pero como era Charles decidió pasar del tema y esperar a que el romance acabara de forma natural (Hortense no era precisamente famosa por sus amoríos duraderos). Pero, y aquí tengo que ponerme de parte de Charles, es difícil ignorar a tu amante y a tu hija si se plantan en plena noche en medio del parque en camisón para batirse en un duelo de prácticas; sobre todo si acaban rodeadas de gente de la corte jaleando el espectáculo.

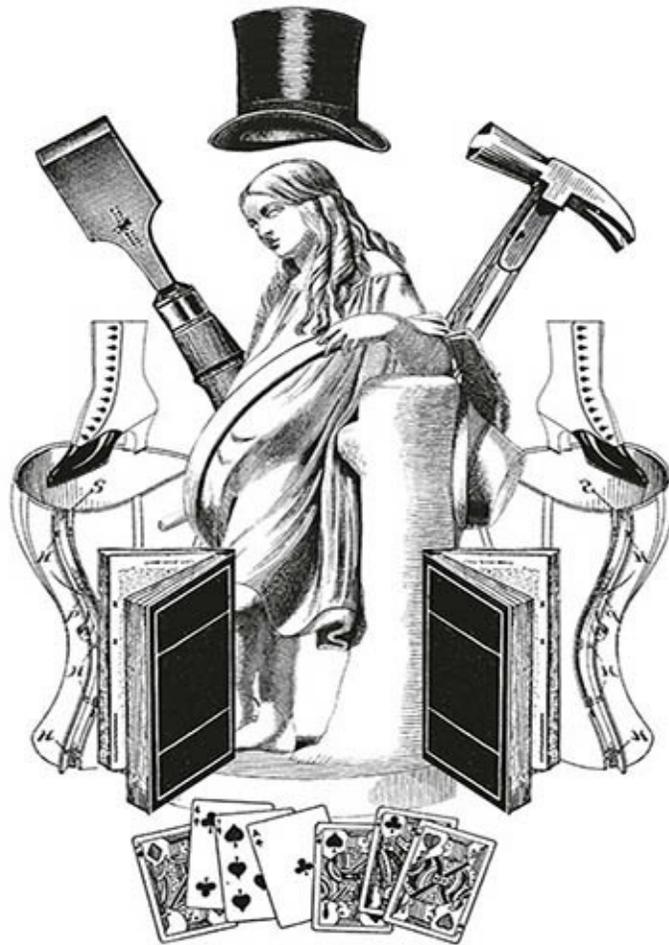
Al final, el marido de Anne se la llevó a vivir al campo para que aquella humillación pública (hacia él, claro) acabara. Después de un par de amantes más, Charles y Hortense quedaron como amigos, porque era imposible seguirle la pista a Hortense y todo el que lo intentaba se rendía rápido. Pero continuó teniendo un lugar especial en la corte y la libertad para vivir de forma independiente.

Por desgracia, Charles murió en 1685, dejando a Hortense desprotegida una vez más. El nuevo rey, James II, hermano de Charles, no estaba dispuesto a ofrecerle la protección y la pensión de las que había disfrutado hasta entonces, pero respetó que Hortense se quedara en Inglaterra en vez de enviarla de vuelta a Francia con su marido. Sin dinero y sin protector, Hortense se pegó unos años más de juerga, se bebió hasta el agua de los charcos y acumuló infinitas deudas. Habiendo pasado los mejores años de su vida en Inglaterra, decidió quedarse en el país y retirarse a vivir al campo hasta que murió en 1699, sin volver a ver al duque Gargajo.

Os parecerá increíble, pero para que este capítulo no se alargara el doble que el resto he tenido que saltarme bastantes amantes, varios países y unas cuantas movidas en las que se metió. Os animo a que aprendáis más sobre ella y a que recordéis siempre a esta absoluta todoterreno, mujer indomable, salvaje, culta, inquieta, independiente, de voluntad inquebrantable y fuerte determinación. Una mujer que cambió junto con su hermana la visión de todo un país sobre los derechos que debía tener una mujer casada y que vivió su vida como quiso.

Y, para terminar con esta historia, os dejo con una reflexión de gran importancia: Hortense Mancini y *Mademoiselle* de Maupin coincidieron en el espacio y el tiempo y eran tan famosas que es más que probable que ambas supieran de la existencia de la otra. Las dos vivieron en París a finales del siglo XVII. Y París no explotó.

SIGLO XVIII



Catterina Vizzani

A veces, cuando investigas documentos históricos, te sientas delante de un archivo y no sabes muy bien qué va a pasar cuando lo abras. Este es el caso de la biografía de Catterina Vizzani, escrita en 1744, que ya en su cubierta anuncia lo siguiente:

La verdadera historia de las aventuras
de Catterina Vizzani.

Una JOVEN mujer nacida en Roma que durante muchos años vivió bajo indumentaria masculina, que murió por un romance con una joven dama y que fue declarada, tras su disección, una verdadera virgen.

Con curiosas ANOTACIONES anatómicas
sobre la naturaleza y existencia del HIMEN.

Como mínimo, te lo piensas antes de abrir el archivo, aunque solo sea para prepararte mentalmente.

El autor de la biografía es el cirujano que la examinó tras su muerte y descubrió que era una verdadera virgen (en oposición a una falsa virgen, supongo), el señor Bianchi, profesor de anatomía en la Siena del siglo XVIII. Unos años después, la biografía sería traducida al inglés por John Cleland, que se tomó la libertad de añadir al texto sus opiniones personales. La lectura es, cuando menos, interesante, a pesar de las «curiosas anotaciones sobre la naturaleza y existencia del himen».

Pero vamos a empezar por el principio. Dejadme que os cuente la historia de la señora que se hizo famosa por seducir a decenas de mujeres en apenas una década.



En la traducción al inglés de la biografía de Catterina, más conocida que su original en italiano, le cambian el nombre por el de Catharine Vizzani, que es por el que su historia suele conocerse. Como ha sido necesario consultar el texto original, también he preferido mantener su nombre real, Catterina.

Catterina Vizzani nació en Roma en 1719. Era de origen bastante humilde; su padre, Pietro Vizzani, era carpintero. No sabemos mucho de su infancia, pero sí que cuando tenía catorce años se enamoró de una chica llamada Margherita. Con la excusa de que Margherita la estaba enseñando a bordar, Catterina se las ingeniaba para pasar tiempo a solas con ella, pero esta táctica no satisfacía del todo a nuestra protagonista, que tenía en mente un acercamiento bastante menos discreto.

Un cortejo formal entre dos mujeres en el siglo XVIII habría sido un escándalo, así que Catterina empezó a vestirse de hombre por las noches para que no la miraran mal por plantarse debajo de la ventana de Margherita a recitarle poemas.

El cortejo fue todo un éxito. Catterina se pasó dos años visitando la ventana de Margherita. El autor original parece dar a entender que su relación no fue a más porque Catterina no tenía acceso a la habitación de Margherita y solo podían verse de lejos y echarse piropos, pero digo yo que a este hombre se le olvida que de día pasaban un montón de tiempo juntas aprendiendo a bordar. Que cada uno saque las conclusiones que quiera.

Desgraciadamente, Catterina tuvo que interrumpir el cortejo cuando el padre de Margherita la pilló un día debajo de la ventana, la reconoció y le dijo que, si no se alejaba de su hija, la llevaría ante las autoridades. Catterina huyó de Roma por lo que pudiera pasar y aprovechó que fuera de la ciudad nadie la conocía para hacerse pasar por un hombre bajo el nombre de Giovanni Bordoni. No sin razón, Catterina se había dado cuenta de que cortejar mujeres era mucho más fácil con indumentaria masculina. Y si había algo que abundaba en los planes de futuro de Catterina eran los cortejos. Cortejos muy intensos.

Habiéndose gastado el poco dinero que tenía, Catterina volvió a Roma con su nueva identidad. Lo primero que hizo fue buscar asilo en una iglesia. Técnicamente no lo necesitaba; aunque el padre de Margherita la hubiese buscado lo habría hecho por su nombre verdadero. Pero Catterina sabía que los clérigos de la época estaban bien relacionados y no tendrían problemas para encontrarle un trabajo humilde mientras siguiera aparentando ser un hombre. Y así, con la cara dura que cabría esperar de una mujer que se hizo famosa por su talento para la seducción, se fue a la iglesia de Santa María en Trastévere y pidió asilo porque, según ella, había cometido una leve culpa en nombre de una joven y temía acabar en la cárcel. Se debió de montar una película bastante convincente, porque el vicario se apiadó de ella inmediatamente y le buscó trabajo como criado en Perugia.

A Catterina no pareció preocuparle nunca su situación laboral. A menudo se cansaba de los hombres para los que trabajaba y no se lo pensaba dos veces a la hora de dejar su puesto y buscarse otro. Esto fue exactamente lo que pasó en Perugia: le escribió a su madre contándole su situación, diciéndole que no estaba contenta y pidiéndole que visitara al vicario para que le escribiese una carta de recomendación porque quería buscar trabajo en otro sitio. Es en este momento cuando nos damos cuenta de que los padres de Catterina sabían que su hija estaba pateándose Italia vestida de hombre y arrimándose a todas las muchachas con las que se cruzaba, pero les daba exactamente igual. De hecho, su madre hizo lo que le pedía y solicitó la recomendación para «su hijo Giovanni».

Y así Catterina vuelve a encontrar trabajo como criado, esta vez en un lugar que es más de su agrado. El vicario está encantado de recomendar los servicios de Giovanni a sus contactos siempre que necesita trabajo, porque considera no solo que tiene un carácter leal, atento y

trabajador, sino que «además de leer, hacer chocolate y cocinar, es diestro con la pluma, el peine y la cuchilla». Lo del chocolate me dejó rotísima, no os quiero mentir.

El vicario solo le veía un problema a Giovanni que desgraciadamente persistía desde que se conocieron y que lo torturaba a diario: sabía hacer chocolate de maravilla, pero no paraba de perseguir a todas las mujeres que se dejaban, que al parecer eran muchas, y se mostraba «descarado e insaciable en el amor».

En efecto, allí adonde la llevaba su trabajo de criado, Catterina conseguía que el nombre de Giovanni Bordini se convirtiera rápidamente en sinónimo de seductor y conquistador. Al haber trabajado regularmente durante una temporada, se ganó una reputación masculina y ahorró dinero, por lo que Catterina se pudo permitir más y mejor ropa para perfeccionar su disfraz, lo que a su vez le dio más confianza.

En este punto, Cleland, el traductor del texto, se permite añadir comentarios personales y nos corta el rollo diciendo que el escrito original entra en detalles nauseabundos sobre los hábitos y las acciones de Catterina y que va a obviarlos porque no son apropiados para la sensibilidad de un país civilizado. Pero aquí hemos venido a escupir sobre la opinión de este señor que pretende ocultarnos los datos: los detalles nauseabundos a los que Cleland se refiere son que, para completar su atuendo, Catterina se fabricó un dildo de cuero que llevaba siempre puesto, sujeto a los muslos y a las caderas con un sistema de correas, y que algunos testigos describieron como «una generosa dotación». Cortarse un poco es gratis, Catterina.

Al parecer, el aparato le funcionaba de maravilla, porque su fama de seducir y acostarse con un número alarmante de mujeres no dejó de aumentar. La fama de vividor de Giovanni incluso provocó que Catterina se viera envuelta en varios duelos por el honor de diversas mujeres. Por lo general, no salía muy perjudicada, pero en una ocasión se ligó a una señora que se olvidó de que ya tenía un pretendiente, y el señor, celoso, apuñaló a Catterina en el cuello. La herida fue aparatosa pero no mortal. De hecho, hizo que Catterina ganara «puntos de hombría» entre sus conocidos.

Nuestro vicario sufridor, que a cada nueva conquista de Catterina se iba cociendo despacito en su propio agobio, vio el suceso como una señal de que era hora de darle un toque de atención, por muy bien que hiciera el chocolate. Decidió hablar con el padre de Catterina para hacerle saber que su hijo era un libertino y un hombre licencioso. La reacción de papá Vizzani no fue demasiado efusiva y solo consiguió que el vicario se enfadara aún más. Pietro, que al parecer estaba aguantándose la risa, se apiadó del vicario y decidió contarle la verdad. Le dijo que Giovanni era en realidad Catterina y que era «tan mujer como la que la trajo al mundo»; además, le confesó que era «un prodigio de la naturaleza» y que desde su infancia había tenido «increíbles impulsos de lujuria». En un párrafo que he tenido que leer tres veces porque pensaba que no lo estaba entendiendo, le dijo al vicario que, ya que la libido de Catterina no podía ser reprimida ni con palabras ni con golpes, debía de ser cosa de la naturaleza y tenían que dejar que siguiera su curso.

Obviando la mención a los golpes, que era el único sistema educativo de la época, la respuesta de Pietro Vizzani tiene unas connotaciones sorprendentes. Unos padres que apoyaban aquel estilo de vida era lo último que yo esperaba encontrarme al leer la biografía de una mujer lesbiana de principios del siglo XVIII, pero así fue. Y ahí no acaba lo curioso. Después de esto, el vicario no solo no se enfrentó con Catterina, sino que siguió ayudándola a encontrar trabajo como criado al menos durante tres o cuatro años más.

Bianchi, el autor original del texto, comenta con gran confusión que a lo largo de los años Catterina tuvo que compartir cama con muchos hombres, generalmente otros criados, y que a pesar de ser tan lasciva nunca intentó acercarse a ellos, aunque fueran unos adonis. No sé, Bianchi, a mí se me ocurre una palabra para esto. Tómate tu tiempo.

Catterina trabajó para numerosos hombres durante años. Finalmente, fue destinada a Montepulciano, donde se quedó a cargo de la casa de su patrón mientras este estaba ausente. Y cual misil tierra-aire, Catterina se fue a cortejar a la mujer más hermosa de los alrededores. Esta muchacha se llamaba Maria y era sobrina del sacerdote local, que la tenía vigiladísima porque sabía que podía buscarle un matrimonio ventajoso si conseguía mantenerla alejada de otros hombres hasta encontrar al candidato adecuado.



No deja de resultar curioso que Bianchi se sorprenda de la falta de deseo de Catterina por los hombres. La presunción de heterosexualidad pesa demasiado, parece, incluso en alguien que claramente conocía más casos de comportamiento homosexual (en un momento dado compara a Catterina con Safo y con «ninfas lesbianas», siendo «lesbiana» una palabra muy poco usada en la época).

Catterina, con su talento habitual para meterse en fregados, consiguió darle esquinazo regularmente al señor sacerdote y acercarse a Maria. Sabemos que Catterina tenía muchas tablas a la hora de conquistar mujeres, y Bianchi nos dice que en poco tiempo las dos acabaron enamorándose ardientemente, aunque no especifica si Maria sabía que Catterina era una mujer. Apunta el texto que mantuvieron unas cuantas entrevistas de medianoche, que es un eufemismo bastante elegante para lo que es probable que pasara en realidad, antes de que Catterina le propusiera matrimonio. Y así fue como trazaron un plan para fugarse a Roma y casarse. Un plan que, por desgracia, acabaría trágicamente.

En junio de 1743, Catterina y Maria pusieron rumbo a Roma. La familia de Maria se dio cuenta de su ausencia casi de inmediato y enviaron una partida de hombres para traerlas de vuelta. A Maria para devolverla a casa; a Catterina para que recibiera un castigo ejemplar. Cuando les dieron alcance, Catterina se defendió con una pistola, pero decidió rendirse porque pensó que, si se desvelaba que era una mujer, la justicia sería indulgente en su caso. Sin embargo, uno de sus perseguidores le disparó en la pierna con un arcabuz. Para que calculéis la precisión y finura del trozo de chatarra que era un arcabuz, os diré que el disparo no solo le dio a Catterina en el muslo, sino que además hirió gravemente a otra persona que pasaba por allí cerca.



Durante parte del siglo XVII se pensaba que, si una mujer moría virgen, estaba casada con Dios. Como tal, los funerales de vírgenes se consideraban una muestra de respeto hacia la fallecida y para ello se engalanaba su cuerpo con túnicas y flores.

Ingresó en el hospital como Giovanni, pero pronto se dio cuenta de que no sobreviviría. La herida era tan dolorosa que Catterina tuvo que quitarse las correas del dildo (o como dice el texto, del «artilugio de cuero de figura cilíndrica») y esconderlo debajo de su almohada. Intuyendo que

no le quedaba mucho tiempo, Catterina hizo llamar a una de las monjas que la atendían y le confesó que era una mujer. Le dijo además que era virgen y que deseaba tener un funeral como tal. Para Catterina, haber conservado su virginidad era un símbolo importante, la prueba de haber vivido con libertad sin haber tenido que atarse jamás a un hombre.

Murió poco después, con apenas veinticuatro años, y se respetó su deseo. Se le colocó una corona de flores en el pelo y su cuerpo se cubrió también de flores durante el funeral. Acudió gente de todas partes de la ciudad. Después, su historia se hizo pública y muchas personas pidieron que la canonizaran por haber vivido rodeada de hombres y haber conseguido «preservar su virginidad en medio de las peores tentaciones». Por fortuna o por desgracia, todavía quedaban algunos individuos que hicieron un poco de memoria y se acordaron de que la habían matado por fugarse con intención de casarse con una mujer, que es algo que las santas no hacían tradicionalmente; por no hablar de que Catterina había caído con alegría en casi todas las tentaciones que se le habían puesto a tiro.

El profesor Bianchi la había conocido en vida como Giovanni y se quedó fascinado al descubrir que en realidad era una mujer, ya que sabía de su fama de seducir señoras a diestro y siniestro. Examinó su cuerpo y le realizó la autopsia para intentar averiguar si anatómicamente una seguidora de Safo era distinta a otras mujeres. Para su enorme sorpresa (había una creencia muy extendida en la época de que el hermafroditismo era la causa de que una mujer deseara a otras), su cuerpo no se diferenciaba en nada del de las otras mujeres que había examinado antes. Fascinado por la historia de Catterina, se pasó un año viajando por Italia, reuniendo información y hablando con testigos, y publicó su biografía en 1744.



Irónicamente, John Cleland, que en su traducción se muestra tan horrorizado por las aventuras lésbicas de Catterina, había publicado dos años antes *Fanny Hill* (1749), una de las novelas eróticas más famosas de todos los tiempos, que incluye escenas con fuertes connotaciones lésbicas.

Aunque a veces intenta ponerse severo, el texto deja bastante claro que Bianchi admiraba a Catterina por su valentía y su carisma; quizás incluso le guardaba algo de cariño. No pasa lo mismo, como ya os he comentado, con John Cleland, el traductor de la biografía que se publicó en Londres en 1751. Cleland no tuvo reparos en compartir sus pareceres en el texto, en su mayoría advertencias contra las mujeres que muestran características masculinas y cortejan a otras. Se ve que al pobre señor este tema le producía terror; tenía opiniones tan peregrinas como que Catterina era una desviada porque el clima cálido de Italia empuja a las mujeres a comportamientos degenerados (escribiendo desde el sur de España, yo ni confirmo ni desmiento).

Hablar de la historia de Catterina Vizzani siempre me deja un sabor agrisado. Por un lado, su vida acabó de forma prematura y trágica; por otro, los años que vivió los disfrutó al máximo, como quiso, y consiguió que tanto su familia como su protector (y, cabe imaginar, muchas de sus conquistas) aceptaran que su deseo hacia otras mujeres era un fenómeno natural y prodigioso y que, como dijo su padre, solo podían dejar que siguiera su curso.

Charlotte Charke

Vamos a empezar fuerte: no sé si a la señora de este capítulo la podemos llamar señora impunemente. Es cierto que ella se refería a sí misma como señora casi siempre, pero también se consideraba señor, según el día. Os podéis imaginar las batallas campales de salón (porque no hay mucha gente discutiendo de esto, la verdad; no da siquiera para una batalla en un solar) que se han montado a la hora de hablar de su identidad de género y de su orientación sexual. Yo voy a hacer como ella en sus memorias y usaré el femenino. Luego discutiremos si nos unimos o no a la contienda, pero ahora vamos a saber un poco más sobre la indomable señora Charke y el galante señor Brown, que eran la misma persona.



Poeta laureado es un título que un país le concede a un único escritor del que se espera que escriba poemas para conmemorar eventos nacionales señalados. Digo se espera porque no es obligatorio. Pero se espera. Actualmente, la poeta laureada del Reino Unido es la escritora bisexual Carol Ann Duffy.

Vamos a empezar con un buen hombre que vivió entre los siglos XVII y XVIII llamado Colley Cibber. Este señor tenía un teatro, era actor y escritor y fue nombrado poeta laureado del Reino Unido a principios del XVIII. Se ve que no le gustaba hacer las cosas sin ganas, porque tuvo doce hijos. La más joven se llamaba Charlotte, nació en 1713 y con cuatro años ya estaba robando escobas para descolgar la ropa de su padre para ponérsela. Y si con cuatro años ya era mala idea dejarla sola, con la edad esto solo empeoró.

Para nuestro eterno beneficio y regocijo, Charlotte dejó escritas sus memorias, que son una serie de movidas con las que ella asegura no tener nada que ver y que casi siempre justifica con un «Sí, pero fue un error», «Sí, pero eso ya estaba así cuando llegué» o, mi favorita, «Sí, pero no murió nadie».



Publicadas en 1755, sus memorias *A Narrative of the Life of Mrs. Charlotte Charke* son una pequeña joya de las autobiografías gamberras. Tristemente, apenas se conocen fuera del ámbito académico. Como dato curioso, Charlotte se dedicó las memorias a sí misma en la que puede ser la introducción más socarrona de la historia de

Siendo joven, su padre le dio una educación bastante liberal para una mujer de la época (idiomas, geografía, matemáticas...) que a Charlotte le entusiasmaba. En sus ratos libres se iba a pegar tiros por el campo y a cazar pajaretes para cenar, algo que tampoco era muy habitual en una mujer. Por desgracia, una señora le comentó a la madre de Charlotte que ir por ahí disparando no era muy femenino y que su hija iba a acabar mal de la cabeza, así que le quitaron su carabina. La respuesta de Charlotte fue poner los ojos en blanco e irse a buscar otras actividades lúdicas cuestionables. Bueno, en realidad, la respuesta de Charlotte fue descolgar el mosquete que había en su casa e intentar disparar con él dentro de la chimenea de la casa de la señora, pero no le salió bien. Y menos mal, porque no sé qué puede pasar si disparas dentro de una chimenea, pero muy seguro no parece.

Sus padres decidieron mandarla a casa de un amigo para que aprendiera «cosas de mujeres» fijándose en las buenas señoras que allí vivían, porque estamos en el siglo XVIII y las cosas de mujeres lo curan todo. Charlotte, lejos de esmerarse en aprender a coser y poner la mesa, decidió invertir ese valioso tiempo en acompañar al cabeza de familia en sus rondas de doctor de pueblo y aprender así a ser médico. Y con esto se refería a aprender a poner cara seria y a decir las cosas rotundamente, según ella, lo más importante para ser médico. Con eso y leyendo unos cuantos libros seguro que ya se hace uno facultativo. Y como esta versión de la carrera de Medicina no es muy larga, cuando volvió a su casa abrió una consulta.

Con trece años.

Compró un montón de medicamentos en la botica y se los largaba a la gente gratis después de diagnosticarlos con cara seria y ayudándose de un par de libros. La gente pensaba que era una especie de genio. No sé vosotros, pero yo cuando leí esto estaba gritando. Cuando le llegó la factura de la botica a su padre, se montó un pollo severo; fue a la botica y le prohibió al boticario que le vendiera más medicinas a Charlotte. Así, a la próxima persona que fue a verla, Charlotte le dio un jarabe (hecho con caracoles) y un unguento (hecho también con caracoles). Ahí acabó su increíblemente peligrosa carrera de medicina, pero, como ella dice, no murió nadie, así que no pasa nada. Además, apunta que la señora que se bebió los caracoles se puso sana rapidísimo, aunque Charlotte admite que probablemente no fuera gracias a ellos.

No voy a extenderme mucho más con sus trastadas de juventud, porque supongo que después de la consulta médica ilegal ya os hacéis una idea de la clase de adolescencia que se avecinaba. Pero por si todavía os quedan dudas, os diré que en otra ocasión le disparó por la ventana a un atacante inexistente a las tres de la mañana, dice ella, «para alarma de toda mi familia». No sé, Charlotte, yo también me habría despertado regular.

No sabemos si Charlotte llevaba ropa femenina o masculina para estas fechorías, pues es algo que menciona de forma bastante casual. Llevar vestimenta masculina es para Charlotte algo apenas digno de mención, aunque en aquella época era bastante escandaloso hacerlo fuera de un escenario. De hecho, muchas veces a lo largo de la narración Charlotte se pone un poquito misteriosa cuando menciona que en alguna ocasión iba vestida de hombre, pero que la razón «habrá de excusarse puesto que no concierne a mortal vivo más que a mí».

Charlotte tenía una energía sin fin y una gran vena dramática y pronto quiso independizarse y ser actriz como su padre. La oportunidad para dejar el hogar familiar llegó de la mano de un señor

llamado Richard Charke, que empezó a cortejarla cuando tenía dieciséis años. Charlotte nos resume esta parte de su vida diciendo que Charke le susurró un par de cosas bonitas, que ella era joven y tonta, que se casó y que a los seis meses todo era un desastre, por lo que dejaron de vivir juntos. Así que Charlotte pasó a ser, más o menos, una mujer casada-pero-no de diecisiete años. Desgraciadamente pronto descubrió que era una mujer casada-pero-no de diecisiete años y embarazada.

En los años siguientes, Charlotte comienza sus andanzas como actriz, interpretando papeles tanto femeninos como masculinos con bastante éxito mientras su marido se marchaba a Jamaica, donde moriría poco después. Actúa, cría a su hija y empieza a usar ropa masculina en su vida diaria, adoptando el nombre de Charles Brown cuando lo hace. Leyendo sus memorias es casi imposible saber en qué momentos es Charlotte y en qué momentos es Charles. En su narrativa se refiere a sí misma en términos femeninos, pero deja claro que cuando es Charles en público espera un trato masculino de forma natural.

Aunque a Charlotte le iba bastante bien usando cada día el género que mejor se ajustaba a sus necesidades, su padre, que quería defender su reputación de señor de bien megafuerte afiliado al gobierno, no estaba nada de acuerdo con que su hija fuese por la vida en pantalones y ligando con señoritas. Lo de quedarse embarazada a los dieciséis años, disparar dentro de chimeneas y montar una consulta médica ilegal a los trece años pase, pero ¿llevar pantalones por la calle y guiñarles el ojo a las mozas? Hasta aquí hemos llegado. Así que en vez de dejarle el teatro a Charlotte, que era la única que se dedicaba a actuar a tiempo completo, se lo dejó a uno de sus hermanos.

A Charlotte esto le sentó solo regular y a estas alturas del capítulo ya sabemos que no es buena idea estar cerca cuando a Charlotte se le cruzan los cables. Moviada quizás por este desprecio y por verse cada vez más alienada de su familia, comete el error garrafal de su vida: Charlotte accede a actuar en una obra de teatro que se ríe del gobierno. Y de su padre. Y ella hace el papel de su padre.

Su padre no volvería a hablarle en la vida, porque ya os he dicho que no hacía las cosas a medias.

Haberse metido con el gobierno también significó que Charlotte, que ya no iba a heredar absolutamente nada, fuera además incapaz de encontrar trabajo fijo en un teatro respetable. Así que es la hora de echarle imaginación a la vida, sobre todo siendo madre soltera. O padre soltero, porque al final es Charles quien encuentra un trabajo: primero, un par de papeles pequeños; después, en una tienda; más tarde, sirviendo en una taberna en la que una señora quiso casarse con él y tuvo que confesarle que su nombre era Charlotte para que la buena mujer dejara de arrimarse en demasía. Finalmente, un tal Lord A contrata a Charles como ayuda de cámara. Lord A sabe que Charles también es Charlotte, pero no parece importarle mucho porque opina que Charles es bueno en su trabajo y «todo un caballero». Pero al igual que sucedió en su juventud con la señora y la carabina, Lord A acaba cediendo a las burlas de sus colegas, que se mofan porque su ayuda de cámara es una mujer.

Charlotte pasa unos años muy duros. Aunque ella lo cuenta sin demasiada afectación, su hija y ella rozan la pobreza extrema; dependen de la generosidad de almas caritativas y de las ideas peregrinas que se le ocurren y que suelen acabar regular. Al final consigue integrarse en una cuadrilla de actores nómadas, donde conoce a una mujer misteriosa con la que se enovia rápidamente después de que la buena señora la cuide durante un brote de fiebres. La incógnita de

la identidad de esta señora, de la que jamás menciona el nombre, queda para que los académicos nos rasquemos la cabeza. Aunque hay alguna teoría vaga flotando por ahí, lo cierto es que no tenemos ni idea de quién era. Solo sabemos que era alta, que se preocupaba mucho y que tenía la paciencia de una santa. De algunos comentarios de Charlotte se deduce que era una actriz popular que hacía papeles prominentes en obras trágicas, que puede ser la razón por la cual oculte su nombre. Charlotte se refiere a ella en sus memorias como «la señora Brown» en referencia a su propio nombre masculino, Charles Brown.



Algunas veces se ha hablado de Charke como una «esposa masculina» (el término, que nunca he visto usarse en otro idioma que el inglés, es *female husband*). Se trataba básicamente de mujeres que se hacían pasar por hombres para casarse con otra mujer. La práctica estaba mucho más extendida de lo que podéis imaginar.

Y hablando de Charles, en esta época está más presente que nunca porque para la pareja era mucho más sencillo que los desconocidos pensarán que eran un matrimonio viajando con su hija. Aunque para la señora Brown sus fieles acompañantes eran ambos: Charles y Charlotte. Pero no podemos olvidar que estas son unas memorias del siglo XVIII, así que la señora Brown siempre es «mi amiga» en el texto. La amistad intensita que no falte jamás.

Los años que pasaron como matrimonio fueron bastante complicados en el aspecto económico y una vez más tuvieron que echar mano de la imaginación para subsistir: se unieron a cuadrillas de actores, se retiraron al campo y montaron una pastelería («Brown, pastelero de Londres»), se metieron en varios negocios que acabaron como el rosario de la aurora e incluso tuvieron que medio robar la herencia de la señora Brown por un follón con unas cartas que no se sabía si eran falsas. Bueno, Charlotte dice que fueron a llevarse una herencia que era legítimamente suya, pero ya sabéis: esto estaba así cuando llegué, fue un error, no murió nadie...

En otra ocasión pasaron un par de noches en la cárcel, aunque no por nada ilegal, sino porque detuvieron a la cuadrilla de actores en la que trabajaban porque el jefe había hecho alguna maña criminal. Bueno, Charlotte dice que no las detuvieron por nada ilegal y que fue cosa del jefe, pero ya sabéis: esto estaba así cuando llegué, fue un error, no murió nadie...

Y así, de movida en movida, Charlotte y la señora Brown criaron a una hija (que se casó y se independizó), llenaron teatros, pasaron penurias, vivieron aventuras y se apoyaron en todo momento. Las memorias de Charlotte solo abarcan hasta cinco años antes de su fallecimiento, así que no conocemos casi nada de la etapa final de su vida. Lo último que sabemos, por testimonio de un tercero que dejó escrito un encuentro con ella, es que vivía con una mujer, posiblemente la señora Brown, en una casa muy muy humilde, acompañadas de un perro, un gato y un mono.

Sí, yo también tengo muchas preguntas sobre esa última frase.

Charlotte murió siendo muy pobre, tras haber luchado toda su vida para, de una forma u otra, ganarse el siguiente sueldo, cuidando primero de su hija y luego de su amante. Pero, a pesar de todas estas desventuras, en sus memorias dice que consideraba que la Providencia estaba de su lado, porque siempre encontraba algo a lo que agarrarse. Su resiliencia fue absolutamente legendaria, así como su capacidad para afilar el ingenio y para vivir una vida imposible en su época.

Lo que diferencia a Charlotte Charke es que no se travestía, como muchas mujeres de su época, para trabajar, casarse con otras mujeres o acceder a estudios que estaban fuera de su alcance. Charlotte era Charlotte algunos días y Charles otros. Cuando era Charles, lo era para desconocidos y amigos por igual. Que los demás pensaran o no que era un hombre no le importaba en absoluto; lo único que le importaba era sentirse bien en su propia piel y ser quien necesitaba ser en cada momento de su vida, ya fuera por necesidad, por placer o por instinto. En cuanto a su identidad de género, digamos que es complicado explicarla desde nuestro tiempo. Aunque todavía se discute si tan solo usaba ropas masculinas para acceder a diversos trabajos más fácilmente, hoy en día hay un consenso académico más o menos generalizado (aunque ni mucho menos unánime) en afirmar que Charlotte desafiaba los roles de género de forma consciente, expresando su identidad de la única forma en la que podía hacerlo en su época: presentándose como Charlotte o Charles según la ocasión.

A lo largo de la historia se ha considerado que Charke era una rareza, una lesbiana psicótica, una oportunista confusa o una decepción para el feminismo por adoptar roles masculinos de forma consciente, pero la realidad es que Charlie Charke, a la vez Charlotte y Charles, nos dejó unas de las memorias más irreverentes, valientes e ingeniosas de todos los tiempos. Unas memorias que nos demuestran que, aunque llevemos décadas recuperando las vidas de figuras *queer* del pasado, todavía necesitamos aprender mucho para honrarlas a todas como se merecen.

Las Damas de Llangollen

Cuando empiezas a interesarte por la historia de las mujeres que amaron a otras mujeres, aprendes pronto que vas a pasar mucho mucho tiempo sumergida en los siglos XVIII y XIX. Desgraciadamente, también descubres que durante esos dos siglos existió algo que hoy conocemos como «amistad romántica», un fenómeno social por el cual las amistades entre mujeres, sobre todo de clase media y alta, se vivían con muchísima ansiedad. Era común que dos mujeres se consideraran unidas por lazos inquebrantables (aunque muchas veces se quebrantaban, con el consecuente drama) y que la correspondencia ardiente, los besos y las declaraciones de amor formasen parte de su relación; incluso los celos si la amiga del alma les prestaba demasiada atención a otras mujeres. Hoy en día entendemos muchos de esos gestos como románticos, pero en la época estas relaciones entre mujeres estaban perfectamente normalizadas y, de hecho, mantener una amistad de ese tipo se consideraba una virtud y hasta te daba puntos a la hora de buscar marido.



Se consideraba que las mujeres, sobre todo las de clase alta, eran completamente ignorantes con respecto al sexo y carentes de deseo carnal. Por extraño que parezca, esto desembocó en que dos mujeres podían dormir juntas o comerse la cara a diario sin despertar sospechas, mientras ninguna intentara usurpar un rol socialmente masculino.

La amistad romántica es un concepto difícil de entender para nosotros, porque está muy enraizado en la cultura y las costumbres de la época y porque siempre acabamos otorgándole dimensiones modernas cuando intentamos comprenderlo. Es realmente fascinante. ¿Y sabéis qué más? Pues que es la peste cuando intentas estudiar a las señoras que se empotraron hace mucho, porque dicho concepto se ha utilizado para ocultar todo rastro de amor entre mujeres a lo largo de casi doscientos años.

Durante gran parte del siglo XX ha sido imposible plantear la posibilidad de que dos mujeres pudieran ser *queer* en los siglos XVIII y XIX; enseguida venía alguien a restregarte la Amistad Romántica™ por la cara.

«¿Acaso estas dos señoras que dicen que ojalá pudieran casarse no podrían considerarse historia lesbiana?», me preguntaba yo, joven e inocente, leyendo algunos de estos casos. «No, señora, esto es amistad romántica», decían los expertos en todos los libros y artículos. «¿Y estas

que dicen que quieren dormir juntas y besarse durante horas?» «En absoluto, señora, esto era normalísimo». «¿Y estas que se han regalado anillos y han jurado no casarse jamás con un hombre y se han comprado una casa y llevan cincuenta años viviendo juntas?» «Perfectamente heterosexual, señora, cosas de la amistad romántica».

Esconder la historia de las mujeres que amaron a otras mujeres ha sido, hasta hace apenas unas décadas, el deporte favorito de los historiadores. Y la amistad romántica les daba la excusa perfecta, que a veces no se sostenía por ninguna parte, cierto, pero era muy conveniente.

¿Y por qué os cuento todo esto? Pues porque os voy a relatar la historia de las Damas de Llangollen, las amigas románticas más famosas de todos los tiempos. Al final del capítulo nos vemos y ya decidimos si merecen o no ser parte de la memoria cultural para señoras que se empotran (actualmente).



El primer hogar de la honorable *lady* Eleanor Butler fue el castillo de Kilkenny, construido en el siglo XII y, a día de hoy, uno de los monumentos más visitados de Irlanda.

Nuestras protagonistas se conocieron en 1768, en el condado de Kilkenny, Irlanda. Una de ellas era Eleanor Butler, hija del conde de Ormond, que vivía con su familia en un castillo porque la aristocracia no podía parar de desfasarse. La familia de Eleanor estaba un poco mosqueada porque ella había rechazado varias propuestas de matrimonio, que, por el rango y la fortuna que iban implícitos en su apellido, no le faltaban. A Eleanor le gustaba estudiar y estar a su bola, así que echarse un marido le daba mucha pereza y se negaba a considerar siquiera la posibilidad. Que una mujer hiciera esto en el siglo XVIII, cuando el matrimonio era una obligación social, era bastante alarmante. Su familia empezó a hacer presión diciéndole que la iban a mandar a un convento, pero ella se resistía a dar su brazo a torcer.

A algo más de veinte kilómetros (que en la Irlanda rural del siglo XVIII es poco menos que el vecino de arriba) vivía otra señorita de bien, Sarah Ponsonby, que no era de la aristocracia pero casi. Sarah vivía acogida por un matrimonio de alcurnia y dinero. A ella nadie la presionaba para que se casara. El señor que la tenía acogida estaba esperando a que su mujer falleciera para hacer de Sarah su segunda esposa y, mientras, se pasaba el día haciéndole insinuaciones poco modestas.

Cuando Eleanor y Sarah se conocieron, establecieron de inmediato una amistad intensa y romántica de las típicas de la época. Como os he explicado, esto era normal y estaba aceptado, así que durante los años siguientes sus familias observaron encantadas cómo su relación se hacía cada vez más estrecha. Pero lo que no sabían es que Eleanor y Sarah estaban planeando algo mucho más escandaloso, algo que a mí me gusta llamar la Operación Irnos a Vivir al Campo.

Sí, amigos, toda la obsesión de Eleanor y Sarah era irse a vivir juntas al campo, retirarse de la vida social y comerse la cara tranquilas. A sus familias no les importaba su amistad intensita, pero no les dio tan igual cuando Sarah saltó por la ventana una noche de marzo de 1778 y se escapó con Eleanor. Su equipaje consistía en una pistola y su perro, y, sinceramente, para qué quiere una más. Debido a un pequeño imprevisto que desbarató sus planes (barcos que zarpaban con retraso que les hicieron pasar la noche de mala manera y a Sarah pillar unas fiebres del copón), las encontraron y las llevaron de vuelta a casa. El incidente no agradó mucho a las familias, pero tampoco se lo tomaron excesivamente mal porque, como dijo un pariente con gran alivio, no hubo

ningún hombre de por medio y tan solo se trataba de una travesura de amigas románticas. A partir de este momento, sus familias intentan evitar que se vean tanto como antes para que no vuelvan a hacer otra «travesura», pero no hay manera de separarlas. Cuando se volvieron a escapar, estaban tan hartos de líos que las dejaron ir. Al fin y al cabo, seguía sin haber ningún hombre de por medio, que habría sido lo grave. En general, todos se encogieron de hombros en plan «Bueno, ya volverán». Alerta de *spoilers*: no volvieron.

Igual a nosotros hoy en día no nos resulta tan sorprendente, pero en aquellos tiempos esto equivalía a un giro de trama a la altura de *El sexto sentido*, porque estamos hablando de una época en la que siendo mujer tenías como seis o siete formas de ganar dinero y cinco eran ilegales.



Se dice que Molly la Matona (en los textos originales, Molly the Bruiser) se ganó su mote por golpear a un mayordomo con un candelabro, aunque la información con respecto a este suceso es vaga y varía dependiendo de la fuente consultada.

Pero ellas se fueron a Gales y encontraron una casita para poner en marcha la Operación Irnos a Vivir al Campo y Dormir en la Misma Cama. A esta casa, a las afueras de Llangollen, la llamaron Plas Newydd («casa nueva») y se llevaron con ellas a mi personaje favorito de toda esta movida: Mary Carryl, una doncella de Sarah a la que llamaban Molly la Matona, la única persona que las había ayudado en sus intentos de fuga. Mary se estableció como ama de llaves de Plas Newydd y fue amiga (e incluso figura maternal) de Sarah y Eleanor, que como mujeres independientes llevaban regular según qué aspectos de la vida. Habiéndose criado una de ellas en un castillo, os podéis imaginar que el tema de las finanzas, por ejemplo, no lo dominaban mucho. Eso sí, como estaba feo ser de la aristocracia y dejar que tu hija se muriera de hambre, la familia de Eleanor decidió mandarles una paga escasita, rollo mileurista, esperando que se arrepintieran y volvieran. Pero ellas perseveraron con lo que tenían y no miraron atrás.

A partir de aquí es cuando nos hundimos en el surrealismo. Como la amistad romántica y pasional entre mujeres era un ideal noble y puro en la época, la gente empieza a considerar a Eleanor y Sarah como unos seres de luz y virtud que viven en un edén de pureza, apartadas del mundanal ruido y rebozándose en las bondades de la vida rural cual santas. Alrededor de un siglo más tarde se pondrían muy de moda los matrimonios bostonianos, acuerdos generalmente económicos y platónicos por los que dos mujeres vivían juntas para apoyarse mutuamente (y, obviamente, tapadera ideal para relaciones no tan plantónicas), pero a finales del siglo XVIII que dos mujeres se fugaran para establecerse juntas era mucho menos común y causaba bastante sorpresa.



La pensión que se les otorgó se conocía como pensión de la lista civil y generalmente se destinaba a individuos que habían realizado servicios a la corona o al pueblo, o habían contribuido a las artes o las ciencias. Ser lesbiana no entra en ninguna de esas categorías, pero me resisto a admitirlo porque todavía mantengo la esperanza de que la paga por lesbianismo siente precedente.

Esta fascinación que la gente sentía hacia el arreglo doméstico de Sarah y Eleanor llegó hasta el punto de que la gente iba a visitarlas sin conocerlas de nada, solo para ver a dos señoras puras y virtuosas viviendo juntas. Esto no deja de tener gracia, porque estas dos señoras estaban tan casadas que encargaron una cristalería con las iniciales de las dos entrelazadas, que es una de las cosas más homosexuales que he escuchado en mi vida. Al final se hicieron famosas en todo el Reino Unido y acabaron pasándose por allí Lord Byron, Walter Scott, William Wordsworth, el duque de Wellington, Percy B. Shelley y un muy largo etcétera. Los poetas escribían poemas sobre ellas, sus visitantes les llevaban regalos y hasta se vendían postales con sus retratos. Su popularidad creció tanto que la reina Charlotte supo de ellas e hizo planes para ir a verlas. Aunque al final la visita no fue posible, la reina quedó tan impactada por la situación de gran virtud y pureza en la que vivían (sigo pensando en la cristalería) que estuvo dando la brasa con el tema a su marido Jorge III hasta que este les otorgó una pensión vitalicia.

Sí, os estoy dando permiso para decir sin miedo que el rey Jorge III les dio una paga a Sarah y Eleanor por bolleras. Alguien os discutirá la terminología de la frase, pero el contenido es irrefutable.

Mientras todo esto pasaba a su alrededor, Sarah y Eleanor dedicaban los días a reformar la casa, cuidar del jardín, estudiar, llamarse «mi amada», «mi mejor mitad», «mi tierna compañera», etc. Eleanor escribía un diario que es aburrido de morirse, con muchos detalles de la vida cotidiana de dos señoras que estudiaban mucho. Nunca consiguieron entender cómo funcionaba el dinero y se endeudaron hasta las cejas en numerosas ocasiones, por lo que tuvieron que aceptar la ayuda de sus amigos. Tampoco quiero que penséis que lo gastaban en vicios; de hecho, uno de los grandes problemas que tenían es que le soltaban pasta a todo el mundo como si fabricaran billetes. El diario de Eleanor está lleno de notas de gastos y hay muchísimos que son de caridad y regalos. Mi nota de gastos favorita son los seis peniques que les dieron a dos muchachos cuando se enteraron de que le habían salvado la vida a un erizo. Para que veáis el nivel de dar calderilla a diestro y siniestro al que estamos operando (aunque, personalmente, opino que cualquier dinero invertido en erizos está bien invertido).



El memorial de tres caras, así como la propia Plas Newydd y sus jardines, están actualmente abiertos al público y pueden visitarse en Llangollen, Denbighshire (Gales).

Y así vivieron, en perfecta armonía y pacífica convivencia, durante unos cincuenta años. En todo ese tiempo aseguraban no haberse peleado jamás y no haberse separado un solo día. Eleanor murió en 1829 y Sarah, dos años después, en 1831. Fueron enterradas y recordadas con un memorial de piedra de tres caras que habían mandado construir años atrás, en el que se podían leer tres epitafios: uno para Eleanor, otro para Sarah... y un tercero para Molly la Matona.

Lo más curioso de esta historia es que nunca, ni en los diarios de Eleanor ni de boca de ningún conocido, se menciona que Eleanor y Sarah se empostraran en ningún momento. Sus contemporáneos estaban divididos entre los que tenían una visión pura y angelical de sus vidas y los que sospechaban que podían ser, como dijo una de sus vecinas, «unas malditas sáficas». Sin embargo, históricamente han sobrevivido como las más famosas amigas románticas y los historiadores se resisten a menudo a considerarlas parte de la tradición histórica de mujeres que

amaron a otras mujeres porque no hay prueba de que se acostaran. Pero qué queréis que os diga, después de fugarse dos veces, vivir cincuenta años juntas durmiendo en la misma cama y encargar una cristalería con las iniciales de ambas entrelazadas... que se empotraran o no, para mí, es lo de menos.

Anne Damer

Ya hemos aprendido lo que es la amistad romántica y lo ciegos que podían estar los habitantes de los siglos XVIII y XIX ante cualquier actividad más romántica o erótica de lo estrictamente establecido. Y ahora vamos a desaprenderlo.



Esta estrategia de ridiculización y humillación del sexo entre dos mujeres, generalmente aludiendo a una naturaleza corrompida por el vicio, se usaba a menudo como arma política en el siglo XVIII. Algunas mujeres poderosas, como María Antonieta (1755-1793) o la reina Anne de Gran Bretaña, última de los Estuardo (1665-1714), sufrieron este tipo de acusaciones de boca de rivales políticos. La veracidad de las acusaciones se sigue discutiendo a día de hoy, especialmente en el primer caso.

Aunque la corriente del enaltecimiento de la amistad romántica existía e incluso imperaba en aquellos siglos, sobre todo en las clases más altas, el sexo entre mujeres no era, como a veces nos quieren hacer creer, un concepto extraño para la sociedad de la época. A menudo se consideraba que las mujeres de las clases bajas se acostaban juntas por exceso de vicio. Esto no se relacionaba con una preferencia hacia uno u otro género, sino más bien con una forma desacertada que tenían las mujeres poco refinadas de gestionar el deseo sexual. A veces se acusaba de safistas a mujeres célebres, aristócratas o actrices de renombre para crear escándalo, cosa que no debería resultarnos del todo extraña teniendo en cuenta que hacemos exactamente lo mismo hoy en día. También, y ya que pervertir la pureza y altura moral de la amistad romántica estaba visto como una bajeza del copón, se podían usar estas acusaciones para atacar a algunas mujeres sabiendo las consecuencias que esto tendría en su reputación, especialmente en la de aquellas que se negaban a ceñirse a los roles femeninos preconcebidos.



El cuadro es *Las tres brujas de Macbeth* o *Brujas alrededor del caldero* (1775), de Daniel Gardner. En él aparecen Anne Damer, lady Melbourne y la duquesa de Devonshire, tres grandes amigas interesadas en el arte y la política. Damer es la única que mira directamente al espectador, desafiante y con una ligera sonrisa. El cuadro se encuentra actualmente en la National Portrait Gallery de Londres.

Así que vamos a hablar de Anne Damer, una mujer muy especial y pionera en el mundo de la escultura, que tuvo que soportar el escarnio de la sociedad por vivir su vida como ella quería. También fue una mujer que encargó un cuadro de las tres brujas de *Macbeth* en el cual las brujas tenían su cara y las de sus dos mejores amigas, así que no vamos a hacer como que Anne no sabía cómo la veía la sociedad y lo que ella opinaba al respecto.

Anne Damer (de soltera, Conway) nació en Kent en 1748. Su familia estaba bastante montada en el dólar y Anne se crio entre aristócratas, políticos e intelectuales. Entre ellos, el que sin duda tuvo un papel de más peso en su vida fue el celebrado escritor Horace Walpole; emparentado con ella por parte de padre, era su guardián durante los frecuentes viajes de sus padres.

Desde pequeña, Anne mostró el carácter obediente y formal que todo progenitor deseaba en una joven señorita, pero también expresó unos gustos bastante excéntricos para la época: por ejemplo, siendo aún adolescente, manifestó interés por la escultura, una actividad que se consideraba exclusivamente masculina. Sus padres, sorprendentemente, le buscaron un tutor de anatomía en vez de ponerla a tocar un instrumento o a dibujar, actividades típicas de una mujer joven de buena familia.

Por desgracia, Anne no pudo continuar demasiado tiempo con sus clases de anatomía porque, en cuanto cumplió los dieciocho años, su familia concertó un matrimonio de conveniencia con un tal John Damer. Al parecer, John y sus hermanos estaban acusados de haber matado a un señor en Italia, cosa que muchos sabían, pero que nadie se molestó en comentarle a Anne antes de que aceptara obedientemente el matrimonio. No se me ocurre nada peor que descubrir algo así de tu marido estando recién casada; pero esta no era la única «sorpresa» que le iba a dar este pavo.

Estuvieron casados nueve años. Aunque Anne hacía todo lo que una esposa debía hacer, desde acompañar a su marido a eventos sociales hasta ejercer de anfitriona en casa o aparcar sus intereses para atender a las necesidades de su marido, era bastante evidente para todo el mundo que no le tenía demasiado cariño a aquel señor. Tampoco era de extrañar, teniendo en cuenta que John Damer tenía una habilidad casi sobrenatural para perder todo el dinero que caía en sus manos. Todo lo que recibieron de sus familias tras la boda lo gastó en tiempo récord y con el paso de los años empezó a acumular deudas de juego desorbitadas. Tenía fama de juerguista y de irresponsable, características que se ponían aún más en evidencia cuando estaba junto a Anne, una mujer que siempre había sido formal pero a la que muchos tachaban de arrogante. Tras cinco años de matrimonio, Anne empezó a separar su vida de la de su marido en la medida de lo posible, hasta el punto de hacer un viaje por varios países de Europa sin él. Su vida social seguía siendo discreta, pero ya no se esforzaba por mantener la ilusión de una vida matrimonial respetable por la que su marido nunca se había preocupado. En 1776, las deudas acumuladas eran tan grandes que John y sus hermanos decidieron huir del país para instalarse en Francia y evitar la cárcel. Anne se preparó para seguir a su marido a Francia con el buen humor que podéis imaginar, pero decidida a cumplir con su obligación de esposa.

Anne no se fue a Francia. La noche antes de emprender el viaje, John se fue a la famosa taberna londinense Bedford Arms. Allí alquiló una habitación a la que subió con cuatro prostitutas y un violinista ciego (tengo muchísimas preguntas) con los que pasó varias horas (¿el violinista ciego estaba solo para poner la música de fondo o participó activamente en la velada?). Después pagó a las cuatro mujeres y al violinista de mis desvelos por el servicio prestado y dio órdenes de que se le avisara en media hora. Cuando subieron, se había quitado la vida.

El suicidio de John Damer fue todo un escándalo y no faltaron las lenguas malintencionadas que culpaban a Anne por su actitud fría y poco sentimental hacia él. Lo de que lo perseguía la justicia y debía más dinero del que una persona podía reunir en vida no les debía de parecer tan importante en comparación. El caso es que Anne se quedó viuda a los veintisiete años. Y aunque casarse era una obligación social y familiar, una vez que eras viuda, ya no te podían decir nada. Ya habías hecho tu parte y nadie podía ni toser en tu dirección; así que Anne, aún joven y liberada de las obligaciones del matrimonio, se encontró con que volvía a ser la única dueña de su vida. Durante los años venideros, Anne volvió a tomar el control de su tiempo y a darle a su vida la forma que deseaba, sin estar a merced de las decisiones de un marido. Reconectó con su círculo de amistades, estableciendo varias relaciones intensitas con amigas, y empezó a vestir algunas prendas masculinas en público como zapatos, sombreros y chaquetas que combinaba con faldas y vestidos sencillos.

Pero posiblemente lo que más deseaba de todo era volver a dedicarse en cuerpo y alma a su pasión, la escultura. A lo largo de los años trabajó principalmente con terracota, mármol y bronce, haciendo sobre todo bustos de amigos y conocidos, pero también piezas con motivos animales y decoraciones para edificios y puentes. El rápido ascenso de su carrera no fue precisamente bienvenido entre otros artistas, pues pensaban que Anne estaba invadiendo un espacio al que no pertenecía, ya que la escultura se consideraba una actividad que requería esfuerzo físico y por ello poco femenina. Os comento, para que midáis la gravedad de la ofensa, que antes de ella ninguna mujer británica se había dedicado profesionalmente a la escultura.

La gota que colmó el vaso fue que Anne decidió rechazar toda propuesta de matrimonio que le llegara en favor de cultivar amistades románticas con otras mujeres, especialmente con la famosa actriz Elizabeth Farren. Eso ya fue demasiado para el siglo XVIII y su frágil equilibrio de roles de género: Anne no solo mostraba su preferencia por las mujeres, sino que rechazaba activamente a los hombres; su ropa transgredía las normas de vestimenta apropiadas para una mujer; su carrera como escultora desafiaba los roles de género de la época.

Aunque llevaba una vida perfectamente moral y respetable y sus amistades románticas con otras mujeres se ajustaban perfectamente al modelo de devoción entre señoras que se admiraba en la época, durante casi dos décadas Anne fue blanco de burlas en la prensa, en obras de teatro, en sátiras y en poemas. El hecho de que Anne decidiera ignorarlas por completo alimentaba su imagen pública de arrogancia y rectitud, que a su vez provocaba ataques más afilados a su reputación. La mayoría insinuaban de forma absolutamente transparente que Anne estaba manteniendo relaciones sexuales con otras mujeres; otras burlas más delicadas se valían de juegos de palabras con su apellido y la palabra «dama» en inglés (*dame*) para insinuar que ella no se podía considerar una.

Los rumores sobre la sexualidad de Anne hicieron estragos incluso en su círculo de amistades, entre las que se contaba la aristócrata y mecenas de las artes Hester Thrale, de la cual siento decir que tenía un problema grave para gestionarse a sí misma en cuanto alguien sacaba el tema del sexo entre personas del mismo género. Hester estaba convencida de que tenía un don para detectar a la gente que cometía ese pecado «que ahora está tan de moda en Inglaterra». Ella era un poco como ese compañero de trabajo que te dice en confianza que él detecta a una bollera a tres kilómetros y tú estás delante de él, asintiendo lentamente. La obsesión de Hester llegó a niveles estratosféricos, llegando a escribir que habría que «arrojar a esos sodomitas y safistas a las llamas del volcán

Vesubio». Digamos que Hester necesitaba a la vez un abrazo cálido y una colleja con efecto.



Aunque se cuestiona si realmente Farren se distanció de Anne impulsada por las habladurías o no, es cierto que el comienzo de su separación coincidió con el momento en el que los rumores de safismo empezaban a salpicarla más directamente. Farren acabaría casándose con el que fue su admirador largo tiempo, el conde de Derby, que pasaría a la historia como el señor que le puso nombre a la prestigiosa carrera de caballos.

De Anne dejó escrito en su diario que era una dama «de la que se sospecha que disfruta de su propio sexo de una forma criminal». Y, aún más revelador, que «en Londres es ahora una conocida broma decir que una mujer visita a la señora Damer». Este comentario nos deja con el inquietante panorama de un final de siglo XVIII en el que ya se empieza a esperar que una mujer sea decorosa y no conozca los entresijos del sexo (y mucho menos del sexo lésbico), pero en el que bromear sobre los gustos sexuales de una mujer por visitar a una «conocida safista» es un comentario que se entiende a la perfección en todo Londres. Aunque Anne se mantuvo al margen de estos rumores, algunos de sus conocidos y amigos no tuvieron tanta entereza: la propia Elizabeth Farren comenzó a distanciarse de ella y su relación acabó disolviéndose.

En 1789, Anne conoció a una muchacha sin demasiado rango, delicada de salud y de carácter amable, que enseguida le produjo palpitaciones. Su nombre era Mary Berry; era catorce años menor que Anne y estaba lejos de ser de la aristocracia. Mary se alejaba mucho de la clase de mujeres con las que Anne estaba cansada de lidiar en sociedad y establecieron una amistad que rompió el intensómetro en tiempo récord. Esta relación volvió a suscitar rumores malintencionados y, por primera vez en su vida, Anne reaccionó a ellos. No era solo su reputación la que estaba en juego, sino también la de Mary. En las cartas que se conservan entre ambas discuten a menudo sobre «el asunto» que no se atreven nunca a nombrar, preguntándose si deberían mostrarse menos cariñosas en público y dejar de verse durante una temporada. Al final, deciden pasar olímpicamente de bajar el tono, y resuelven que sus comidas de cara son perfectamente rutinarias y normales. No pensaban lo mismo los demás, que observaban que «el éxtasis» que manifestaban al encontrarse era excesivo, así como los lamentos a la hora de despedirse.

Anne y Mary intentaron mantener una vida intachable hasta el punto de animarse mutuamente a buscar marido y a aceptar propuestas de matrimonio, cosa que, al final, jamás hicieron. Vivieron juntas casi treinta años hasta la muerte de Anne en 1828. Antes de morir, esta pidió que se quemaran todas sus cartas personales y documentos y que se conservaran solo los cuadernos en los que había copiado sus fragmentos favoritos de las cartas de Mary. Mary respetó su petición y se deshizo de casi todos sus documentos, pero antes seleccionó algunas cartas que guardó para siempre, incapaz de destruir «con mis propias manos la prueba de haber sido el objeto de tal afecto». Anne fue enterrada, como era su deseo, junto con sus herramientas de esculpir y las cenizas de su perro.

Si hay algo que nos enseña la historia de Anne Damer, es que el tema de las relaciones entre mujeres era mucho más complejo de lo que pueda parecer a primera vista. Había una delgada línea entre la amistad romántica y el escándalo, una línea que se desdibujaba fácilmente en las

diferentes clases sociales y que se esperaba que las mujeres no cruzaran, acatando las normas de comportamiento de la época. Una línea que podía servir para ennoblecer a las mujeres obedientes y castigar a las que intentaran adentrarse en un terreno transgresor como el de rechazar matrimonios o usurpar roles u ocupaciones masculinos.

Anne desafió a la sociedad de la época en su vida personal y artística y tuvo que enfrentarse a las consecuencias de ver su reputación menospreciada y sus relaciones con otras mujeres expuestas y ridiculizadas. Su atrevimiento no fue amar a otras mujeres, sino arriesgarse a vivir ocupando espacios masculinos y rechazando un papel pasivo en la sociedad. Afortunadamente para nosotros, Anne tuvo el coraje y la voluntad de hacer lo que deseaba hasta el fin de sus días y hoy podemos celebrar su recuerdo.

SIGLO XIX



Jane Pirie y Marianne Woods

Bueno, amigos, pues ha llegado la hora. La hora de contar la historia de las dos señoras que se empotraron y que luego no se sabía si eran lesbianas porque se regalaron una biblia. Esta es una de mis historias favoritas de señoras que se empotraron hace mucho, porque hoy por hoy suena totalmente absurda y porque ilustra muy bien la forma de pensar de toda una época en lo que se refiere al amor entre mujeres. Además, hay un juicio de por medio, que siempre le da emoción al asunto. Es la historia perfecta para adentrarnos en los primeros años del siglo XIX.

Poneos los cinturones, que vienen curvas.

Desgraciadamente no se sabe mucho de las vidas de Jane Pirie y Marianne Woods. Sabemos que se conocieron en 1802, en Edimburgo, cuando Jane tenía dieciocho años y Marianne diecinueve y ambas estaban formándose como maestras. Enseguida surgió entre ellas una amistad romántica bastante intensa; se dice que se resistían a separarse incluso cuando tenían que hacerlo por cuestiones de estudios o trabajo. En 1809, cuando estaban en la mitad de su veintena y muy bien preparadas ya para ejercer, decidieron abrir juntas su propia academia para señoritas de bien.

Recibieron un buen número de alumnas de unos quince o dieciséis años, muchas de las cuales vivían en la academia. Todas eran de buena familia, por lo que los ingresos eran bastante sólidos. Además, Jane y Marianne dominaban asignaturas muy variadas, por lo que eran autosuficientes para impartir todas las lecciones del día. De noche, las alumnas se repartían en dos habitaciones y compartían cama por parejas, como era común en la época; para tenerlas siempre supervisadas, Jane dormía en una habitación y Marianne en la otra.

En un principio parecía que el negocio iba a despegar sin problemas, pero un día, de repente, las alumnas de la academia empezaron a abandonar el establecimiento y en cuestión de días quedó desierto. Jane y Marianne se echaron las manos a la cabeza porque acababan de perder todos sus ingresos y ni siquiera sabían por qué, así que indagaron entre las familias de sus antiguas alumnas. No consiguieron que nadie les aclarase qué había pasado, pero la explicación general era que la abuela de una de sus alumnas había escrito al resto de las familias para aconsejarles que retiraran a sus hijas y pupilas de la academia. Las razones que esta señora había alegado para convencerlas nadie quiso pronunciarlas. Esta abuela no era cualquier abuela; Helen Cumming Gordon era una mujer de alto rango y muy muy adinerada. Ni que decir tiene que entre las familias de clase alta su palabra tenía gran peso.

Pero a Jane y a Marianne les da igual lo honorable que sea la señora Cumming, porque se

acaban de quedar sin trabajo (y al parecer también sin reputación) y ni siquiera tienen la decencia de decirles por qué. No os quiero mentir: aunque no puedo confirmarlo, es muy probable que se olieran la razón. De ser así, solo puedo entender que denunciaran a la señora Cumming Gordon por calumnia porque tenían unas ganas increíbles de jarana y/o unas gónadas de acero. Contrataron al mejor abogado de Edimburgo, John Clerk, quien consiguió que el abogado de la señora Cumming Gordon enviara por escrito la razón exacta de su queja contra la academia. Al parecer, la señora Cumming Gordon había declarado que su nieta, Jane Cumming, le había contado cosas de su estancia en la academia que le hacían pensar que las señoritas Pirie y Woods cometían «actos indecentes» por las noches.



John Clerk se había labrado una reputación de excéntrico a lo largo de su vida, pero estaba considerado un genio por sus contemporáneos. Afamado misógino (murió soltero, compartiendo piso con diez gatos), se desconoce por qué decidió aceptar el caso, sabiendo además que Woods y Pirie difícilmente habrían podido permitirse sus honorarios.

Jane le había contado a su abuela que Marianne se metía en la cama de Jane, que una montaba [*sic*] a la otra y que «movían la cama mientras respiraban muy fuerte». Os recuerdo que todas las chicas de la academia dormían repartidas en dos habitaciones, así que Jane habría tenido entradas de primera fila para escuchar todo este jaleo si estaba despierta de madrugada. También decía haberlas oído hablar y había aportado una cantidad sustanciosa de ejemplos, entre ellos, que varias noches una le preguntaba a la otra si le estaba haciendo daño; que una noche la señorita Woods le había dicho a la señorita Pirie: «Creo que te he dejado lista para dormir», que la señorita Pirie le había respondido que no y que habían hecho moverse la cama otra vez; que en otra ocasión escuchó la siguiente conversación: «Estás en el sitio equivocado». «Lo sé». «Y entonces, ¿por qué lo haces?» «Por diversión».

Una pausa para que os imaginéis mi cara leyendo por primera vez esta transcripción de un juicio del año 1811 y soltando el libro cada dos minutos para mirar al infinito.



La creencia de que las mujeres no tenían deseo sexual se aplicaba en general a las mujeres «aceptables» del siglo XIX, de buena familia, educación o moral; en la misma época se habría acusado fácilmente de esta misma indecencia a mujeres de clase trabajadora, extranjeras o que se dedicaban a trabajos considerados vulgares, como el teatro.

La denuncia por calumnia siguió adelante, por supuesto. Pirie y Woods querían que se les pagara una indemnización por haber arruinado su reputación y su negocio, y la señora Cumming Gordon quería demostrar que eran culpables de indecencia. Dadas las particularidades del siglo XIX y sus entretelas, dejadme que os diga que este juicio, ya solo en concepto, puede acabar en favor de cualquiera de los dos bandos, porque partimos de la creencia de que las mujeres de bien no tienen deseo sexual. Como ya hemos visto en otros capítulos, las amistades intensas entre

señoras estaban bien vistas a lo largo del siglo XVIII. Tener una amistad pasional, romántica y casi obsesiva con una amiga se consideraba de gran virtuosismo (el ejemplo más ilustre es, por supuesto, el de las Damas de Llangollen). Estaba más que aceptado que una mujer tuviese una Amiga Intensita con la que se comía la cara impunemente, se achuchaba y se mandaba cartas de amor. La razón es que el amor entre mujeres de clase media y alta solo se entendía como platónico, así que toda unión entre mujeres de buena familia tenía que ser, a sus ojos, virtuosa por necesidad. La creencia popular era que las señoras no tenían deseo sexual, así que daba igual lo que hicieran dos señoras juntas y sin supervisión, porque, según los médicos decimonónicos, por mucho que se frotaran no iba a salir fuego.

Este panorama supone un problema bastante grande a la hora de afrontar el juicio, porque si aceptamos el testimonio de Jane Cumming y de su abuela, solo tenemos dos salidas: o admitimos que había dos señoritas de bien practicando sexo lésbico anal o admitimos que estas niñas mienten y que conocían el concepto del sexo lésbico anal. Pase lo que pase, todo el mundo dentro de esa sala se acaba de meter un gol a sí mismo y no hay vuelta atrás.

Los abogados de la señora Cumming Gordon centraron la defensa en demostrar que era posible que dos mujeres tuvieran sexo aunque fueran de buena familia, que en 1811 no es tan fácil como parece. Estaban tan acostumbrados a ver a mujeres portarse como amantes que las preguntas de los abogados a los testigos eran del tipo: «¿Las ha visto alguna vez besándose, acariciándose y palpándose más de lo que se hace naturalmente en una amistad femenina?», que es una frase que quiero tatuarme en la frente.

Por otro lado, tenemos a los abogados de Jane Pirie y Marianne Woods intentando demostrar que ellas jamás se empotraron porque se amaban con locura y eso significaba que eran demasiado puras como para empotrarse.

Os dejo que vayáis a por una aspirina para el *jet lag* histórico del último párrafo.

Como los abogados de Pirie y Woods están intentando demostrar el carácter puro y virtuoso de sus clientas y nada hay más puro y virtuoso en el siglo XIX que una amistad romántica bien fuerte, las pruebas para evidenciar que no habían tenido relaciones sexuales eran cartas de las dos declarándose amor ferviente, diciéndose cosas como «siempre la he amado como a mi propia alma y habría con gusto ofrecido mi vida para mejorar su bienestar» o «la he amado ocho años con sincero y ardiente afecto». Otra de las pruebas presentadas fue una biblia que Jane Pirie le había regalado a Marianne Woods en su cumpleaños con una dedicatoria escrita a mano:

Acepta, querida mía, este libro que puede ofrecer consuelo en toda situación; y, mi más querida amiga en este mundo, nunca lo abras sin pensar en la que renegaría de toda amistad, menos de la de Dios, por poseer la tuya.

Por siempre tuya,

JANE PIRIE

En un momento hubo un amago de ayuda por parte de una testigo que dijo que se había despertado varias veces por los ruidos de una de las maestras, pero no porque se moviera la cama, sino porque estaba rezando, que es algo que entra muy bien en el saco de lo puro y virtuoso. Lo malo es que se canceló bastante rápido cuando la testigo puntualizó que decía «Oh, señor Jesucristo» muchas veces seguidas y casi llorando, lo que le da un matiz bastante distinto a la cosa

y vuelve a caer lejos de lo puro y virtuoso.



Además de la rígida visión que casi todos los miembros del jurado tenían sobre los asuntos de clase y género, también pesaba el racismo: algunos tenían opiniones claramente negativas sobre Jane Cumming, que había nacido en la India (de donde era originaria su madre) y tenía la piel oscura. Se llegó a insinuar que podía estar inventándose todo y que sabía de aquellos temas indecentes por lo poco civilizado de su país de procedencia.

El jurado estaba entregadísimo. Aparte de llevarse las manos a la cabeza porque un caso de lesbianismo y sodomía era algo con lo que nadie en esa sala estaba ni remotamente familiarizado, los jueces venían todos con sus ideas y sus prejuicios de casa. Un señor del jurado se quejó muchísimo de que los abogados de la defensa hubiesen intentado convencerlo de que dos mujeres que se amaban y se metían en la cama juntas pudieran ser culpables de practicar sexo. Algunos intentaron explicar que era perfectamente normal que una mujer se metiera en la cama de otra y se le tumbara encima. Otro dijo que Woods podía haberse metido en la cama de su amiga porque hacía frío, pero no especificó por qué salió de la suya en primer lugar si tanto frío hacía. Aunque si lo tomamos en su significado más literal, técnicamente está diciendo que fue a la cama de Pirie a calentarse, que es una afirmación que no puedo discutir. Hasta hubo quien pensó que, si Woods fue a hablar con su amiga, es muy normal que se metiera en la cama mientras charlaban (de madrugada) y que, como no había mucho sitio en la cama, lo natural es que se le tumbara encima. No voy a añadir nada a esto porque considero que la frase en sí ya es un chiste.

En general, todos estaban bastante escandalizados y antes de la votación expusieron sus opiniones sobre el caso, de las que han quedado algunas de las instancias más cómicas e increíbles de la historia como, por ejemplo: «Si estas dos mujeres son culpables de algo, ¿dónde hay una mujer inocente en toda Escocia? Si sus señorías la conocen, yo desde luego no». Madre mía.

Otro señor fue más allá y dijo: «Creo que estas damas son tan culpables de lo que se las acusa tanto como lo creo de mi propia esposa». Este hombre se la jugó y pido un aplauso porque, sinceramente, nada de lo que he escrito o voy a escribir en este libro es tan gracioso como esta frase.



Lillian Hellman se inspiró en este caso para escribir la obra *The Children's Hour* en 1934 (en España, *La calumnia*), que más tarde saltaría a las pantallas en 1961 con el mismo título, protagonizada por Audrey Hepburn y Shirley MacLaine. Por cuestiones culturales y de censura, el parecido de estas adaptaciones con el caso original es, digamos, puramente anecdótico.

Aunque parezca increíble (y aunque les costó bastante tiempo), al final Pirie y Woods ganaron el juicio. La señora Helen Cumming Gordon tuvo que pagarles una indemnización por haber dicho que tuvieron un montón de sexo que es altamente probable que tuvieran. La prensa apenas se hizo

eco de este caso (a diferencia de los casos de sodomía masculina, que eran publicitados con gran escándalo) y toda esta aventura judicial surrealista quedó en el olvido hasta que fue semirresucitada en un libro que hizo una adaptación muy libre inspirada en el suceso.

Pero negligencias pedagógicas y *jet lag* histórico aparte, el caso de Jane Pirie y Marianne Woods es una joya a la hora de entender el tipo de pensamiento que reinaba a principios del siglo XIX con respecto al amor entre señoras. Era fácil para la sociedad aprobar el amor ferviente entre dos mujeres de buena posición social porque se presuponía que jamás llegaría al terreno sexual; hacer algo así era rebajarse a la infamia y a lo antinatural. Por lo tanto, enfrentados ante la posibilidad de que dos mujeres de buena familia, devotas cristianas, con una educación extensa y una reputación impecable pudiesen aprovechar el velo de la amistad romántica para darse a actos sexuales de todo tipo y disfrutarlos, los miembros del jurado se habían enfrentado a la posibilidad de que cualquier mujer en el país (hasta la esposa del señor que se había venido arriba) podía hacer lo mismo; podía existir carga erótica o incluso sexual en algunas de aquellas amistades románticas y, eliminada la ilusoria barrera de la clase social como prueba de virtud, no había forma de saber en cuáles. Por supuesto, la reacción había sido negarse rotundamente a esta posibilidad. Las implicaciones sociales de condenar a Jane Pirie y a Marianne Woods por indecencia y sodomía habrían sido sencillamente impensables.

Y con esta reflexión, nos adentramos en el siglo XIX.

Anne Lister

Uno de los momentos más emocionantes de mi vida como investigadora de señoras que se empotraron hace mucho fue sentarme frente a un fragmento de diario del siglo XIX escrito en código y primorosamente digitalizado en altísima calidad. Antes de empezar a transcribirlo ya sabía lo que me encontraría porque había buscado concienzudamente la entrada del diario que coincidía con esa fecha, el día en el que la autora del diario acudió a la iglesia con la mujer que consideraría a partir de entonces su esposa con la intención de tomar juntas el sacramento y quedar unidas ante los ojos de Dios. Sabía lo que iba a encontrarme a grandes rasgos, pero no conocía las palabras exactas y estaba un poco nerviosa. ¿Cómo describiría ella el suceso? ¿Habría emoción en sus palabras? ¿Sería consciente, aunque fuese solo un poco, de lo trascendental de sus acciones? Me tomé un momento para saborear el hecho de estar a punto de leer algo histórico, único, extraordinario. ¿Y sabéis qué encontré cuando transcribí las palabras ocultas bajo el código?

Que se quedó dormida en su boda.

Os presento a Anne Lister, la mujer a la que conocemos como la primera lesbiana moderna y la única capaz de hacer historia y quedarse dormida simultáneamente.

Ya hemos hablado de lo complicado que nos resulta en la actualidad aproximarnos al mundo de las mujeres que amaban a otras mujeres hace unos siglos. El contexto cultural es radicalmente distinto y durante mucho tiempo la historia hizo todo lo posible por eliminar, ignorar y esconder toda prueba de afecto transgresor entre mujeres. Tampoco ayuda que la exaltación de la amistad romántica reinara en la sociedad durante casi dos siglos, lo que significa que, a día de hoy, cuando lees que dos señoras se escribían cartas de amor que ya quisieras tú que te escribiera tu novia, es un poco difícil discernir si se trataba de una comida de cara rutinaria o de algo más. Hasta 1980, la creencia general de los historiadores era que las relaciones entre mujeres en siglos pasados eran mayoritariamente de carácter asexual y que es imposible hablar de «lesbianas» hasta finales del XIX, cuando la medicina catalogó la homosexualidad como un trastorno y las mujeres que se sentían atraídas por otras empezaron a sentirse identificadas como grupo minoritario. En resumen, que hasta finales del siglo XIX la orientación sexual no contaba en absoluto en la construcción de la identidad propia.

Pero en la década de 1980 todo cambió. La historiadora Helena Whitbread encontró por casualidad en un archivo de Halifax (Inglaterra) un diario de veintiséis volúmenes, entre cuatro y cinco millones de palabras, de una señora de bien llamada Anne Lister que vivió a finales del

siglo XVIII y principios del XIX. El diario relataba de forma detallada e ininterrumpida décadas de la vida diaria en Halifax a principios del siglo XIX, un tesoro para cualquier historiador. Para darle más emoción al asunto, alrededor de una sexta parte del diario estaba escrita en código; números, símbolos algebraicos y letras griegas aparecían intercalados en algunas entradas oscureciendo parte de su contenido. La señora Whitbread se puso manos a la obra y cuál no sería su sorpresa cuando aquella mujer de principios del siglo XIX empieza a hablar de su esposa en el diario.

Esta no era la única sorpresa que se iba a llevar nuestra buena señora. En las partes codificadas de su diario, Anne hablaba de las mujeres a las que se ligaba y cómo lo hacía; anotaba concienzudamente todos los días en los que se había masturbado y en qué mujer había pensado; hablaba de conversaciones sobre dildos con sus amigas y antiguas amantes (a Anne no le gustaba, prefería «tener a las que amo tan cerca como sea posible»); detallaba sus encuentros sexuales con mujeres, indicando cuántos orgasmos había tenido cada una, cuál de las dos se lo había pasado mejor y el método utilizado. Además, declaraba en la que posiblemente sea su frase más famosa: «Amo y solo amo al sexo femenino y, amada por ellas a mi vez, mi corazón se rebela contra cualquier amor que no sea el suyo».

Que no cunda el pánico, pero parece que tenemos un diario de casi cinco millones de palabras de una mujer victoriana que no paraba de empotrar a otras señoras y que era plenamente consciente de lo que estaba haciendo. Como era de esperar, se montó un pollo (un pollo académico, que tienden a ser bastante gentiles y que suelen consistir en gente que escribe artículos en diferentes grados de ebullición). Algunos historiadores, secándose las lágrimas y sonándose los mocos, dijeron que el diario era falso, que no podía ser real, que había que estudiarlo para confirmar que era una falsificación.

¿Y sabéis qué? Que no era una falsificación.

Anne Lister nació en 1791, en Halifax, Yorkshire. Su familia era probablemente la de más alto rango de la zona gracias a la antigüedad de su apellido, pero había perdido casi toda su fortuna debido a la mala gestión que las anteriores generaciones habían hecho de Shibden Hall, la casa ancestral de los Lister, y de sus terrenos.

Anne fue una niña precoz y curiosa, con una energía que sobrepasaba con mucho la de sus padres. La enviaron durante un tiempo a un internado, donde se dice que la expulsaron por pasarse notas poco victorianas con otra alumna con la que se empotraba a la tierna edad de quince años, porque aquí no hemos venido a perder el tiempo. Después de eso, sus padres la enviaron a Shibden Hall, donde vivían su tío y su tía paternos, ambos solteros. Voraz lectora, Anne no tardó en crearse su propio plan de estudios, que incluía latín, griego, francés, filosofía, geografía, matemáticas y literatura clásica. Este plan de estudios se ampliaría en años venideros con otras asignaturas más especializadas en las que acabó destacando, como medicina, anatomía, geología y horticultura.

Siendo muy joven, Anne ya tenía claro que era distinta a los demás. Empezó a experimentar mezclando ropa femenina y masculina, buscando un atuendo que se ajustara a sus necesidades, porque ella era muy activa y la ropa decimonónica para mujeres es preciosa, pero debería estar prohibida por el Convenio de Ginebra. Por no mencionar que los vestidos y los bonetes le causaban un rechazo tremendo (es decir, ponérselos ella; en otras señoras, le gustaban mucho). Así, Anne inventó sus propias reglas indumentarias por las que recibiría insultos y comentarios

hirientes de extraños por mostrar su masculinidad sin tapujos.



No había demasiadas conjeturas médicas sobre este tema y las que había giraban en su mayoría en torno a la idea de que las mujeres que se rebajaban a tener relaciones sexuales con otras mujeres eran posiblemente hermafroditas. Anne descartó la idea después de examinarse a sí misma.

La ropa no fue lo único que Anne se hizo a medida. A principios del siglo XIX no existía vocabulario de uso común para expresar sus deseos y sentía que no pertenecía a ese mundo en el que la principal preocupación de una mujer tenía que ser su marido. Así que Anne tuvo que construir su propia realidad: siendo profundamente religiosa, se negaba a sentirse culpable por su amor hacia las mujeres; consideraba que su atracción era algo natural puesto que nadie se lo había enseñado y se sentía así desde niña, así que Dios seguramente lo había hecho a propósito; dedicó gran parte de su vida a estudiar las posibles razones científicas de su orientación sexual, examinando su propio cuerpo y manteniéndose al tanto de las posibles teorías médicas al respecto, y llegó incluso a estudiar anatomía de forma privada bajo la tutela de los cirujanos más notables de la época; se rodeó de mujeres que sentían atracción por otras mujeres e intentó observar patrones de comportamiento comunes; incluso visitó a las Damas de Llangollen (sí, las señoras de la pensión vitalicia) cuando ya eran muy ancianas. Sus diarios no solo servían para relatar su día a día: también eran una herramienta para observar, reflexionar y negociar su propia identidad.



Anne Lister visitó a las Damas de Llangollen, pero solo conoció a Sarah, ya que Eleanor era muy anciana y estaba reposando después de una enfermedad. Anne quedó prendada de la paz y de la serenidad del lugar y sintió un pinchazo de melancolía al preguntarse si alguna vez tendría una compañera de por vida. Aunque obviamente no hablaron del tema, Anne reconoció que no podía evitar pensar que Sarah y Eleanor eran más que amigas.

Durante toda su juventud, cuando no estaba empotrando a una señora, Anne estaba ideando cómo empotrar a otra. A veces cortejaba a varias a la vez, a ver si caía algo. Tened en cuenta que no podía hacerlo abiertamente, tenía que aplicar estrategias para ligar. Una que le salía muy bien era preguntarle a la moza en cuestión si había leído ciertos libros clásicos en los que se hacía referencia a la atracción entre personas del mismo género, que es un poco la versión decimonónica de preguntarle a alguien si ha visto la serie *The L Word*. Sus conquistas, aunque no siempre perfectas, eran motivo de orgullo para Anne, que era consciente de que sabía «complacer a las damas».

Anne tenía una forma un poco extravagante de recordar sus conquistas. ¿Sabéis la ñoñería victoriana de darle a tu querido un mechón de pelo para que lo guarde en un colgante y te recuerde siempre? Pues Anne siempre intentaba hacerse con uno... de vello púbico. Creo que la entrada en la que cuenta cómo le enseña su colección de mechones de vello púbico a su entonces amante es

lo más heavy metal que he leído de mano de una victoriana; me va a acompañar hasta el día de mi muerte.

Pero a pesar de lo que pueda inferirse de la colección de vello púbico y de que siempre se portara de forma bastante melosa con las señoras, Anne no quería una ristra de conquistas en su vida. Lo que Anne quería, ansiaba y buscó desde que llegó a la edad adulta era una esposa. No una novia ni una amiga romántica ni una amante. Una esposa que compartiera casa, gastos y vida con ella. Y buscando esposa Anne se metió en multitud de berenjenales.

El mayor de todos esos berenjenales se llamaba Mariana Belcombe, una muchacha guapa y bien educada a la que Anne conoció cuando tenía diecinueve años. A ver cómo os explico lo de Mariana Belcombe... En la vida de Anne, Mariana es esa exnovia a la que sabes que, si la dejas, ganas mucha calidad de vida; pero luego la ves y se te olvida, porque eres demasiado lesbiana. Cuenta la leyenda lésbica que se vieron por primera vez en una fiesta en casa de una amiga común y que fue Mariana la que se acercó a Anne con intenciones de viernes noche. A Anne esto le encantó porque Mariana era muy guapa y Anne con diecinueve años no tenía filtro; además, Anne estaba acostumbrada a ser ella la que se acercara a otras mujeres para tantearlas y seducirlas, así que aquello era altamente novedoso.

La historia de Anne y Mariana es larga y tempestuosa. Se ennoviaron muy rápido y muy fuerte y estuvieron unos años haciendo planes para irse a vivir juntas, pero un día Mariana se prometió con un señor bastante mayor que ella, porque estamos en el siglo XIX y es lo que toca. A Anne, que se pasaba por el forro el siglo XIX, no le hizo ni pizca de gracia. Aun así, retomaron la relación poco después con un nuevo plan: esperamos a que tu marido la palme, que es viejo y está regular de salud, y así nos emancipamos con mi herencia y tu paga de viuda. Estar esperando a que un señor se muera no parece lo ideal para una relación, pero, oye, hacían lo que podían.

Pero pasan los años y el señor tiene la mala educación de no morirse. La erosión de estar esperando a la esposa de otro pesaba bastante; además Mariana expresó varias veces en público que se avergonzaba del aspecto masculino de Anne, lo que le dolió especialmente. Por si fuera poco, Mariana le contagió una enfermedad venérea que le había pegado su marido. A Anne se le iba la cabeza con las mujeres guapas, pero con el combo de enfermedad venérea, desprecio e infidelidad Mariana se estaba moviendo en un nivel en el que ser guapa no convalidaba. Continuaron empotrándose esporádicamente, pero Anne tenía cada vez más claro que Mariana no sería la esposa con la que soñaba.

Quiso el destino (el destino y el padre de Anne, que no podía ni coordinar su mano izquierda con la derecha) que su tío decidiera dejarle Shibden Hall en herencia, porque, a pesar de que no siempre estaban de acuerdo, su sobrina lo impresionó con su buena mano para los negocios y para organizar terrenos. Y si esta señora era antes un peligro, ahora que es la cabeza de familia y está cobrando, ya ni os cuento. Con el dinero que ganaba, Anne empezó a darse a una de sus grandes pasiones: viajar. Durante una buena época se la vio poco por Halifax; estaba ocupada recorriendo gran parte de Europa, pasando largas temporadas en París, empotrando a señoras, aprendiendo anatomía y cirugía y descubriendo que le gustaba escalar montañas. Durante sus andanzas por el extranjero, puso sus esperanzas en otra muchacha, una aristócrata soltera, que también acabó casándose con un señor poco después de instalarse juntas.

Cuando Anne vuelve a York a principios de la década de 1830 está harta de novias casadas y de empotramientos secretos y se nota, por cómo escribe en sus diarios, que ha ganado mucho en

cinismo, que ahora es mucho más cuidadosa con sus propios sentimientos y que desconfía de las mujeres que se le acercan con ojitos dulces. Ella quiere lo que siempre ha querido: una esposa que comparta su vida con ella y que además esté montada en el dólar (¿en la libra?), porque así es como funciona el romance respetable en el siglo XIX, a golpe de fajos de billetes. ¿Y sabéis qué? Que allí mismo, en Halifax, a tiro de piedra, vive una rica heredera, Ann Walker, que además es educada, tímida y dulce, como le gustan las mujeres a Anne y al siglo XIX en general.

Sí, lo sé, Anne y Ann. Este capítulo está a punto de convertirse en un sindiós de Anns y Annes. Ya veréis qué risa cuando intentéis contarle esta historia a alguien.

Anne decidió ponerse seria y cortejar a Ann Walker. No fue nada fácil porque Ann tenía muchísimos problemas de salud, sobre todo psicológicos, entre ellos depresión crónica, cuadros de ansiedad, insomnio, terrores nocturnos y una compulsión religiosa que se traducía en una homofobia interiorizada. El cortejo estuvo lleno de dudas, contratiempos y obstáculos, pero finalmente Anne consiguió pedirle a Ann que formalizaran su relación cuando esta salió de una larga época de depresión y ansiedad y pudo comprometerse siendo plenamente consciente de lo que hacía.



La iglesia Holy Trinity Church todavía se puede visitar. Ahora luce una placa que conmemora la unión entre Anne Lister y Ann Walker. Del mismo modo, el hogar de los Lister, Shibden Hall, es a día de hoy un museo dedicado a Anne y a sus antepasados y también puede visitarse junto con los terrenos y jardines que ella misma renovó.

Intercambiaron anillos y votos en una ceremonia privada en casa y lo celebraron empotrándose con cero unidades de ropa, que son muchas menos de las que los victorianos usaban en esas ocasiones. Unos días más tarde fueron a Holy Trinity Church, en York, y se presentaron ante el cura para recibir juntas la comunión y formalizar así su relación por la iglesia. Nadie se enteró, pero el caso es que Anne Lister se casó por la iglesia con una mujer en 1834.

Ann Walker se mudó a Shibden Hall y redecoraron la habitación que compartirían. La mudanza se hizo de forma totalmente pública y llegaron a mofarse de ellas en la prensa local, pero ambas estaban decididas a vivir juntas como un matrimonio más. Para mosqueo general de ambas familias, Anne y Ann revisaron sus testamentos y se incluyeron mutuamente como respectivas beneficiarias principales. También se iniciaron en el negocio del carbón, un mundo exclusivamente masculino en el que hicieron fiera competencia a sus rivales.

Hasta este momento, Anne había sido más o menos discreta en el tema de los empotramientos; aunque había muchos rumores, nadie tenía pruebas. Pero una vez que tu esposa se va a vivir a tu casa, la redecora y os metéis juntas en negocios, seguir haciéndote la tonta es bastante difícil. ¿Y sabéis qué? Que le daba igual, pasaba veinte kilos del tema. Porque a pesar de las burlas, los rumores y los insultos, Ann y ella tienen tanta pasta y tantos terrenos que todo el mundo sabe lo que pasa, pero pocos se atreven a criticarlo en alto.

Como estaban forradas, Anne se llevaba a su mujer de viaje cada dos por tres. Pensaba que los trastornos nerviosos de Ann mejoraban cuando estaban lejos de casa, viendo sitios nuevos y conociendo gente diversa. Durante sus años de matrimonio visitaron juntas una decena de países europeos. Muchos de estos viajes eran meramente turísticos, pero a veces Anne aprovechaba para

escalar alguna montaña.

¿Se os había olvidado ya que Anne Lister escalaba montañas? Tampoco os culpo, tanto empotramiento despista.

El caso es que a Anne le apasionaba subir montañas y como es Anne Lister, tras descubrir esta pasión, tardó apenas unos años en convertirse en la primera mujer en coronar el Monte Perdido y en la primera persona en coronar oficialmente el Vignemale (ambos en los Pirineos), que desde entonces tiene un paso llamado el collado de *Lady Lister*. Yo no puedo ni ir al gimnasio dos semanas seguidas, así que no sé qué deciros de todo esto.

Desgraciadamente, un par de años más tarde, preparándose para otra escalada, Anne murió de fiebres en el Cáucaso a los cuarenta y nueve años. Fue bastante repentino, por una picadura de insecto. Ann Walker pasó meses viajando de vuelta a York, acompañando el cuerpo embalsamado de su mujer para poder enterrarla en casa junto al resto de la familia Lister.

Anne Lister, la primera lesbiana moderna. La primera mujer de la que tenemos constancia de que reconoció su atracción hacia otras mujeres como parte esencial y definitoria de su identidad. Una mujer brillante, curiosa y valiente que luchó con uñas y dientes para encajar en un mundo que no tenía sitio para ella y que consiguió todo lo que quería: una casa, un negocio, ver mundo y encontrar una esposa. Una mujer que se negó a ser invisible y que dejó un legado de valor incalculable en sus diarios. Una mujer que, ciento cincuenta años después de su muerte, cambió el concepto que teníamos de las mujeres que amaban a otras mujeres en el siglo XIX.

La historia siempre es mucho menos heterosexual de lo que pensamos y Anne Lister nos dejó la mejor prueba.

Ann Walker

Ann Walker ha pasado a la historia como la esposa de Anne Lister, como una mujer a la sombra de un carisma cegador y único como fue el de la primera lesbiana moderna.

Los datos que tenemos de ella son escasos. Nació en 1803, en mayo, la mediana de tres hermanos. El apellido de su familia no tenía rango alguno, pero las últimas generaciones habían amasado una gran fortuna y se habían consolidado entre la alta sociedad de Halifax a través de una serie de matrimonios estratégicos que dejaron a Ann rodeada de una extensísima familia política con opiniones muy rígidas. Una familia, además, dividida por la existencia de un densísimo testamento de casi cincuenta páginas que todos tenían que releer cada vez que había un nacimiento o una muerte en la familia. Y hubo unas cuantas.

El destino quiso que los padres de Ann fallecieran cuando aún era una adolescente. Ella era una muchacha tímida e insegura, cuyo único consuelo era la religión; y de repente había heredado una cantidad enorme de dinero. Herencia que se incrementó sustancialmente cuando su hermano menor se casó y murió durante su viaje de luna de miel. Ann y su hermana mayor, Elizabeth, se habían quedado solas entre un pequeño ejército de primos y tíos que estaban muy interesados en mantener a los cazafortunas alejados de las dos jovencitas para prevenir que la enorme fortuna de los Walker saliera de la familia. Aun así, Elizabeth se las ingenió para casarse con un capitán con el que se mudó a Escocia.

Ann se quedó sola.

Incapaz de lidiar con las pérdidas que había sufrido y con su inestable estado psicológico, Ann se aferró a la religión. Se decía en Halifax, ya desde que era joven, que tenía un toque de locura, que acabaría perdiendo la cabeza. Los médicos de la época eran incapaces de diagnosticar su ansiedad y depresión, se limitaban a decir que tenía «trastornos nerviosos». Esta circunstancia, unida a frecuentes dolores de espalda y a que sobre sus hombros descansaba una auténtica fortuna, provocó que Ann estuviera vigilada por sus parientes a todas horas y que le dejaran tomar muy pocas decisiones sobre su propia vida.

Aunque Anne Lister no se fijó mucho en ella en su juventud más allá de una relación cordial de vecinas, Ann sí se había fijado en Anne Lister. En una ocasión, siendo todavía adolescente, corrió detrás de Anne para invitarla a tomar el té y caminar con ella hasta casa. Anne anotó en su diario que la chica no parecía sentir ninguna aversión por su compañía y sus atenciones. Y llevaba razón, porque años más tarde le escribió una nota, todavía siendo apenas conocidas, que Ann Walker guardó y conservó para siempre, atesorándola. A pesar de recibir propuestas de matrimonio de

diversos pretendientes y de estar a punto de aceptar unas cuantas veces, Ann acabó rechazándolos a todos y confesándole a Anne Lister que sentía repugnancia solo con pensar en formar una relación duradera con un hombre. Durante su cortejo, solía alarmar a Anne Lister mostrando un deseo sexual abierto y desmedido, algo impensable para una mujer de clase media-alta de la época y que contrastaba fuertemente con la actitud de casi todas las amantes que Anne Lister había tenido antes, que se mostraban recatadas e intentaban mantener una imagen inocente incluso en mitad de un empostramiento.

Aunque todo esto nos puede parecer claramente el comportamiento de una mujer que se siente atraída por otras mujeres, la fuerte obsesión religiosa de Ann le causaba severos problemas para aceptar su deseo hacia Anne Lister de forma pública. Aceptó y rechazó numerosas veces las ofertas de compromiso de Anne, pasando por una época de profundo desasosiego, ansiedad e insomnio, creyendo durante meses que Dios la castigaría a una condena eterna por sus acciones. Incluso tras comprometerse finalmente a ser su esposa y mudarse juntas, la convivencia con Ann no era fácil y a veces pasaba días sin querer moverse del sofá, apática e irritable.

Apenas queda nada escrito de su propia mano, algo que nos acerque a sus propias palabras. Algunas cartas en letra desigual y nada más. Todo lo que sabemos es a través de los ojos de Anne Lister y de sus anotaciones en los diarios. Observaciones que a veces son amables y a veces revelan los pensamientos privados de una esposa cansada que ha pasado semanas conviviendo con los momentos más complicados de la depresión de su mujer, durmiendo poco y desesperándose mucho.

Ann no tiene voz en la historia, y la historia casi se ha olvidado de ella. Condenada para siempre a ser la esposa trastornada de Anne Lister, ni siquiera se conserva de ella una imagen o un retrato. La iglesia bajo la que fue enterrada se demolió hace mucho y ahora solo una piedra colocada por los voluntarios que cuidan el emplazamiento marca su lugar de reposo en medio de la hierba de Halifax. Como muchas mujeres que amaron a otras mujeres, Ann Walker ha caído casi en el olvido.

Pero, amigos míos, estos son los hechos: Ann Walker, sin una educación liberal, una cultura extensa ni el apoyo de una familia como los que gozó Anne Lister, se comprometió con una mujer el 10 de febrero de 1834 y formalizó su unión por la iglesia el 30 de marzo del mismo año. Atormentada por la ansiedad y la culpa religiosa, se mudó a la casa de la que consideraba su esposa y plantó cara a todos sus vecinos y conocidos. Sufriendo una timidez casi patológica, cambió los términos de su testamento a pesar de las protestas de los familiares que la habían vigilado y controlado durante años. Con un miedo profundo a viajar sola y a la muerte, escoltó el cuerpo de su esposa durante meses, desde Rusia hasta Inglaterra, para devolverla al lugar de reposo de su amada familia Lister.

Siento mucho no poder hacer un capítulo de Ann Walker tan extenso como el de las otras mujeres que aparecen en este libro, pero no quería dejar pasar la oportunidad de rendirle un pequeño homenaje. A ella, que tiene un nombre que podemos recordar, y a todas las que la historia ha olvidado.

Ann Walker existió y tuvo voz propia, aunque lo único que quede hoy sean ecos de la mujer que fue. Adoraba a los niños. Siempre ganaba jugando al *backgammon*. Escribió una carta hablando de lo emocionante que había sido bajar a una mina durante uno de sus viajes con Anne y salir con la cara completamente cubierta de polvo negro. Se echó a reír cuando, en la única

habitación que pudieron encontrar en Suiza, descubrieron que el techo era tan bajo que, tumbadas en la cama, podían tocarlo con las manos.

Anne Lister se casó con una mujer en 1834 y hoy le damos las gracias por su enorme valentía. Que no se nos olvide que Ann Walker también lo hizo.

Charity Bryant y Sylvia Drake

Esta historia empieza con un baúl.

En Vermont, Estados Unidos, en el siglo XIX, vivía un señor llamado Henry Sheldon que coleccionaba cosas; cosas, en general. Tú le llevabas algo curioso, algo bonito, algo usado y casi seguro que Henry lo metía en algún cajoncillo para la posteridad. Habría gente que pensaría que estaba un poco loco (o no, porque el siglo XIX debe de tener el récord Guinness de colecciones extravagantes), pero el caso es que gracias a él hoy existe el Museo Henry Sheldon, una valiosísima fuente de información sobre cómo era la vida en Vermont hace más de cien años.

Pues a Henry un día le llevaron un baúl. Lo traían los familiares de una tal señorita Drake que acababa de fallecer. Había sido su deseo que el baúl en el que guardaba sus cartas, diarios y documentos se conservara para las generaciones venideras. Dentro había un papel en el que alguien había practicado varias veces la firma «Sylvia Bryant», lo que hacía pensar que la señorita Sylvia Drake había planeado en algún momento de su vida, sin éxito, convertirse en la señora Bryant. La sorpresa fue capital cuando después de catalogar todos los documentos quedó claro que el apellido que Sylvia había deseado no pertenecía a ningún señor Bryant, sino a una señorita Bryant.

La señorita Charity Bryant nació en Massachusetts en 1777. Era la hija menor de una familia de buen nombre y medianamente acomodada en la que se consideraba que escribir poesía era uno de los dones más nobles que se podía tener en la vida. Charity mostró desde pequeña interés y talento en este campo, pues comenzó a escribir poemas acrósticos muy joven. Además, era inteligente y tenía todas las de ganar en la familia. Desgraciadamente, para una mujer del siglo XIX esto no era fácil si se pasaba el día discutiendo con el cabeza de familia.



Una de las únicas profesiones respetables que podía ejercer una mujer de clase media en el siglo XIX era la de profesora. No era extraño, pues, que muchas mujeres que no querían casarse escogieran esta opción. Los rumores de lesbianismo en este tipo de instituciones, especialmente en internados, serían una preocupación recurrente a lo largo de todo el siglo.

Charity era rabiosamente independiente y detestaba la idea de dejar su futuro en manos de otros. Su padre y ella chocaban continuamente y discutían a menudo de forma acalorada. Una de

las discusiones recurrentes era porque Charity había decidido irse de casa y buscar trabajo como profesora en una escuela para niñas, aunque os digo desde ya que a Charity lo de dar clase le daba muy igual.

Ella había sido aprendiz de su tía en el oficio de la costura (arreglar ropa, normalmente un trabajo femenino y mal pagado) y la sastrería (cortar patrones y confeccionar ropa, generalmente un trabajo masculino bastante mejor pagado). Pero Charity quería dar clases porque había leído que en las escuelas para niñas trabajaban muchas Señoritas Solteras Que Preferían No Casarse™. A ella aquel panorama la seducía fuertemente, así que encontró un pueblo donde necesitaban profesoras (y en el que tenía algunos conocidos que podían acogerla) y comenzó a trabajar dando clases.

Y ahora viene el estribillo: Charity encontró novia, pasaron unos meses juntas, se empezó a rumorear que Charity era lesbiana y al final la situación se hizo insostenible y tuvo que marcharse a otro pueblo para poder trabajar.

Digo que es el estribillo porque se repite cuatro veces.

Sí, fue profesora en cuatro pueblos distintos y tuvo que irse de los cuatro a toda prisa por culpa de los rumores de lesbianismo. En los cuatro dejó atrás a mujeres con las que había empezado una relación romántica que se rompía invariablemente cuando Charity tenía que huir a otro lugar para poder ganarse la vida.

Bueno, casi siempre. Una de ellas la dejó antes porque le dio un ataque de devoción religiosa después de arrimarse demasiado a Charity y le escribió una carta diciendo: «Si me hubiese quedado a pasar la noche contigo, me temo que las consecuencias habrían sido muy graves». Después se casó precipitadamente y se encargó de suscitar rumores sobre Charity como el resto del pueblo, por si acaso. Todo un encanto.

Y, por supuesto, mención especial a la relación que se torció porque los padres de su entonces querida encontraron «algo» que Charity se había dejado en su casa y que ni confirmo ni desmiento que fuera un dildo. Realmente no podría hacerlo aunque quisiera porque no hay pruebas firmes, pero digamos que la información que rodea a este hecho te anima a pensar en algo erótico.

Como veis, Charity no lo tuvo fácil. Después de pasar años huyendo de pueblo en pueblo sin ser capaz de trabajar ni de formar una relación estable, Charity regresó a casa con una depresión paquidérmica y se pasó más de dos meses sin poder salir de la cama. Su padre y su madrastra le dejaron claro lo que pensaban de su forma de vida. Era impensable echarla de casa en aquel estado, pero no intentaron disimular el desprecio que sentían por su trabajo y sus compañías.

Charity no quería volver a pasar por lo mismo una vez más, pero la hostilidad en el hogar familiar era más que evidente, así que se vio obligada a buscar a alguien que la acogiera lejos de casa.

Pero permitidme que os vuelva a llevar hacia atrás en el tiempo para conocer a la otra mitad de nuestra historia. Esta vez nos trasladamos a Weybridge, Vermont, donde en 1784 nació Sylvia Drake en el seno de una familia de clase trabajadora. Sus padres querían darle una educación básica y la enviaron a la escuela del pueblo. El curso constaba de un único año, pero Sylvia lo repitió varias veces a pesar de haberlo superado en el primer intento. Primero, porque le encantaba aprender; segundo, porque así podía decirles a sus pretendientes «Ay, no puedo tener novio, es que estoy ocupada estudiando...», que es literalmente lo mismo que yo decía en las reuniones familiares cuando era joven. Da gusto ver que los clásicoslésbicos no se pierden.

Polly, la hermana mayor de Sylvia, sabía perfectamente que iba a ser muy difícil colocarla por muchos pretendientes que le salieran, pues su hermana era «indiferente hacia los hombres», que supongo que es una forma tan buena como cualquier otra de decir que era superbollera. Su madre se lo olía también, pero le daba igual, porque a principios del siglo XIX que te gustaran o no los hombres era quinientos por cien irrelevante a la hora de casarte. Había que contraer matrimonio por deber cívico y moral, para no ser un lastre familiar. Los gustos personales quedaban en un segundo plano.

Pero Polly sufría viendo a su hermana intentar sacudirse las expectativas familiares, así que hizo una maniobra que, sinceramente, no me esperaba de una señora decimonónica heterosexual de un pueblo perdido de Vermont. Le escribió a su amiga Charity Bryant, famosa soltera (guiño, guiño), y le dijo que por qué no la visitaba y pasaba una temporada con ella para relajarse después de todas las desgracias que había sufrido; para cambiar de aires; para conocer a su hermana Sylvia, que era guapa y soltera y apañada y seguro que se llevaban bien...

Charity no tenía mucho ánimo para hacer vida social ni para conocer a nadie, pero sabemos que no estaba en posición de rechazar invitaciones, así que se plantó en Weybridge en febrero de 1807. Desgraciadamente, en ningún documento se alude al momento en el que Charity y Sylvia se conocieron. Mi teoría es que se produjo un raro caso de combustión espontánea que destruyó toda prueba del encuentro. Para defender esta teoría me gustaría presentar los poemas que Charity escribió poco después sobre lo hermosa y dulce que es la primavera. En invierno.

Lo que sí sabemos es que Charity aprovechó que Weybridge no tenía costurera para ganar algo de dinero durante su estancia. Y Sylvia aprovechó la excusa de que el invierno es muy malo y muy traicionero para quedarse todo el día en casa pegadísima a Charity. Al parecer, Polly las puso a dormir en la misma cama, porque se ve que cuando a esta señora se le metía algo en la cabeza no reparaba en desgaste.

Pero todo lo bueno se acaba. Al llegar la primavera, Sylvia se tuvo que marchar del pueblo una temporada para hacer ronda de visitas. Para Charity, por otra parte, había llegado el momento de dejar de abusar de la hospitalidad de Polly, aunque no quería irse, porque significaba tener que dejar a Sylvia. Charity pasó unos días de profunda reflexión. Quedarse permanentemente en casa de Polly no era una opción y aunque lo hubiese sido los rumores volverían a perseguirla si establecía una relación más seria con Sylvia. Así que Charity llegó a una conclusión: si llevar una relación a escondidas no había funcionado nunca, quizás era hora de intentar lo contrario.

Creo que podemos coincidir todos en que suena a idea terrible y contraproducente en un entorno rural de principios del siglo XIX, pero no somos nadie para cuestionar las medidas desesperadas de esta señora.

Con el dinero que había ahorrado durante los últimos meses con trabajos de costura, Charity alquiló una casita. Y cuando digo casita quiero decir que era un sitio que tenía cuatro paredes, un techo y cuatro por cuatro metros de espacio en medio. Allí instaló un taller de costura y en cuanto Sylvia regresó de sus visitas le propuso a los Drake contratarla como aprendiz de sastrería a tiempo completo. Los Drake, viendo que no la iban a casar ni por casualidad, aceptaron porque, al menos, aprendería un oficio.

Gracias a esta osada maniobra, el 3 de julio de 1807 Charity y Sylvia se fueron a vivir juntas y unas semanas después la casa ya estaba a nombre de las dos. Lo de fingir que era su aprendiz ya, si eso, otro día.



Este cuadro se conserva, junto con las cartas, diarios, documentos y algunos objetos de Charity y Sylvia (entre ellos material de costura y una cuna de tamaño adulto que se usaba para tratar las migrañas), en el Museo Henry Sheldon, en Vermont. El estudio de los documentos que arrojaron luz sobre la historia de Charity y Sylvia se lo debemos íntegramente a la investigadora Rachel Hope Cleves.

Aquella casita se convirtió a la vez en vivienda y taller. Los únicos muebles que tenían eran una cama, dos sillas, una tabla de cortar patrones y un horno. Sí, eso significa que, si ibas al taller a pedir que te arreglaran un descosido en la camisa, lo hacías justo delante de la estrechísima cama en la que dormían juntas. Y por si esto no fuera suficiente, colgaron en la pared un cuadro que representaba sus siluetas mirándose cara a cara, enmarcadas por mechones de pelo de las dos trenzados en forma de corazón.

Es hora de aceptar que ninguna de nosotras, de esta generación, va a alcanzar este nivel de lesbianismo profundo jamás.

Y este es el momento en el que nos preguntamos: si Charity se marchó de cuatro pueblos por culpa de los rumores, ¿no decía nada la gente en Weybridge? Y la respuesta es que mucha gente lo comentaba, por supuesto, pero tenemos dos factores de peso aquí que no había antes. Primero, que Charity y Sylvia tenían una casa propia. Eso significaba que podían llevar su relación discretamente (con la cama discretamente en medio del taller) sin tener que entrar y salir de casa delante de familiares que no lo aprobaran y a los que deber obediencia. Y segundo, que Weybridge necesitaba una buena sastrería y denunciar por sodomita a la primera buena sastre que había tenido el pueblo no le convenía a nadie.



Aunque haga muchas bromas con respecto a la cama en el taller, lo cierto es que era perfectamente normal que dos mujeres compartieran cama de forma regular en el siglo XIX. Seguramente, los vecinos en Weybridge encontraban más perturbador que Charity asumiera un rol parcialmente masculino en la sociedad (como dueña de un negocio y cabeza de familia) que el hecho de que durmieran juntas cada noche.

Ya sabéis, la gente es muy religiosa y muy seguidora de la ley hasta que se va a quedar sin sastre.

La verdad es que la situación estaba lejos de ser ideal. En cualquier momento alguien podía jugarles una mala pasada, así que para disipar posibles rumores de lesbianismo decidieron que tenían que ser imprescindibles en la comunidad. Charity y Sylvia no solo eran las costureras y sastres de Weybridge: mantenían correspondencia con sus vecinos, ayudaban en las reuniones de la iglesia, dejaban que sus clientes pagaran con tareas del hogar o trueques cuando no tenían dinero, contrataban aprendizas...

La comunidad empezó a aceptarlas como a una unidad familiar más y, como los habitantes de un pueblecito de Vermont de principios del XIX no están muy bien equipados para lidiar con las dinámicas idiosincráticas de una pareja de mujeres, se les encendió una bombilla un poco rara y decidieron que Charity sería el marido porque era la dueña de la sastrería. Y se quedaron tan

tranquilos. Las cartas para ambas iban dirigidas a Charity, las invitaciones eran para «la señorita Charity Bryant y su compañera» y los clientes solo hablaban de negocios y de dinero con Charity. Pero el caso es que funcionaba perfectamente. Todos entendían su relación de esta manera y nadie se metía con ellas porque habían llegado a ser parte del engranaje que hacía funcionar Weybridge. Charity y Sylvia se habían convertido en un matrimonio respetable.

¿Y qué estaba pasando mientras tanto en aquella casita? Pues en 1811, cuatro años después de irse a vivir juntas, decidieron poner en marcha la Operación Tenemos que Dejar de Empotrarnos Pero es Muy Difícil.

Charity y Sylvia estaban bastante agobiadas porque pecaban demasiado carnalmente, sobre todo Sylvia. Mientras leía sobre ellas, reuní unas dos carillas de nombres distintos que Sylvia usaba para referirse a este problema sin decirlo directamente: «pecado de primera magnitud», «apetitos carnales antinaturales», «tener los labios sucios», «afectos salvajes», «pecadora lejos de lo común», etc. Charity tenía muchísimos menos, pero al final han empatado porque tiene un poema sobre la tentación en el que menciona una «almeja traicionera que acecha» y eso por sí solo empatara con todo lo que quieras y más.

Con el tiempo, a medida que el taller prosperaba, hicieron una segunda habitación y quitaron por fin la cama de en medio. Luego hicieron una cocina. Y un sótano. Y un almacén para el taller. Y una habitación sobre el almacén para que pudieran vivir allí las aprendizas; las aprendizas de verdad, digo. Muchos miembros de la comunidad ayudaron en las renovaciones. Ellas pagaron con ropa y dinero a algunos de los que ayudaron, pero la mayoría lo hicieron por respeto a la pareja, como era tradición. Diez años después de mudarse juntas todavía no habían solucionado el tema de dejar de empotrarse, pero ya eran parte de Weybridge y todo el mundo había aceptado que compartían, como todo buen matrimonio, «techo, almohada y monedero».

Aunque sentían que habían tenido muchísima suerte, no todo había salido como Charity y Sylvia habrían deseado. La madre de Sylvia nunca aceptó que su hija viviera con una mujer y algunos de sus hermanos se negaban a visitarla porque «no había ningún hombre de la casa al que visitar» (se ve que no les había llegado la circular avisando de que el marido era Charity). Por su parte, el padre de Charity murió dejándole únicamente en herencia una habitación en la casa familiar, manifestando lo que pensaba sobre dónde debería estar una hija.

Pero las nuevas generaciones, que habían crecido viéndolas juntas en el taller, no encontraban nada extraño en su relación. De hecho, aparte de los más de quince sobrinos que tenían, había un número absurdo de niños en el pueblo que las llamaban tía Charity y tía Sylvia. Cuando estos niños crecieron y se casaron, honraron a sus tías poniéndoles sus nombres a sus hijos: a las niñas Sylvia y a los niños Bryant, porque, como ya sabemos, en Weybridge estaban emperradísimos en que Charity era el marido, así que había que ponerle su nombre a los niños. Este es uno de esos momentos en los que como investigadora necesitas una aspirina, porque me encontré de repente con un árbol familiar enorme en una mano en el que había niñas que se llamaban Sylvia que en realidad eran de los Bryant, niños que se llaman Bryant Drake y una niña que se llama Charity Sylvia y...; de verdad, he visto árboles genealógicos menos confusos en *Juego de tronos*.

Pero volvamos a los datos de gran relevancia: treinta y cinco años después de mudarse juntas seguían diciendo que tenían que dejar de empotrarse tanto.

Aunque nunca lo consiguieron, las dos se sentían bastante culpables por ello. No deja de ser normal si tenemos en cuenta que vivían a principios del XIX y en una sociedad que aún se apoyaba

mucho en el puritanismo. Sylvia pensaba que Dios le había enviado migrañas para castigarla por sus pensamientos impuros y problemas bucales para castigarla por... por sus actividades bucales. Cuando Charity, ya anciana, empezó a tener problemas cardíacos, Sylvia no podía parar de pensar que había sido ella quien, de alguna manera, la había envenenado con su amor. Pero a pesar de todo siguieron dejando escrito en sus diarios lo felices que eran y es más que evidente que pensaban que el regalo que había supuesto encontrarse y pasar la vida juntas superaba con creces cualquier castigo.

En 1851, con setenta y cuatro años, Charity falleció y le dejó su mitad de la casa y todo su negocio a Sylvia. Es probable que Sylvia, con sesenta y seis, no hubiese pasado una noche sola en toda su vida. Primero, vivió en una casa con ocho hermanos; luego, con su madre y su hermana Polly; y después con Charity. De hecho, desde que se conocieron (y sin contar el mes que Sylvia dejó Weybridge antes de mudarse al taller) Charity y Sylvia no se separaron un solo día en cuarenta y cuatro años.

Sylvia Drake pasó el resto de su vida de luto. Al principio se quedó en la casa y continuó con el negocio. Cuando se sintió incapaz de seguir, se mudó con uno de sus hermanos y su sobrina hasta su fallecimiento en 1868.

Sylvia nunca tuvo problemas de reputación debido a su orientación sexual, así que no quemaba cartas y documentos privados recelosamente como había hecho Charity en su juventud tras verse perseguida por rumores y acusaciones. Quizás esta fue la razón por la que Sylvia quiso que quedara constancia de la vida que habían vivido juntas y por eso dejó un baúl con todas sus cartas, diarios y documentos (y muchos que guardaba de Charity), para que fuera conservado tras su muerte. Su familia cumplió sus deseos respetuosamente y decidieron además enterrarla junto a Charity, así que encargaron una lápida conjunta como se habría hecho con cualquier matrimonio.

Y esta historia, que empieza y termina con un baúl, es la de Charity Bryant y Sylvia Drake, dos mujeres que vivieron juntas durante más de cuarenta años de forma totalmente pública en el siglo XIX. Su historia siempre me hace preguntarme cuántas más habría en su situación de las que no sabemos nada, cuántos baúles habrá en el mundo que todavía no hemos abierto y cuántos han ardido como las cartas de juventud de Charity.

Charlotte Cushman

En los años que llevo leyendo sobre mujeres que amaron a otras mujeres a lo largo de la historia, me he fijado en que muchas veces el problema es que a estas mujeres las conocemos, pero no las reconocemos. Sus nombres han trascendido, en mayor o menor medida, a la cultura popular y los campos especializados, pero sus vidas personales siguen ignorándose mientras que las de sus contemporáneos heterosexuales se estudian para comprenderlos mejor. Por ejemplo, hace unos meses estaba preparando una clase de literatura, concretamente de teatro. Entre los textos recomendados a los alumnos encontré una breve mención a Charlotte Cushman, una de las actrices más admiradas y célebres del siglo XIX. El texto solo señalaba su gran fama y que nunca se había casado.

Y es que a una mujer no le da mucho tiempo a casarse si se pasa la vida cogiendo y dejando novias. Pero claro, esas cosas a los editores de libros de texto se les suelen olvidar.

Empecemos por el principio. Charlotte Cushman nació en 1816, en Massachusetts, y nadie podría haber adivinado en sus orígenes humildes que llegaría a ser una celebridad. Desde niña, Charlotte fue bastante masculina según los estándares victorianos. Era muy asertiva, disfrutaba de las actividades físicas y una vez le abrió la cabeza a una muñeca porque quería estudiar su cerebro.

Todo esto no casaba muy bien con lo que se esperaba de una niña de su edad. Como no paraban de decirle que era demasiado varonil, Charlotte se hizo un plan de futuro masculino: ella quería una carrera, un sueldo, una esposa y, sobre todo, mantener a su madre y a sus hermanos, que estaban en la quiebra tras la muerte de su padre.



Dedicarse al teatro en Estados Unidos en el siglo XIX no era fácil. Se consideraba que el teatro atraía actividad criminal, especialmente robo y prostitución. Además, trabajar en el escenario tenía un añadido de peligrosidad, debido a la creciente demanda de efectos especiales cada vez más realistas y a menudo potencialmente letales (cables, trampillas, pirotecnia...). Para una mujer soltera que no gozase de la protección de un marido los riesgos se doblaban.

Después de tantear varias profesiones sin demasiado éxito, Charlotte decide probar suerte en los escenarios y debuta con su primer papel. El entusiasmo del público es casi inmediato.

Charlotte poseía un talento natural para actuar y su predilección por las actividades físicas durante la infancia le habían dado presencia y fuerza expresiva. Con poco más de veinte años, Charlotte ya era considerada una de las actrices más prometedoras de su generación.

Ser actriz de teatro en el siglo XIX no era fácil. La vida en el escenario se consideraba bohemia y liberal, así que una mujer soltera era objeto de rumores y burlas. La mayoría de las actrices se casaban de prisa y usaban sus apellidos de casadas como nombre artístico o cultivaban una faceta pública en la que aparentaban ser extremadamente tímidas e inocentes para ahuyentar posibles murmuraciones. Charlotte fue una excepción entre sus compañeras. No estaba dispuesta a suavizar su personalidad exuberante y desde luego no estaba dispuesta a casarse, porque para Charlotte el mundo estaba lleno de mujeres hermosas y quería concentrarse en ellas. No hay palabras para describir las taquicardias que le daban a Charlotte cuando alguna señora guapa iba a la puerta de su camerino a decirle que la admiraba. De entre todas esas mujeres fue una muchacha llamada Rosalie Scully la que se ganó el corazón de Charlotte ya al principio de su carrera, cuando se empezaba a especializar en *breeches roles*.



Literalmente «papeles de pantalones», los *breeches roles* eran papeles en los que una actriz interpretaba a un hombre. La mayoría de las actrices dramáticas de la época hicieron al menos uno, pero algunas, como Cushman, se especializaban en ellos por su voz grave y su energía sobre el escenario. Estos papeles permitían a las actrices transgresiones escénicas que habrían sido impensables en la vida real.

Desde entonces, la fama de Charlotte no para de crecer, así que decide irse a Londres (que es la versión victoriana de irse a Hollywood) para labrarse una carrera épica con la que mantener a su familia y a su novia. Rosalie y Charlotte se despidieron con muchos mocos y lágrimas, prometiendo volver a verse en seis meses. Aunque se escribían abundante correspondencia, Charlotte lo pasó muy mal en Londres. Era como irse de Erasmus y dejarse a la novia aquí, pero peor, porque no tienes WhatsApp y además eres intensa de morirse porque eres victoriana. Durante los primeros meses, Charlotte incluso hablaba con Rosalie en voz alta, imaginando que la besaba, que la achuchaba, que estaba a su lado durmiendo; un día hasta se quedó afectadísima porque oyó a una mujer en el tren que, según ella, hablaba exactamente igual que su Rosalie.

Pero estamos en Londres, amigos: el epicentro del teatro en esta época, el ombligo del mundo decimonónico. Y Charlotte se hace más y más famosa y poco a poco se va quedando sin tiempo para pensar en la novia que dejó al otro lado del charco. Sobre todo cuando una poeta llamada Eliza Cook le empieza a poner ojitos y a mandar sonetos de amor al camerino. Al final, pues se apretó un poco a ella.

Y claro, Rosalie se entera en Estados Unidos, porque era lesbiana, y a nosotras no nos hace falta que se invente Facebook para enterarnos de todo. Si eres lesbiana y tienes amigas lesbianas, vives en una red de información que ya quisiera la CIA. Si haces algo, se va a enterar. (¿Si hago qué? ¿Se va a enterar quién? Irrelevante. Se van a enterar todas de todo).

Rosalie le escribió a Charlotte diciéndole que le había roto el corazón y Charlotte se quedó bastante afectada, pero no le dio mucho tiempo a pensar en si quería arreglar las cosas con ella o seguir con Eliza, porque la pobre Rosalie murió unos meses después. ¿Y sabéis qué? Que al final

tampoco se quedó con Eliza, porque las dos eran demasiado divas. Ambas tenían muchísima presencia y se les solapaban los kilómetros cuadrados de carisma, así que acabaron por abandonar la relación. En resumen, que Charlotte quería una esposa (o, como ella decía, «una amistad de naturaleza pasional») con más carácter que Rosalie, pero que no la eclipsara, porque ella era una diva. Y con la fama tonterías las justas.

Charlotte ya está consagrada en los escenarios como especialista en papeles shakespearianos intensos (con esta señora todo es intenso), así que envía dinero a su familia para que se reúnan con ella en Inglaterra, logrando así uno de sus objetivos de vida. En esta época, cuando la fama ascendente de Charlotte ya es de dominio público, una escritora llamada Matilda Hays decide que se va a meter a hacer teatro porque admira mucho a Charlotte. Charlotte, que no perdía nunca el viaje, decide ejecutar una maniobra maestra y le dice a Matilda que la puede ayudar. ¿Cómo? Pues dándole el papel de Julieta en la producción en la que ella hace de Romeo.

El descaro Charlotte lo llevaba solamente regular.

Y la verdad es que la oferta era imposible de rechazar, porque Charlotte estaba considerada internacionalmente como el mejor Romeo de su época. Ahí es nada.

La carrera interpretativa de Matilda duró poco, pero como se enovieron bastante fuerte porque la maniobra fue altamente exitosa, Matilda decidió seguir a Charlotte en sus viajes de trabajo. Durante su convivencia entraron en una dinámica de típico matrimonio victoriano, con sus cosas buenas, pero principalmente con sus cosas malas. Charlotte trabajaba, ganaba el dinero y su vida marcaba la pauta de ambas; Matilda la seguía, se ocupaba del hogar y se quejaba de que nadie la entendía, porque se frustraba al ver que Charlotte triunfaba y podía darse a su trabajo y ella no. Además, como Charlotte acumulaba cada vez más y más admiradoras (y admiradores), Matilda se encelaba bastante por momentos, pues a Charlotte le encantaba flirtear con sus fans, aunque la cosa nunca acabara en nada serio. Aun así, perseveraron cuanto pudieron hasta que Charlotte se hizo tan de oro que decidió semirretirarse a vivir la vida loca en Roma.



Harriet Hosmer (1830-1908), considerada la primera mujer americana que se dedicó profesionalmente a la escultura, desarrolló múltiples técnicas innovadoras en su campo, especialmente para trabajar el mármol, y cosechó una gran reputación en el siglo XIX. Desafortunadamente, muy pocos trabajos suyos han sobrevivido hasta nuestros días.

No penséis que el destino estaba escogido al azar. En Roma a mediados del siglo XIX había un círculo de artistas y de bohemios de habla inglesa bastante potente y dentro, un pequeño grupo de señoras que disfrutaban, como Charlotte, de «amistades intensas» con otras mujeres. Generalmente se consideraba que el nexo lésbico-intenso alrededor del que se arremolinaba este colectivo de señoras que empotraban a otras señoras era Harriet Hosmer, una escultora de renombre con la que Charlotte empezó a ligar inmediatamente, para desesperación de Matilda. La cosa se puso todavía peor cuando Harriet tuvo problemas económicos graves y se mudó con Charlotte y Matilda. A Charlotte, ya lo veréis en un momento, lo de juntar a todos sus ligues en una sola casa le encantaba; ella era dramática también fuera del escenario. Cuando cesó el tonto con Harriet, para tranquilidad de Matilda, empezó el flirteo con Emma Stebbins (otra escultora), para desesperación de Matilda (la secuela). Mientras tiraba la caña a diestro y siniestro, Charlotte se

dedicaba a montar fiestorros y cenas opulentas, y por allí pululaban cantidad de artistas, mujeres y hombres, muchos de los cuales también preferían la compañía de su mismo género.

De hecho, Charlotte se convirtió enseguida en el segundo nexo lésbico-intenso de la comunidad de señoras de Roma. Ella estaba encantada, porque lo que a Charlotte le gustaba de verdad era una buena tropa de admiradores. Al final, tras una pelea legendaria, Matilda hizo la maleta y se volvió a Londres para seguir escribiendo, traduciendo y dándose al movimiento sufragista, donde se sentía mucho más realizada. Charlotte tardó aproximadamente tres nanosegundos en pedirle a Emma Stebbins que se fuera a vivir con ella y Emma tardó todavía menos en aceptar y mudarse. Curiosamente, a Emma no le gustaba el teatro. De hecho, no le gustaban los follones sociales en general, así que Charlotte no podía hacer muchas tonterías de estrella consentida, porque Emma le levantaba la ceja cuando se ponía tonta. Y lo cierto es que esto a Charlotte le gustaba mucho.

Emma era muy inteligente y estimulaba su lado intelectual. Además, era una escultora aclamada y respetada, pero no tenía una personalidad demasiado extravagante, así que no eclipsaba a Charlotte en su vida privada. Como Charlotte había aprendido con Matilda que tenía que dejar a su esposa dedicarse a su arte para no ahogar la relación, se ofrecía a ayudarla a vender sus obras, porque Emma era una escultora atrevida y talentosa, pero detestaba tener que hacerse publicidad. Charlotte, sin embargo, tenía tanta labia que podía venderle a cualquier incauto sus propios calcetines y quedarse tan tranquila. En resumen, que se creó un equilibrio bastante sólido en la relación. Emma no pensaba ir corriendo por medio mundo detrás de Charlotte y Charlotte, por primera vez, aprendió a seguirle el ritmo a alguien sin imponer siempre el suyo. Estuvieron veinte años juntas, hasta la muerte de Charlotte. Incluso adoptaron un niño, Ned, que en realidad era el sobrino de Charlotte, hijo del primer matrimonio de su hermana.

... Y si os creáis que el capítulo acababa aquí, pues no. Todavía queda la mejor (¿o la peor?) maniobra de todas. Cuando Charlotte estaba ya viviendo con Emma Stebbins, viajó a América por negocios y conoció a Emma Crow, una chica de diecinueve años de familia bien. Charlotte tenía unos cuarenta y pocos años, pero las dos se enamoraron muy muy fuerte.

Soltad el móvil y apagad la tele, por favor, que aquí hay muchas Emmas ya y tenéis que estar atentos, que os liais.

Charlotte se consideraba a sí misma casada con la otra Emma (Stebbins) y hacía como que se resistía un poquito, pero Emma (Crow) le tiraba los tejos poderosamente y Charlotte se dejó conquistar, poderosamente también. Emma (Crow) era la joyita de su familia: guapa, rica, en edad de buscar marido, inteligente... y de repente no quería nada con nadie que no fuera Charlotte. Esto es lo que para unos padres victorianos se llama un problemón, así que intentaron prohibirle a su hija que siguiera viendo a Charlotte, pero sin éxito alguno.

Cuando Charlotte regresó a Roma, Emma (Crow) buscó la manera de organizar un viaje altamente sospechoso a la capital italiana en compañía de su hermana y una vez allí se las apañaba para irse a una habitación de hotel a solas con Charlotte. Las visitas intercontinentales no son baratas, pero estas dos estaban muy obsesionadas y les faltaban horas en el día para planear cuándo volverían a verse y escribirse con gran profusión, así que Charlotte decidió hacer La Maniobra de Ligue Más Cuestionable de Todos los Tiempos™.

Emma (Crow) y Charlotte quedaron en París (sí, como quien queda en el McDonald's) y se pasaron unos días encerradas en una habitación poniéndose al día en empotramientos, porque lo

primero es lo primero. Y aquí es cuando a Charlotte se le ocurre, solo Dios sabe cómo, que Emma (Crow) debía casarse con su hijo adoptivo, Ned, porque así la tendría en la familia, bien cerquita y bien atada, y ya no se le escaparía.

Se ve que estaban operando al mismo nivel de absurdez, porque Emma aceptó. Aunque Ned se quejaba mucho de que su mujer no lo quería «como una mujer tiene que querer a un hombre con el que se casa», la maniobra se ejecutó eficazmente y Emma Crow pasó a ser Emma Crow Cushman. La pareja se mudó con Charlotte y Emma (Stebbins) y tuvo varios hijos de los que Charlotte se apropió rápidamente diciendo que eran «sus bebés».

Creo que estamos todos de acuerdo en que, a estas alturas, esto ya es digno de una telenovela.

Como era de esperar, la cosa encajaba solo regular. Emma (Crow Cushman) nunca estaba contenta porque la pareja oficial de Charlotte era Emma (Stebbins). Y Emma (Stebbins) siempre andaba dándole toques a Charlotte para que dejara de achuchar a Emma (Crow Cushman), que a fin de cuentas era su nuera y daba mucha grima. Y vivieron en este plan hasta que Charlotte enfermó, volvió temporalmente al teatro, que siempre había sido su gran amor, y finalmente murió en 1876, con cincuenta y seis años, muchas admiradoras y una situación familiar que era un sindiós.

Aunque su vida privada fue bastante tempestuosa y quedó medio mal con todas sus exparejas, Charlotte consiguió lo que deseaba de la vida: mantenerse a sí misma y a su familia, dedicarse a su arte en cuerpo y alma y vivir la vida acompañada de otras mujeres. Espero que a partir de ahora os acordéis de que la actriz más famosa y universal de su tiempo, la shakespeariana más insigne y aclamada por el público y la crítica, y el Romeo más reseñable de sus días fue una señora que empotraba a otras señoras.

Rosa Bonheur

¿Sabéis lo que es un *animalier*? Pues es un artista que se especializa en anatomía animal y en recrear escenas que tienen a animales como protagonistas, que es algo que no se ve demasiado a día de hoy, pero que estaba muy de moda en el siglo XIX. Algunos lo sabrías, claro. Yo, que desconocía los entresijos artísticos más allá de lo absolutamente básico, aprendí esta palabra cuando empecé a leer sobre Rosa Bonheur, y para mí su significado ha quedado para siempre unido a ella. Y mi caso no es el único ni muchísimo menos. Rosa fue una de las artistas más reconocidas y admiradas de su época y muchos aún la consideran una de las mejores *animaliers* de la historia.

Marie-Rosalie Bonheur, conocida cariñosamente como Rosa, nació en Francia en 1822, la primera de los cuatro hijos del pintor Oscar Raymond Bonheur. Rosa se pasaba el día entero pintoreando y su madre solo consiguió enseñarle a leer y escribir a base de dibujos. Desgraciadamente, su madre falleció siendo Rosa una niña y el señor Bonheur decidió mandarla a un internado para suplir la educación que hasta entonces le habían dado en casa. El experimento no salió demasiado bien: Rosa pasaba de estudiar, estaba todo el día ideando travesuras, sus ganas de jarana eran altamente contagiosas y tenía a todas las señoritas del internado revolucionadas, así que a los pocos meses la mandaron de vuelta con su padre para evitar un motín.



El sansimonismo fue un movimiento utópico basado en las ideas del socialista Henri de Saint-Simon. Su popularidad fue fugaz y desapareció casi por completo apenas unas décadas después de su florecimiento. Algunas de sus máximas eran la educación igualitaria para niños y niñas y la liberación de la mujer.

Tras intentar colocarla de aprendizaje en varias tiendas con similares resultados catastróficos, el padre de Rosa decide ponerla a trabajar en su propio taller de pintura con tan solo trece años. El señor Bonheur no tardó en darse cuenta del talento natural que tenía su hija y decidió ayudarla en lo posible para que llegara a ser pintora profesional. Igual os suena raro que un señor del siglo XIX ayudara a su hija a ser artista... y lleváis toda la razón, es bastante inusual. Pero Oscar Bonheur tenía unos valores atípicos para la época en la que vivía. Era discípulo del sansimonismo, un movimiento que creía en la igualdad social e intelectual de la mujer, así que

Bonheur creía firmemente que sus hijas debían tener las mismas oportunidades que sus hijos para enfrentarse a la vida adulta. Este buen señor fundó además el primer estudio donde se daban clases gratuitas de dibujo a señoritas, el único que hubo en París durante mucho tiempo y del que Rosa se encargó cuando él falleció.

Rosa tenía muy claro qué le gustaba dibujar y se pasó toda su adolescencia frecuentando sitios en los que podía observar y bocetar animales: ferias, granjas, exhibiciones e incluso mataderos donde podía diseccionar animales para aprender más de su anatomía. No era fácil acceder a algunos de estos lugares siendo una mujer y sin compañía, pero a Rosa le daba bastante igual lo que pensarán los demás. Prefería llevar ropa masculina, no dejar que el pelo le creciera demasiado y además fumaba en público, lo cual era todo un escándalo.

Siendo ella todavía adolescente, papá Bonheur recibió el encargo de pintar a Nathalie Micas, la hija de una familia de clase media-alta. Rosa lo acompaña en calidad de aprendiz y, como en la vida no hay rato malo para tirar la caña, Rosa y Nathalie forjaron velozmente una amistad que en los siguientes años se convertiría en una relación romántica. Curiosamente, ninguna de las dos familias puso pega a esta relación, ni siquiera cuando Rosa y Nathalie dejaron claro que no pensaban buscar marido. A los Micas les gustaba mucho Rosa, que siendo bollera y *butch* en el siglo XIX no es decir cualquier cosa. Pensaban que hacía muy feliz a Nathalie (verdad) y que tenía mucho talento (también verdad), así que le buscaban encargos y hacían todo lo posible por ayudarla con su carrera. Poco después, cuando el padre de Nathalie estaba en su lecho de muerte, las llamó para darles su bendición. Y me refiero a que se pusieron de rodillas al lado de su cama mientras él les ponía las manos en la cabeza y les decía: «Seguid siempre juntas y que Dios os guarde». No os voy a mentir, yo leí esto con el espíritu inquieto de quien no sabe muy bien qué está pasando: ¿era un amago de casamiento? No lo sé, pero ellas así se lo tomaron, que es lo que importa. A partir de ese momento vivieron como un matrimonio y, con el apoyo constante de Nathalie, la carrera de Rosa ascendió a una velocidad de vértigo: cada cuadro y cada encargo era más prestigioso que el anterior.

Su primer gran éxito resulta de un encargo del mismísimo gobierno francés, que le pidió una obra que ensalzara la vida rural y las tradiciones agrícolas del país. El cuadro se tituló *Labourage Nivernais (La labranza de Nevers)*, que es un cuadro que me encanta. Captura una escena con bueyes y ganaderos, pero los señores están un poco por casualidad y los bueyes parecen casi una fotografía, con ese volumen y con tantos detalles; tienen alma. Por si no habéis empezado ya a sospecharlo, a Rosa le gustan los animales bastante más que las personas; cuando ves el nivel de realismo de los animales de sus cuadros, lo notas. Su obra más conocida la expuso con treinta y un años: se titulaba *Le Marché aux Chevaux (La feria de caballos)*, un lienzo enorme para el que se preparó durante semanas y que yo digo siempre que es un cuadro de salón, porque es de grande como un salón. O, en el caso de nuestra generación, como un par de salones: dos metros y medio de alto y casi cinco de largo.

En esta época, Rosa tiene que pedir un permiso especial para llevar pantalones y renovarlo cada seis meses. Necesitaba visitar ferias de ganado y granjas para bocetar y, como os podéis imaginar, no eran sitios a los que ir con falda decimonónica; pero en el siglo XIX que una señora se pusiera unos pantalones para ir a pintar a un campo lleno de estiércol se consideraba travestismo, y el travestismo era un crimen. Según he leído, aunque en este caso las fuentes no dan demasiados datos, había solo doce de estos permisos en vigor en toda Francia, así que entenderéis

lo que costaba conseguir uno. Eso sí, el permiso concretaba que solo podía ponerse pantalones por razones de salud o de trabajo, no en fiestas, bailes o reuniones sociales.



La prefectura de policía de París emitió una ley en 1800 por la que se prohibía a las mujeres vestir ropa masculina en público y durante años fue necesario un permiso renovable para poder hacerlo por cuestiones de salud o laborales. De forma totalmente incomprensible, esta ley estuvo en vigor en Francia hasta febrero de 2013 (aunque evidentemente nadie se acordaba ya de ella).

Después de su meteórico ascenso a la fama, Rosa se fue de gira por Europa y América para promocionar su trabajo. Tan populares se hicieron sus cuadros que a menudo la visitaba gente de la nobleza. Fue condecorada e incluso la reina Victoria pidió en una ocasión que le organizara una exhibición privada de algunas de sus obras. Aunque, sinceramente, todo esto incomodaba un poco a Rosa; ella prefería ignorar la fama en la medida de lo posible y aprovechar sus viajes para ver animales (para que me entendáis, Rosa hoy en día sería la chica que va a la fiesta de unos amigos y lo primero que hace es buscar al perro).

Es complicado intentar expresar lo mucho que el siglo XIX amó a Rosa Bonheur, especialmente porque a día de hoy Rosa es una gran desconocida para nosotros, pero se hizo tan famosa que incluso se fabricaron muñecas de ella, con su pelito corto y su ropita de señor decimonónico, y fueron muy populares entre las niñas de la época.

A estas alturas de la vida y de la fama, Rosa tiene más trabajo del que nadie puede desear: enseña en el antiguo estudio para señoritas de su padre junto con su hermana, tiene su propio estudio, que gestiona la familia de Nathalie, y trabaja en los encargos, que por su situación puede permitirse elegir a placer. Lo que intento deciros es que Rosa estaba montadísima en el dólar (¿el franco?), así que se compró una casita humilde en el campo, lejos de París, con un salón más grande que su cuadro. De hecho, mucho más grande que todos sus cuadros juntos. Bueno, que se compró casi un castillo.

Como ya os he comentado, a Rosa le daba bastante pereza eso de la fama y de escalar en la sociedad y de relacionarse con otros pintores. Ella tenía tres o cuatro buenos amigos y pare usted de contar. Uno de ellos era Buffalo Bill, que es un dato que realmente no necesitáis, pero que elijo daros porque me obsesiona esta improbable conexión. La enorme casa en el campo no solo era un símbolo de su poder económico y un lugar amplio donde trabajar cómodamente, sino que también permitía a Rosa vivir tranquila, alejada de los círculos sociales parisinos. Más que nunca, Rosa es una nuera de ensueño para los Micas. Como haría todo marido de bien en el siglo XIX, Rosa se lleva a su suegra viuda a vivir con ella y con Nathalie. Se preocupa por su salud, se ocupa de todos sus gastos y la señora está tan contenta con su magnífica nuera bollera que ni siquiera le importa que de vez en cuando se le meta una nutria en la cama.

Hacemos una pequeña pausa para que imaginéis la situación sin ningún contexto.

A ver, llevo todo el capítulo diciendo que a esta señora le gustan los animales por encima de sus posibilidades, ¿qué creáis que iba a pasar cuando le sobrarian los billetes? Pues obviamente que se le iba a ir la cabeza llenando la casa de criaturas, como si fuera un zoo. Aclimató la casa, la granja colindante y los jardines para tener, entre otras criaturas, caballos, bueyes, cabras,

ovejas, vacas, perros, un chorro de faisanes, otro montón de gallinas, dos ciervos... y un tanque de agua para la nutria, aunque la nutria se paseaba por donde quería y por lo visto era muy fan de meterse en camas ajenas. Y no nos olvidemos de la leona, que se llamaba Fathma y seguía a Rosa a todas partes, porque la tenía suelta por casa. Sus amigos sabían que no hacía nada porque veían a Rosa revolcarse por el suelo para jugar con ella, pero aun así las visitas iban un poco con los genitales de corbata.

En este edén de leones y nutrias vivieron Rosa y Nathalie los años más prósperos y felices de su relación. Desgraciadamente, tras más de cuarenta años de convivencia, Nathalie falleció en 1889 y Rosa cayó en una profunda depresión. Pasó los años siguientes trabajando en proyectos personales, cuidando de sus animales y evitando toda vida social, sin energía para salir de casa o aceptar encargos. Finalmente, tras los que fueron sin duda los cinco años más duros de su vida, Rosa decidió viajar a Estados Unidos para despejar la mente y volver al mundo del arte con energías renovadas.

Este viaje resultó ser una de las mejores decisiones que Rosa pudo haber tomado, porque allí se encontró con Anna Klumpke, una pintora de Boston especializada en retratos con la que había mantenido correspondencia en alguna ocasión. Anna tenía treinta y cuatro años menos que ella. Había estudiado dibujo en Francia, copiando cuadros de Rosa a modo de ejercicio en la academia, e incluso había tenido de niña una de las famosas muñecas Rosa Bonheur. Ferviente admiradora de su trabajo, le había escrito años atrás pidiéndole permiso para pintar su retrato, pero Rosa había declinado la oferta porque prefería evitar los daños colaterales de la fama. Cuando se conocieron, Anna y Rosa descubrieron que tenían mucho en común y la conexión fue casi inmediata.

Anna consiguió cumplir por fin su deseo de retratar a Rosa en 1898, para lo cual viajó a París. De la misma forma en que Rosa conquistó a Nathalie cuando eran adolescentes (Nathalie posaba y Rosa bocetaba), Anna se ganó el afecto de Rosa mientras la pintaba. Rosa volvió a sonreír con Anna, incluso dejó salir su lado encantador, que lo tenía. Se dice que Rosa saboteara algunas de las sesiones en las que debía posar para retrasar la partida de Anna. Pese a terminar el retrato, Anna no se marchó de París.

En el tiempo que compartieron como pareja antes del fallecimiento de Rosa en 1899 (apenas un año), Anna y Rosa mantuvieron una relación estrecha e intensa tanto a nivel emocional como artístico durante la cual Anna pintó varios retratos de Rosa e hizo que en su último año de vida se sintiera de nuevo plena y feliz.



La casa de Rosa Bonheur, convertida en memorial y museo gracias a los esfuerzos de Anna Klumpke, aún se puede visitar actualmente en Fontainebleau, Francia.

Rosa le dejó su casa y la mayoría de sus posesiones a Anna, que gestionó su legado a pesar de que las familias de ambas no estaban demasiado contentas con el tema. Pero a Anna no le importaban las opiniones ajenas, porque lo que ella quería era que nadie se olvidara de Rosa jamás. Escribió su biografía con notas, cartas y diarios que esta le había dejado para que pudiese hacerlo con la mayor fidelidad posible. Vendió muchos de sus cuadros y con el dinero abrió el Museo de Rosa Bonheur y el Colegio de Arte en Memoria de Rosa Bonheur para Mujeres. Rosa

fue enterrada junto a Nathalie en la parcela del cementerio de la familia Micas y casi cincuenta años más tarde también Anna fue enterrada allí.

Y así acaba la historia (que no el legado) de Rosa Bonheur, la mejor *animalier* de sus días, una mujer que brilló en su trabajo y vivió como quiso, que nunca ocultó sus relaciones con mujeres y que siempre defendió su derecho a crear y trabajar entre los mejores. Que no se nos olvide nunca el talento que pudo perderse si su padre hubiese sido un caballero convencional que no la hubiese dejado dedicarse a su pasión. Que no se nos olvide todo lo que se perdió con tantas mujeres obligadas a abandonar lo que de verdad amaban hacer.

Y, por supuesto, que no se nos olvide que una de las pintoras más importantes del XIX fue una señora que empotraba a otras señoras (hace mucho) y que la gente se daba tortas por sus cuadros, por su compañía y por pintarle retratos porque, aunque no nos lo recuerden hoy en día, el suyo era un talento sin igual.

Sarah Orne Jewett

Vamos a empezar este capítulo con un poco de historia.

Durante la era victoriana, una de las pocas ocupaciones respetables para una mujer era ser profesora o institutriz, pero en algún momento durante las últimas décadas del siglo XIX las mujeres de clase media y alta deciden que quieren dedicarse a más cosas aparte de sonarles los mocos a niños que no son suyos, que está muy bien y es muy importante, pero, oye, no es lo único. La logística para llevar a cabo esta decisión era un poco compleja, porque no era fácil para una mujer mantenerse económicamente sin un marido. ¿Solución? Pues me busco a otra señora que esté como yo y nos vamos a vivir juntas en plan matrimonio, compartiendo gastos. Esto no era más que un arreglo económico beneficioso para ambas partes, no tenía por qué implicar empotramiento, aunque en la mayoría de los casos sí conllevaba la Amistad Intensiva que se daba a menudo entre mujeres en la era victoriana. Estos pactos se pusieron de moda muy rápido y cada vez más señoras se subían al carro porque querían escribir, o pintar, o esculpir, o tener un negocio, o vivir sin estar pendientes de un marido y sin perder la oportunidad de encontrar un trabajo. Y, por supuestísimo, las bolleras estaban ahí, aprovechando la coyuntura para irse a vivir con la novia haciendo como que allí no pasaba nada, que solo eran Buenas Amigas™ apoyándose económicamente, porque las lesbianas somos las ninjas de la era victoriana.

Los acuerdos de convivencia entre mujeres se conocían como matrimonios bostonianos. ¿Y por qué este nombre? Porque el primer libro que se escribió sobre este fenómeno fue *Las bostonianas*, de Henry James. A partir de entonces se las empezó a llamar de esa forma, aunque en la práctica ya existían desde hacía bastantes años. ¿Y qué le picó a Henry James para escribir sobre eso? Pues, por un lado, su hermana Alice se enganchó bastante fuerte a una señora y se fueron a vivir juntas con gran intensidad; por otro, James conoció al que posiblemente fuese uno de los matrimonios bostonianos más famosos de la época y se inspiró en ellas para construir parte de su novela.

Desgraciadamente, y como suele suceder en estos casos, la novela acaba como el rosario de la aurora mientras que lo que pasó en realidad fue mucho menos trágico y sustancialmente más lésbico.

La mitad más conocida de este matrimonio bostoniano es Sarah Orne Jewett, nacida en Maine, Estados Unidos, en 1849. Su padre era médico especializado en enfermedades de mujeres y le diagnosticó a Sarah un caso temprano de artritis reumatoide siendo aún niña. Para ayudarla a ejercitarse, su padre la llevaba con él durante sus rondas, así que Sarah se pasó gran parte de su

juventud visitando a las familias de los alrededores, escuchando sus problemas y observando los tratamientos que su padre les aplicaba. Esto provocó que Sarah quisiera seguir los pasos de su padre y dedicarse a la medicina, pero ya sabemos que eso no va a pasar, porque Sarah es una mujer y estamos en mitad del siglo XIX.

En vez de eso, y gracias a todo el tiempo que pasó visitando a muchas mujeres distintas, oyendo sus dolencias y preocupaciones, Sarah desarrolló una capacidad única para escuchar los problemas de la gente y para dar importancia a cada detalle de sus vidas aparentemente ordinarias. Con esta habilidad especial para observar lo que generalmente se ignoraba, Sarah empezó a escribir historias sobre el día a día de las mujeres con una sensibilidad y una atención que poco tenían que ver con una época en la que «las cosas de mujeres» se consideran insignificantes.



Parece un concepto bastante simple, pero en el siglo XIX casarse era una cuestión de obligación social más que de romance, especialmente en el caso de las mujeres. La falta de oportunidades laborales para ellas dificultaba mucho las pocas posibilidades que tenían de independizarse.

A medida que crece y que su estilo narrativo único empieza a aflorar, Sarah se forma una visión del matrimonio que a los victorianos les da un poco de terror y que viene a resumirse en que el matrimonio no siempre era positivo o posible para todas las mujeres. En varias ocasiones, Sarah expresó su convicción de que a medida que la sociedad avanzara, empezaría a darse cuenta de que algunas mujeres estaban hechas para el matrimonio y otras no y se permitiría que las mujeres que encontraran cosas más valiosas para sí mismas en otros caminos los siguieran. Este tema aparecía de forma recurrente en sus relatos, así como las relaciones (familiares, amistosas, románticas) entre mujeres y la necesidad de encontrar una red de apoyo femenino para vivir una vida completa y feliz.



Mientras que muchas de las historias de la época con protagonistas femeninas siguen un patrón de iniciación a la vida adulta que culmina en el matrimonio, las historias de Sarah Orne Jewett bien podrían llamarse historias de «antiiniciación femenina», pues en ellas las mujeres deciden rechazar a sus pretendientes y abrirse su propio camino en el mundo. Algunos ejemplos son *A Country Doctor* (1884), *A White Heron* (1886) o *The Country of the Pointed Firs* (1896).

Además, Sarah tenía pocos problemas a la hora de decir que quería pasar su vida con una mujer, que era algo que tenía claro desde muy joven. Cuando un amigo le preguntó si alguna vez había pensado en buscar marido, ella se sonrojó, se echó a reír y dijo que lo que ella necesitaba era una esposa. Sí, dijo la palabra «esposa» específicamente. No, al parecer esto no fue suficiente para considerarla lo que a día de hoy llamaríamos lesbiana, porque sus biógrafos se han pasado más de un siglo llorando y buscando pruebas de que en algún momento esta señora quiso empotrar a un señor. Han sido totalmente incapaces de encontrarlas, por cierto. Y si se han conservado su

correspondencia y parte de sus diarios y no se ha encontrado nada aún... Mirad, que los señores le daban igual, que no estaban ni en proximidad general de su radar de intereses.

Pero vamos a dejar a Sarah escribiendo historias preciosas con poca trama y muchos colores, sensaciones y personajes complejos, y rebobinemos un poco en el tiempo para atender a otro nacimiento.

En Boston, en 1834, nació Annie Adams, que a los diecinueve años pasaría a ser Annie Fields al casarse con el viudo James Fields. James y Annie tuvieron un matrimonio bastante feliz para el siglo XIX. James respetaba los deseos de su esposa de no tener hijos y apreciaba que intentara ayudarle en su vida profesional, dos cualidades que no abundaban entre los maridos de la época. James era editor y ella aprendió todo lo que pudo sobre el mundo literario y editorial trabajando con él. James se dio cuenta de que su mujer tenía una habilidad muy especial para ver el talento en otros y escuchaba todas sus recomendaciones. Combinando sus puntos fuertes, los Fields la liaron paradísima y acabaron en el centro de la vida literaria de Boston, con una pila de escritores y escritoras en ciernes revoloteando a su alrededor, entre ellos, la jovencísima Sarah.

A pesar de la diferencia de edad, Sarah y Annie conectaron de inmediato, con la intensidad que ya conocemos y amamos de nuestras bolleras victorianas. Sarah admiraba a Annie porque tenía experiencia, sabiduría y amplios conocimientos del mundo editorial; Annie admiraba a Sarah porque tenía un instinto natural para la literatura y un estilo muy personal. Las dos apreciaban que la otra estimulase los aspectos intelectual y emocional de su vida, pero, sobre todo, apreciaban que, cuanto más tiempo pasaban juntas, más y mejor trabajaban, que es lo contrario a lo que nos pasa a todas cuando nos echamos novia. Y es normal, vamos. Para nosotras, escribir está muy bien, pero generalmente es una afición o una obligación laboral. Para Sarah, Annie y las demás señoras de bien de su tiempo, escribir y trabajar era un enorme privilegio y encontrar a alguien que compartiera tu pasión por las letras y la suerte de poder ejercerla libremente, alguien que discutiera contigo del tema y respaldara tus proyectos, era verdaderamente especial.

La relación fue consolidándose hasta convertirse en una amistad intensa en toda regla. El marido de Annie se llevaba muy bien con Sarah y lo aprobaba todo, porque todavía estamos en la época en la que comerle la boca a tu amiga está socialmente aceptado, es virtuoso y perfectamente compatible con tener un marido al que adoras. Que no estoy diciendo yo que la era victoriana estuviera llena de relaciones a tres bandas que se llamaban tener un marido y tener una amiga intensa, pero eso es exactamente lo que estoy diciendo. Aunque no siempre, eh. A veces, se tenía una novia y luego se tenía un señor que estaba ahí en tu casa y que te caía medio bien (o no). Y otras veces tenías un marido y tus amigas eran amigas sin más. La era victoriana es una movida.

Pero, aunque esta situación era bastante frecuente en la época, Sarah no llevaba muy bien que Annie estuviera casada. Ya había tenido otras Amigas Intensas durante su juventud y siempre habían acabado casándose, tras lo cual la relación se iba apagando. Sarah deseaba vivir con alguien a quien dedicarse exclusivamente y que hiciera lo mismo por ella, así que, a pesar de todo el tiempo que pasaban juntas y de lo integrada que estaba en la vida de los Fields, Sarah no era del todo feliz. Muchas de sus historias de la época hablan de la frustración de tener que renunciar a la persona que amas y de lidiar con sentimientos intensitos en la distancia. Y así estuvo la criatura años, soñando con marcarse un Sarah y Eleanor, con hacer las maletas y fugarse con Annie a una casita en el campo para ellas solas. Y cuando digo que soñaba con marcarse un Sarah y Eleanor lo digo de la forma más literal posible: tiene una novela en la que las protagonistas

comentan la posibilidad de «copiar a las Damas de Llangollen».

Pero la suerte de Sarah iba a cambiar. Tras años suspirando por independizarse con Annie, esta se quedó viuda en 1881. En menos de un año, Sarah y Annie ya habían decidido instalarse juntas en Boston, no sin antes haberse pegado un viaje por Europa, que repetirían varias veces a lo largo de sus vidas. Pero al llegar a Boston y empezar a vivir juntas se dieron cuenta de que tenían un problema. Y menudo problema. Espero que estéis sentados.

El problema era que pasaban tanto tiempo hablando, tonteando y poniéndose motes de esos que inducen comas diabéticos (Pinny y Fuffy) que al final no trabajaban tanto como querían. Sin duda, una de las cosas más homosexuales que he escrito en mi vida.

Pinny y Fuffy acordaron que la mayor parte del tiempo vivirían juntas en Boston, pero varios meses al año Sarah volvería a Maine, a la casa donde pasó su infancia, para dedicarse plenamente a escribir sin que la presencia de Annie la distrajera. De igual modo, Annie se dedicaría esos meses a sus proyectos editoriales y sociales y a sus propios proyectos como autora.

Esta estrategia les funcionó de lujo durante casi todos los años que vivieron juntas. Mientras estaban en Boston, Sarah y Annie se dedicaban a ser extremadamente cursis, ñoñas y adorables, a participar en obras de caridad, a dar consejo a jóvenes escritores, a meterse en proyectos para ayudar a mujeres en situaciones difíciles y a recibir invitados en la casa que compartían en la calle Charles, 148, que se convirtió en el epicentro de la vida literaria de Boston y alrededores. Y cuando Sarah se iba a Maine a pasar unos meses de retiro literario, pues también se dedicaban a ser extremadamente cursis, ñoñas y adorables, pero en formato carta. Una al día, que se dice pronto.

Desgraciadamente, no conservamos las cartas de Annie hacia Sarah, pero sí muchas de las que Sarah le envió a Annie, que seguramente compensan en intensidad a todas las que no tenemos. Por ejemplo: «Esta es la primera vez en siete meses que me despierto y no oigo tu querida voz, ni veo tu querido rostro. Lo echo mucho de menos, pero no nos espera una separación larga, lo cual me reconforta».

Ese fragmento está bien, pero podemos hacerlo mejor. Vamos a intentarlo con otro, a ver si podemos subir el listón de subtexto bolleril: «Queridísima Fuff... Deseo verte y decir toda clase de locuras, ¡y ser tan atrevida como Pinny puede serlo! Y besarte innumerables veces...». Bastantelésbico, diría yo, incluso en una época en la que es relativamente común decirles a tus amigas que son ángeles de luz que han bajado a la Tierra para iluminar tu alma y cosas por el estilo. Mi favorita es sin duda cuando le escribe a Annie el día antes de su vuelta a Boston para decirle que está harta de escribir, que ahora quiere «besar cosas». Sí, puso «besar» en cursiva, que es como el emoji del guiño de la época.

La pareja funcionaba a la perfección, porque, aunque estaban en este nivel de tontería, las dos valoraban muchísimo su independencia y se sentían tan seguras del amor de la otra que podían alejarse unos meses para trabajar, sabiendo que volverían a verse sin que nada hubiera cambiado. Su relación era sólida y tranquila y como matrimonio bostoniano de mujeres trabajadoras tenían un lugar respetable en la sociedad. Así vivieron, en perfecta armonía, durante casi treinta años.

Pero si su relación se mantuvo inmutable durante tres décadas, no ocurrió lo mismo con el mundo. De hecho, en esas tres décadas, las últimas del siglo XIX, se dio un violentísimo giro en la sociedad victoriana provocado en parte por los grandes avances científicos y su rápida expansión. Normalmente, cuando las palabras «victorianos» y «ciencia» aparecen en la misma frase, ya sabes

más o menos que una señora va a acabar mal en algún momento.



Estas conclusiones incluían desde neuropatías heredadas por vía familiar que podían ser la causa del deseo entre mujeres hasta la increíble pirueta mental con triple tirabuzón carpado de que algunas mujeres que se sentían atraídas por otras, en realidad, no eran mujeres, sino «semimujeres».

En esa época, el tema de la ciencia y la medicina están absolutamente fuera de control. Los victorianos quieren ponerle nombre a todo, estudiarlo todo, aprenderlo todo, descubrirlo todo y que todo sea muy científico. ¿Fantasmas? Ciencia. ¿La forma de tu cráneo dice que vas a ser un asesino? Ciencia. ¿Estamos rodeados de un campo de fuerza que solo ve la gente sensible? Ciencia. ¿A mi hijo se le va a quitar la tos con este jarabe de cocaína, morfina y láudano? Sí, señora, ciencia.

Los médicos victorianos están terriblemente preocupados (de repente, ahora mismo, por casualidad, justo cuando los matrimonios bostonianos están popularizándose) porque las mujeres no se están casando tanto como antes, así que empiezan a estudiar la posibilidad de que dos mujeres que se tienen «demasiado apego» y deciden rechazar el matrimonio con hombres estén en realidad enfermas. La lista de conclusiones que sacaron la ciencia y la medicina victorianas sobre las mujeres que preferían tener relaciones con otras mujeres es más larga que mi brazo y, dato que apporto sin pruebas pero con esperanza, seguro que arde bien.

Poco a poco, la homosexualidad femenina fue clasificada como patología y etiquetada socialmente como una inversión, una enfermedad, un trastorno, una anomalía. Todo eso que nos suena hoy en día. Muy poco a poco pasó a ser un estigma. Digo muy poco a poco porque hasta dentro de varias décadas no va a nacer una nueva generación de señoras que se críe con estos prejuicios y estas maniobras chanchulleras. Pero, aun así, la cosa hace bastante mella y las relaciones homosexuales entre mujeres de repente son un tema público, un tema que «existe», una forma de vida que no es «la obligatoria y natural».

Como ya he dicho, la relación de Sarah y Annie no cambió en ningún momento, pero el mundo cambió a su alrededor. Cuando se fueron a vivir juntas, la sociedad lo aprobó, pero durante su última década de convivencia el lesbianismo ya se veía como algo patológico, tóxico. Para que entendáis lo de prisa que ocurrió todo, os pongo el ejemplo de la escritora Willa Cather, una ferviente admiradora y protegida de Sarah Orne Jewett. Ambas tenían clarísimo que querían compartir su vida con otras mujeres y ambas vivían en el mismo lugar en la misma época, pero Willa tenía treinta años menos que Sarah y su visión de las relaciones entre mujeres era completamente distinta: Willa escribía historias sobre sus vivencias amorosas usando un personaje masculino como protagonista porque para ella era imposible escribir abiertamente sobre dos mujeres enamoradas; Sarah le recomendaba que fuera más honesta y que escribiese sus historias tal y como las sentía, porque no entendía que el mundo en el que Annie y ella habían empezado a compartir sus vidas ya no existía.

A pesar de ser quince años menor que Annie, Sarah murió seis años antes. Cuando Annie intentó publicar sus cartas, sus amigos le recomendaron que no lo hiciera, porque la gente podía «entenderlas de forma poco adecuada», y le aconsejaron que suprimiera casi el 80 por ciento de

las referencias más cariñosas que Sarah le había dedicado en ellas. Al igual que le pasó a Sarah con las decisiones literarias de Willa, Annie no entendía cómo alguien podía interpretar la vida y el amor que habían compartido de forma «poco adecuada».

La historia de Sarah Orne Jewett y Annie Fields siempre me ha resultado un tanto agrisado. Por un lado, rara vez he encontrado relaciones entre señoras de bien tan funcionales, armoniosas y duraderas como la que ellas tuvieron. Por otra parte, vivieron lo suficiente para ver cómo las circunstancias sociales convertían algo tan simple y tan perfecto como su relación en una enfermedad, un trastorno, algo que si se mostraba públicamente podía entenderse como perverso y antinatural.

Afortunadamente, Pinny y Fuffy nunca llegaron a comprenderlo. No sé si porque no podían o porque no querían y realmente no me importa.

Fuera por lo que fuera, me alegro muchísimo.

Marie Equi

Hay personajes en la historia cuyas vidas han caído incomprensiblemente en el olvido. A mí, por ejemplo, solo me hizo falta un brevísimo resumen de la vida de Marie Equi para quedar deslumbrada por su historia y querer saber más inmediatamente: lesbiana anarquista que practicaba abortos seguros en las últimas décadas del salvaje Oeste, repartía literatura anticonceptiva ilegal y luchaba por los derechos de las clases obreras, las mujeres y el colectivo LGBTQ.

Si después de leer esta frase no ardéis en deseos de conocerla, no podemos ser amigos.

Marie Equi nació en 1872, en Massachusetts, hija de inmigrantes italoirlandeses muy muy pobres. Tuvo una educación irregular por diversos motivos. Uno de ellos es que Marie detestaba doblegarse a la autoridad de sus profesores, aunque disfrutaba aprendiendo y luchó con uñas y dientes para seguir haciéndolo; otro, que apenas pasó un par de años en el colegio antes de que su familia se viese incapaz de seguir pagando su formación, que se prolongó unos años más gracias a su mejor amiga, Bessie Holcombe, quien intercedió por ella ante la escuela y compartió sus lecciones con Marie cuando a esta le era imposible asistir. Bessie estaba fascinada con el temperamento indomable de Marie y con los años se hicieron inseparables. Tanto que cuando Bessie terminó sus estudios decidió hacerse con un terrenito en Oregón para irse a vivir las dos juntas (una supone que para poder achucharse tranquila con su novia o futura novia). La verdad es que no sabemos en qué punto de la historia pasaron a considerarse pareja, pero el empotramiento ocurrió, así que vamos a meter tijera aquí y a decir que ya eran novias oficiales cuando se mudaron a Oregón. Tijera de edición, de editar el montaje, no tijera de... Da igual.

Por aquella época, esto de irse al Oeste era algo que hacían muchas mujeres que no querían casarse, así como inmigrantes con dificultades económicas y americanos de raza negra, porque allí podías conseguir un terreno gratis siempre y cuando te comprometieras a cultivarlo y a sacarle buen provecho. Así que Bessie y Marie se fueron a vivir al salvaje Oeste, porque en este capítulo venimos a darlo todo. Una vez allí, con su casa y su terreno, Marie se ocupaba de la casa y del jardín y Bessie (que había recibido una educación más extensa) trabajaba como profesora en un colegio.

Pero no todo era perfecto. El señor que tenía que pagarle el sueldo a Bessie decidió que no hacerlo era más rentable, una conclusión moralmente cuestionable pero bastante sólida en lo que a lógica se refiere. Al parecer, esto era algo que hacía con mucha gente, así que no tenía demasiados amigos. Bessie y Marie fueron a protestar porque hacía meses que no veían un billete, y él les

cerró la puerta en la cara. Pero Marie, que había sido famosa en su niñez por su temperamento explosivo y su recio sentido de la justicia, se plantó delante de la puerta de este caballero, látigo en mano, y le dijo que saliera, que le iba a calentar el lomo por estafador. El hombre, comprensiblemente aterrorizado, estuvo una hora intentando escapar, pero ella se lo impidió dándole un latigazo en la cara.

Lo sé, esta anécdota se nos va de las manos muy deprisa.

El caso es que se formó un corrillo de vecinos (una señora que da gritos delante de la casa del estafador del pueblo es lo que tiene) que se pusieron a observar y a aplaudir mientras Marie lo ponía de vuelta y media. Al final, arrestaron a Marie por calentar lomos ajenos, pero en menos de un día la gente del pueblo le había pagado la fianza y le habían llenado la casa de flores, porque se ve que todo el mundo le tenía ganas a este señor. Tan agradecidos le estaban a Marie que decidieron subastar el látigo, reuniendo algo más de cien dólares, que les mandaron a Marie y a Bessie. El incidente se publicó en el *New York Times* y sería la primera de muchas ocasiones en las que Marie acabaría en los periódicos.

Desafortunadamente, Bessie y Marie acabaron tomando caminos separados poco después. Marie decidió aprovechar el tiempo que le daba la soltería para estudiar Medicina. Consiguió su licencia para ejercer, tras ser la única mujer de la clase en una de las pocas universidades que admitían señoras en aquella época. Los siguientes años de su vida, ya en los comienzos del siglo XX, Marie se dedicó a atender a sus pacientes en Oregón, tanto a los colonos como a los nativos, desplazándose a caballo allí donde se la necesitaba. La verdad es que en general fueron unos años muy tranquilos para Marie en los que se entregó casi plenamente a la medicina y en los que la arrestaron cero veces, que para ella es un número bajísimo.

Y entonces apareció Harriet Speckart y se acabó la calma.



El Gran Terremoto de San Francisco no solo fue brutal, sino que provocó un incendio descontrolado que se extendió por la ciudad tras los temblores y multiplicó el impacto de la catástrofe. La ciudad quedó casi completamente arrasada y aun a día de hoy se recuerda como una de las grandes catástrofes del siglo XX.

Harriet Speckart era una señorita de bien, joven y a la espera de recibir una herencia bastante poderosa. Tenía unos diez años menos que Marie, pero tardó escasos nanosegundos en decidir que estaba interesada en ella y, como las lesbianas somos mucho de fliparnos con las mujeres más mayores que nosotras, pues allá que se fue de cabeza y sin ninguna pena. Su madre se lo tomó regular, porque cuando eres una señora antigua y tienes una hija guapa, joven y a la espera de rebozarse en billetes, lo último que quieres es que se vaya a vivir con una doctora bollera que una vez le dio latigazos a un señor. Así que la familia Speckart se mudó a otro estado, a San Diego, para que su hija no se empotrara con Marie Equi. A mí como medida preventiva me parece un pelín excesiva, pero cuando se tiene mucho dinero se hacen cosas muy raras. Así que Marie y Harriet se quedaron sin mucho que hacer, porque un látigo no hace nada contra el saco de billetes que hace falta para mudarse a otro estado.

No mucho después de la mudanza de los Speckart, en 1906, hubo un terremoto muy grande en San Francisco que, en un alarde de originalidad, ha pasado a la historia como el Gran Terremoto

de San Francisco de 1906. Marie organizó y coordinó un grupo de médicos de Oregón que viajaron a California para atender a los heridos y el ejército la condecoró por su esfuerzo tras los muchos días de trabajo intenso en la zona del desastre. Y como le pillaba cerca, cuando terminó de salvar vidas, se acercó a visitar a Harriet y a tramar fechorías con ella para poder llevársela de vuelta a Oregón, para que no se diga que no aprovechó el viaje. Marie no tenía demasiadas posibilidades de mudarse, así que el plan era diagnosticarle una falsa tuberculosis a su novia y recetarle que se fuera a un clima menos húmedo para restablecerse. En concreto a Portland, Oregón, que casualmente es donde vivía Marie. Estaba todo pensado. Y la verdad es que Harriet debía de tener dotes de actriz y debió de hacerse la enfermita con bastante drama, porque consiguieron volver juntas a Oregón.

Aunque la familia Speckart movió cielo y tierra para traerla de vuelta, incluso amenazándolas a ella y a Marie con denunciarlas a las autoridades, ya no había quien moviera a Harriet de allí. Los Speckart lo intentaron de todas las formas posibles: incluso hicieron pública su disputa con Harriet en la prensa, acusando a Marie de ser una cazafortunas y de haber ejercido un «poder hipnótico y misterioso» sobre la joven Harriet, que es una definición a la que no me opongo para describir el lesbianismo. Marie y Harriet no solo se mostraron firmes ante la salida pública del armario, sino que meses después participaron juntas en el Carnaval de la Rosa y se llevaron el segundo premio en el desfile delante de miles de personas.

Cuando las cosas se calmaron ligeramente con la familia Speckart, Marie continuó trabajando en su consulta y vivía tranquila compartiendo techo, monedero y almohada con Harriet. Pero duró poco; después se metió en todos los problemas que encontró disponibles, para compensar.



Celebrado por primera vez en 1907, este festival floral de Oregón ha sobrevivido hasta nuestros días bajo el nombre de Festival de la Rosa de Portland e incluye diversas actividades y cabalgatas. El hecho de que Marie y Harriet se atrevieran a participar juntas en un evento tan público y multitudinario tras ver su relación expuesta en la prensa es buena muestra de su valentía.

Dejadme que os ofrezca una lista muy breve y probablemente incompleta de las cosas que hizo Marie en los años siguientes mientras Harriet ganaba puntos de santa viendo cómo a su novia se le iba de las manos la agenda activista.

Para empezar, comenzó a practicar abortos, que por aquel entonces eran ilegales. Las mujeres que se sometían a un aborto tenían una altísima probabilidad de morir en el proceso, porque se hacían a escondidas y rara vez los practicaba un médico. Marie se convirtió en una eminencia en Portland por tratar a sus pacientes con discreción y sin juzgarlas, además de por estar especializada en ginecología y salud femenina y reducir considerablemente el riesgo de la intervención.

Además, empezó a luchar para que las mujeres tuvieran acceso a información sobre anticonceptivos y control de la natalidad, que también era ilegal. Se posicionó públicamente a favor del sufragio femenino y de los derechos de la clase obrera, asistiendo a menudo a sus manifestaciones y protestas y atendiendo a los heridos cuando se disolvían de forma violenta. Como doctora, usó su influencia y posición para ayudar a gente que tenía pleitos a causa de los

prejuicios de la época, y consiguió que muchos fueran declarados inocentes gracias a sus testimonios como profesional de la medicina. Entre los colectivos con los que se comprometió estaban la clase trabajadora, las madres solteras, las sufragistas y los miembros de lo que podría considerarse el colectivo LGBTQ de la época.

El temperamento incendiario de Marie no mejoró a medida que se implicaba más y más en todos estos asuntos médicos y reivindicaciones sociales. Una vez se peleó con unos policías durante una protesta organizada por mujeres trabajadoras porque vio que se llevaban a una embarazada a rastras. En otra ocasión le clavó a un policía un alfiler de sombrero por una situación similar. Además, informó al señor de que el alfiler estaba impregnado con un virus que lo iba a matar en unas horas (lo cual era mentira, pero como era doctora llevaba un bonus de intimidación).

Algunos estaréis pensando que la emoción narrativa se me está yendo de las manos, porque ¿desde cuándo sirve un alfiler para apuñalar a nadie? Bueno, debéis saber que en aquella época un alfiler de sombrero era básicamente una aguja larguísima que se clavaba en el susodicho y a través del pelo para sujetarlo en su sitio, atravesándolo casi de lado a lado. Los señores victorianos y de principios del siglo XX tenían mucho miedo a estos alfileres porque eran lo único que tenía una mujer a mano y con lo que podían hacerte un estropicio bastante severo si te pasabas de listo. Había hasta avisos en los periódicos para concienciar sobre sus peligros, así como artículos y anuncios al respecto. Sí, artículos de prensa sobre los peligros del alfiler de sombrero, que os creéis que lo hemos inventado todo y no hemos inventado ni el *clickbait*. Aquí el que no es extra es porque no quiere.

Pero dejando de lado los accesorios indumentarios potencialmente letales, está claro que ser pareja de Marie no era para alguien de corazón débil. Harriet se tomaba bastante mal esta clase de actividades, porque no puede una pasarse la vida en casa mientras su mujer amenaza a las autoridades con alfileres falsamente envenenados, no para de salir en los periódicos y sufre amagos de arresto. Así que Harriet dejó a Marie, se casó con un señor, lo dejó a los onces días y volvió con Marie otra vez.

Se le pueden dar puntos por intentarlo, pero poco más.



Como podréis imaginar, no era especialmente fácil adoptar un bebé a principios del siglo XX siendo una pareja de lesbianas, pero lo más difícil de conseguir era la firma de un médico, y Marie se encargó de acelerar el proceso. La niña, Mary Equi, se convertiría en una aviadora de renombre.

Marie se dio cuenta de que la pobre Harriet la quería, pero necesitaba una vida más hogareña y tranquila, así que hablaron y en 1915 decidieron adoptar una niña y hacer más vida doméstica. Y así llegó a la familia Mary Equi (también conocida como Mary junior), hija adoptiva de Harriet Speckart («ma») y Marie Equi («da»).

Todo fue bastante bien hasta que llegó la Primera Guerra Mundial. Por si lo del latigazo no os ha dado pistas, Marie siempre había tenido problemas para controlar su temperamento y a menudo sus muchas luchas y reivindicaciones le hacían perder el control. Y como a estas alturas ya conocemos a Marie, sabemos que no iba a quedarse en su casa leyendo el periódico mientras se

avicinaba una guerra. Intentó por todos los medios promover el sentimiento antibélico: se subió a cajas de madera en la calle para dar discursos, escaló postes de la luz para colgar estandartes pacifistas (con casi cincuenta años y en faldas, para haberse matado), contactó con otros activistas... Pero no había mucha gente que quisiera colaborar; el gobierno se había asegurado de que este activismo se considerase poco patriótico y, por lo tanto, motivo de investigación y de arresto bajo sospecha de espionaje. Marie continuó con su lucha, animando a la gente a protestar por la intervención de Estados Unidos en la guerra y poniendo en peligro su vida personal para seguir peleando por sus valores. Y, claro, como no puedes pinchar a un gobierno entero con un alfiler de sombrero, acabó arrestada y fue llevada a juicio a los cuarenta y ocho años.

El jurado estaba formado por doce señores de clase media-alta, la mayoría de ellos de comunidades pequeñas y favorables a la intervención. No hay premio por adivinar qué pensaron de una lesbiana anarquista que practicaba abortos y escalaba postes de la luz para colgar estandartes antibélicos. Aunque fue condenada a tres años, solo cumplió un tercio de la condena. Y aunque Harriet le escribía casi a diario para hablarle de su hija Mary, cuando la pusieron en libertad no volvieron a vivir juntas.

Harriet necesitaba paz, así que se mudó a su propia casa con Mary junior; Marie necesitaba seguir luchando, así que continuó trabajando por todo lo que le importaba, incluyendo ahora también el estado de las cárceles y el trato digno a los presos. Unos años después, en 1927, Harriet murió, a los cuarenta y cuatro años, y Mary volvió a vivir con su «da» Marie. Aunque ya no estaban juntas, la muerte de Harriet fue un golpe muy duro para Marie, que nunca volvería a ser la misma. Durante las décadas que siguieron, se dedicó a cuidar de su hija hasta que esta se independizó. Marie mantuvo una relación de casi diez años con la activista Elizabeth Gurley Flynn, aunque siempre consideraría a Harriet el amor de su vida.

Marie vivió hasta los ochenta años y falleció en 1952. Envejeció olvidada por el mundo que había ayudado a cambiar; era la última superviviente de los círculos activistas que había cuidado y liderado. Eso sí, dicen que cuando ya le costaba moverse y salir de casa, disfrutaba muchísimo contándole a todo el mundo sus batallitas de juventud.

Con todo lo que Marie Equi hizo en tantos frentes, me sorprende que no sepamos más de ella, que su nombre no haya perdurado en el tiempo con la misma fuerza que los de otros que hicieron aportaciones similares. Espero que después de este capítulo os acordéis siempre de la mujer que no sabía controlar su temperamento, pero que lo sacrificó todo para mejorar el mundo en el que vivía y que nunca dejó de luchar por quienes lo necesitaban.

SIGLO XX



Elisa Sánchez Loriga y Marcela Gracia Ibeas

La historia de Elisa y Marcela es una joya del pasado lésbico de nuestro país, pero hasta hace apenas un par de décadas estaba absolutamente enterrada en archivos y nadie fuera de Galicia se acordaba ya de ella. No fue hasta los años noventa que un ilustre caballero, Narciso de Gabriel, dio con una pequeña parte de la información y se pasó años siguiéndoles la pista a través de documentos, testimonios y ciudades. Gracias a su intensísima labor de investigación y a su afán por publicar esta increíble historia, hoy os puedo contar una historia real que nada tiene que envidiarle en personajes inolvidables y giros de trama a ninguna de ficción. Abróchense los cinturones.

8 de junio de 1901, iglesia de San Jorge (A Coruña), siete y media de la mañana. La iglesia está casi vacía, pero está a punto de pasar algo histórico: el primer matrimonio homosexual en España.

Pero, como siempre, vamos a rebobinar un poco.

María Elisa Carmen Sánchez Loriga (nacida en A Coruña en 1862) y Marcela Gracias Ibeas (nacida en Burgos en 1867) se conocieron cuando estudiaban para ser maestras, sin imaginarse que pasarían a la historia de España por una de las maniobras bolleriles más memorables que se recuerdan. En cuanto se conocieron, Elisa y Marcela empezaron una relación tan a fuego que incluso a la gente de la época, que generalmente veía las amistades intensas entre mujeres como algo normal y loable, le parecía que se pasaban de intensidad. No llevaban demasiado bien las separaciones. Ni siquiera las de un par de días. Ni las de un día. Ni las de una tarde.

Como os podéis imaginar, sus familiares (en especial los de Marcela) no estaban entusiasmados con el panorama. Intentaron separarlas y al no conseguirlo optaron por enviar a Marcela a estudiar fuera de la ciudad, lo cual tampoco funcionó. Marcela y Elisa, versátiles donde las haya, se ajustaron a la dinámica de llevar su relación a distancia hasta que pudieron volver a reunirse, con sus estudios ya finalizados. Después, intentaron buscar trabajos que estuvieran cerca el uno del otro, con relativo éxito. A veces estaban en escuelas cercanas, pero en ocasiones también tuvieron que vivir distanciadas. Por ejemplo, durante una época Marcela encontró trabajo en Dumbría y Elisa, en Calo (que, por si no tenéis un mapa de Galicia a mano, quedan solo regular de cerca, sobre todo a finales del siglo XIX).

Así que Elisa iba a pie (estamos hablando de más de diez kilómetros) hasta Dumbría varias

veces a la semana, a través de llano y bosque, para poder verse unas horas con Marcela. Para defenderse en caso de emergencia, Elisa llevaba siempre, según mis fuentes, un «puñalito» (que supongo que hace menos daño que un puñal) y el Despertador, que es el nombre que le puso a su revólver.

Os estoy contando esta etapa a grandes rasgos, pero lo cierto es que la relación sobrevivió a esta situación de escuelas alejadas, familiares que intentaban intervenir de mala manera y separaciones involuntarias unos diez años. Solo este dato ya es testimonio de lo resueltas que estaban a pasar la vida juntas, pero no es nada comparado con lo que tuvieron que hacer más adelante.



Si a veces Elisa y Marcela se vieron señaladas antes de casarse (aunque dos mujeres que compartían casa no era nada fuera de lo habitual en la época), se debió en parte al aspecto masculino de Elisa, que incluso era conocida en el pueblo como «O Civil». La historia nunca ha gestionado demasiado bien la masculinidad femenina.

Elisa se quedó sin trabajo y pudo marcharse de Calo, con lo que ambas pudieron por fin compartir casa en Dumbría. Habladurías había, pero no demasiadas, porque muchas maestras solteras de la época vivían juntas para compartir gastos. Las que había se debían más al aspecto masculino de Elisa que al hecho de que dos mujeres convivieran bajo el mismo techo.

Hasta aquí esta historia podría ser la de muchas señoras que se empotraban (o lo intentaban) a principios del siglo XX, pero ahora es cuando llega el año 1901, históricamente conocido en mi casa como El Año de las Maniobras™.

Comienza el plan para hacer la fechoría lésbica del siglo.

Hasta ese momento, la convivencia de Elisa y Marcela nunca había sido demasiado reseñable entre sus vecinos y nunca habían armado demasiado jaleo (bueno, menos las veces que Elisa se enzarzó con señores que querían cortejar a Marcela). Pero entonces empiezan a pasar cosas extrañas en la casa que comparten...

Los vecinos las escuchan pelearse a todas horas. Un día las ven gritándose en medio de la calle y Marcela confiesa a varios vecinos que Elisa la tiene amenazada por los celos que le causa verla hablar con hombres. Otro día, alarmados por los gritos, entran en la casa y se encuentran a Elisa empujando a Marcela dentro de un baúl agarrada por el cuello, con un hacha en la mano (el momento de entrar en una casa ajena y encontrarte este cuadro barroco es algo que me fascina y me preocupa a partes iguales). En otra ocasión, Marcela les cuenta que han discutido porque Elisa ha matado unos cachorritos. Y toda esta tensión desemboca finalmente en una enorme pelea rollo película de sobremesa de los domingos en la que Elisa dice que no aguanta más y que se va a La Habana. No al pueblo de al lado, ni a dos ciudades de distancia. A La Habana, para siempre, adiós.

Si estáis pensando que toda esta movida de hachas, baúles y cachorritos asesinados es demasiado absurda y muy de malo de película Disney para ser real..., pues lleváis toda la razón. No hay manera de confirmarlo, pero por sentido común y fechas creo que es seguro decir que todo este lío ya era parte del Plan.

Marcela cuenta a los vecinos que este drama ha venido provocado porque ella quiere casarse

con Mario, un primo de Elisa que está en el extranjero porque Mario es maravilloso, perfecto y sin igual, mire señora, mire qué carta más bonita me ha escrito, etc. Y que, claro, Elisa siempre ha sido muy celosa y muy temperamental y cuando no estaba blandiendo hachas o matando cachorritos, pues estaba amenazándola para que no se echara novio ni se casara, así que cuando le dijo que quería casarse con su primo, se lo tomó fatal. Menos mal que se ha ido a La Habana para no volver, señora, y no la vamos a ver más.

En resumen, que este primo altamente ficticio iba a mudarse a España para casarse con Marcela y ella se pasaba el día recordandoselo a la gente. Y además le decía a todo el mundo lo mucho que Mario se parecía a Elisa: «Es de su misma estatura, tiene la misma voz e iguales maneras, ¡hasta su mismo genio! Si no se tratase de un hombre y una mujer, parecería que son la misma persona».

El tema del disimulo, solo regular.



El nombre del párroco era Víctor Cortiella. Al parecer, a este hombre le preocupaba en demasía que el protestantismo estuviera echando raíces en A Coruña, así que ayudar a alguien como Mario (que decía haber vivido en Inglaterra) a bautizarse lo antes posible suponía un pequeño triunfo para él.

Mientras Marcela cuenta estas cosas en el pueblo, Elisa está lejos aprendiendo a fumar, buscando ropa de hombre, cortándose el pelo y adquiriendo sus mejores gestos de señor y pronto regresa a territorio coruñés convertida en el esperadísimo primo Mario. Pero para poder hacer la fechoríalésbica del siglo y casarse necesitan algo más que un traje de chaqueta y contarles un cuento a los vecinos: para casarse hacen falta papeles que obviamente Mario no tiene, así que el siguiente paso es hacerse con una partida de bautismo para Mario.

En la misma A Coruña (en la misma iglesia, de hecho, donde después se casarían), oficia misa un párroco que no sabe que está a punto de liarla pardísima. Elisa, con su mejor cara de Mario, va a hacerle una visita y le cuenta la triste historia de su vida: que él es familiar de Elisa Sánchez Loriga, una mujer que se bautizó en esa misma iglesia; que antes de bautizarse él, su madre se casó con un inglés y se lo llevaron a Inglaterra; que ha vivido toda su vida entre los pérfidos protestantes, pero ahora que ha vuelto a España quiere bautizarse y casarse como Dios manda. Como podéis imaginar, el cura casi dio un triple salto mortal allí mismo. Faltaría más, a este caballero lo bautizamos lo antes posible.



La famosísima fotografía de recién casadas, que ha llegado hasta nuestros días y que en su época se publicó en gran parte de la prensa nacional y en algunos periódicos internacionales, fue tomada por José Sellier Loup (1850-1922). Sellier no solo fue un notorio fotógrafo de A Coruña, sino que además fue uno de los pioneros del cine en España.

Más o menos a la vez, Elisa y Marcela adquieren como pueden a un padrino y a una madrina: una conocida de la madre de Marcela y un tío de Elisa que hace muchísimos años que no la ve.

Conocidos, pero lo justo, para que no reconozcan a Elisa. Y ya está: ya tenemos papeles, iglesia y testigos; para qué queremos más.

Y así, el 8 de junio de 1901, en la iglesia de San Jorge en A Coruña, una iglesia bastante vacía a las siete y media de la mañana, se casan Marcela y Elisa. Oficia el mismo cura que bautizó a Mario, que ya lo tenían a mano. Y, por supuesto, como estaba de moda, se hicieron una fotografía de recién casadas para celebrar la ocasión.

Desgraciadamente, la historia se complica cuando las recién casadas vuelven a Dumbría (donde todavía vive y trabaja Marcela), porque evidentemente muchos vecinos reconocen a Elisa casi de inmediato. La cosa se lía tanto que acaban con una multitud delante de la casa dando gritos y pidiendo que salga Mario para reconocerlo o algo peor. En un descuido de la muchedumbre, Elisa escapa.

Marcela se queda y sigue trabajando mientras se escribe cartas con Elisa, esperando que la cosa se calme y planeando qué hacer a continuación. Curiosamente, nadie tenía demasiados problemas con ella, a pesar de que acabara de casarse con una señora. Aunque la situación en Dumbría era tensa y los rumores no cesaban, con Elisa lejos de casa no parecía que Marcela corriese ningún peligro inminente. El elemento de ofensa era, obviamente, la mujer que se había hecho pasar por hombre y que había transgredido su papel en la sociedad. Aunque, sinceramente, Marcela (descrita siempre como bajita, muy educada y femenina) me da mucho más miedo que Elisa (descrita siempre como alta, varonil y con una mecha cortísima a la hora de cabrearse). Cuando los periodistas empezaron a atosigarla para que declarara, haciendo preguntas muy impertinentes sobre el género de Elisa, Marcela hizo por lo visto un montón de «referencias impublicables».

A todo esto, le llega una carta al párroco que las casó, que yo me imagino que decía más o menos: «Manolo, ¿qué has hecho? Has casado a dos señoras».

(Bueno, se llamaba Víctor, pero me he tomado una licencia lírica).

Este señor, escandalizado, se va a buscar a Mario y tras un extensísimo pulso de pulgares dialéctico, Elisa reconoce que no es Mario, pero que es hermafrodita y que en el extranjero le dijeron que podía pasar a ser hombre si quería. No cuela en absoluto, aunque hay que darle puntos por intentarlo, porque en 1901 la gente estaba muy fascinada (y confusa) con el tema del hermafroditismo.

Entre tanto, la historia ha corrido como la pólvora y no deja de salir en todos los periódicos. Primero fue *La Voz de Galicia* («¡Matrimonio sin hombre!»), pero a este le siguieron casi todos los demás: «¡España, país de locos!», «Historia que parece cuento» y un larguísimo etcétera de titulares.

Elisa y Marcela, todavía comunicándose por carta, se dan cuenta de que lo único que pueden hacer es quitarse de en medio, así que quedan en encontrarse en Oporto, Portugal. Antes de irse, un buen señor ayudó a Marcela a arreglar unos papeles; al llegar al apartado de estado civil, al pobre hombre le entró una duda existencial severa que igual a mí también me hubiera entrado. Le preguntó a Marcela qué debía poner y ella dijo: «¡Casada! Ponga usted casada, porque lo estoy, ante Dios y ante los hombres».

Ojalá tener el coraje de Marcela.

Elisa (que ahora se hace llamar Pepe) y Marcela llegan por separado a Oporto. Para ganarse la vida, Marcela trabaja arreglando manteles y ayudando en la cocina a una pareja que tiene un

restaurante. Los dos matrimonios se hacen muy amigos. Allí intentan rehacer su vida, con Elisa/Pepe trabajando en una sastrería y Marcela currando en el restaurante, que en general daba poco dinero pero lo bastante como para sobrevivir.

Mientras, en España estaban en búsqueda y captura porque lo que habían hecho era bastante ilegal. Y tras dos meses de búsqueda, el 16 de agosto dan con ellas y las detienen en Oporto. Como no les ha salido bien lo de hacerse pasar por una pareja heterosexual ni ha colado lo del hermafroditismo, ahora cambian la excusa a Había Un Señor Que Quería Casarse Con Marcela Y Nos Casamos Para Librarla De Él. Y tú creyendo que tus amigas molan por intervenir cuando se te pega un pesado en la discoteca.

Desgraciadamente, la detención significa que la prensa vuelve a cebarse con su historia, por supuesto: que si cancioncillas graciosas, que si viñetas, que si coñas sobre qué clase de bebé saldría de ese supuesto matrimonio... En fin, os podéis imaginar el percal. Eso sí, la prensa también comentó que el traje de señor le quedaba a Elisa de maravilla, palabras textuales. Reconozco que no es un dato histórico especialmente relevante, pero me encanta que lo admitieran.

Mientras están detenidas, se monta un pollo bastante severo porque no saben si deportarlas a España o juzgarlas en Portugal. Gira la rueda de la burocracia, siempre reumática. Por si acaso, las preparan y les dicen que, si las deportan, las tendrán que separar hasta el juicio, a lo que Marcela responde: «¿Separarnos? ¡Antes el ataúd!», porque Marcela era una vikinga escondida en el cuerpo de una gallega bajita.

Muchos periodistas las iban a entrevistar y ellas no tenían mucho más que hacer en la sala donde estaban retenidas, así que hablaban con ellos. Lo que se publicaba sobre el estado en el que estaban daba bastante pena. Entre las observaciones, destacaban que Elisa apenas tenía ropa de mujer que ponerse ahora que había dejado de hacer de señor, que las dos estaban siempre cogidas de la mano en la celda, que tenían pinta de no haber dormido mucho, que estaban sin un duro y desamparadas ante la ley. Elisa y Marcela decidieron jugar la carta de las Amigas Intensas con los periodistas, diciendo que habían actuado de forma irresponsable pero solo para cuidarse mutuamente, que había sido un error, que se tenían un cariño de hermanas...

Y si algo hemos aprendido en lo que llevamos de libro sobre lesbianas históricas, es que la carta de Amigas Intensas anula el poder de todas las demás cartas.

La gente, leyendo todo aquello, se lleva las manos a la cabeza. ¿Cómo que tienen encerradas a dos buenas señoras que se quieren tanto y tan intensamente y que solo estaban intentando protegerse mutuamente? ¿Cómo que no se sabe qué van a hacer con ellas y que las tienen sin apenas ropa, sin dinero y lejos de su país? Absolutamente impensable.

¿Os acordáis del matrimonio que tenía un restaurante en Oporto y que se hicieron muy amigos de Elisa y Marcela? Pues el buen señor abrió una cuenta de donaciones (que se llenó mucho y muy rápido) para ayudarlas. Además, llegó dinero para ellas a estancos y periódicos y ropa de mujer para Elisa a la cárcel. Todo un despliegue de ayuda humanitaria. Hubo algunas donaciones estratosféricas, por cierto, que generalmente venían de señoras que preferían no identificarse (ya sabéis, Señoras Que Preferían No Identificarse Hace Mucho).

Mientras tanto, siguen intentando decidir si enviarlas a España o procesarlas en Portugal, pero como ahora son famosas y todo el mundo las aprecia, ninguno de los dos países quiere reconocer que ha tenido parte en la detención. Al final las tienen que soltar porque no pueden retenerlas más

sin procesarlas ni deportarlas. Elisa y Marcela se escabullen como pueden al salir, porque hay una multitud de gente fuera esperando verlas y no les apetece mucho darse un baño de masas. Eso sí, mandan una carta a la prensa agradeciendo el apoyo recibido. Inmediatamente después se encierran en casa y permanecen así unos meses, esperando una vez más que se calmara la cosa y acabara el jaleo.

Pero el jaleo nunca acaba, porque el día de Reyes de 1902, Marcela da a luz a una niña.

Comprendo que tengáis preguntas.

Vamos a procesar esto como personas responsables: según fechas, Marcela debió de quedarse embarazada en abril o mayo, que es exactamente cuando Elisa «se fue a la Habana» y en su lugar volvió Mario. Una hipótesis es que Marcela se quedó embarazada, no sabemos en qué circunstancias ni de quién, y para ahorrarle la vergüenza de ser madre soltera en 1901, decidieron montar toda esta movida. Otra es que Marcela se buscó un donante incauto para quedarse embarazada y así legitimar el matrimonio con Elisa más adelante, diciendo que el bebé era de Mario. Esta me da bastante terror por lo que implica, pero en cuestiones de fechas pues... eso. Que encaja perfectamente.

Evidentemente, esto provoca otro lío con la prensa. Más periodistas que hacen preguntas (ahora a Elisa, que tenía mucha menos paciencia pero que era la que entraba y salía de casa mientras Marcela descansaba del parto), más cancioncillas, más chistes, más titulares, más gente que discute sobre el «matrimonio sin hombre»... Y mientras giran las rotativas, España sigue intentando extraditarlas, así que Elisa y Marcela deciden (otra vez) que es hora de quitarse de en medio a la velocidad de la luz y buscar un sitio donde vivir tranquilas, que a la tercera va la vencida. Si hay algo que Elisa y Marcela tenían de sobra era energía y fuerzas para levantarse después de cada golpe.

El nuevo destino elegido fue Buenos Aires, bien lejos de la prensa y de la justicia españolas. Marcela no puede irse de Portugal inmediatamente porque la niña es muy pequeña y no puede pasar tanto tiempo en un barco. Deciden que Elisa (que viajará bajo el nombre de María) irá primero y tanteará el terreno y unos meses después irá Marcela (que viajará bajo el nombre de Carmen) con el bebé.

De lo que pasó en Buenos Aires conocemos muy poco, pero sabemos que a finales de 1903 Elisa aparece por el juzgado para casarse con un señor. El señor en cuestión tenía más de sesenta años y vivía en la misma calle que Elisa. Los avispados ya se habrán dado cuenta de que estamos ante otra gran maniobra. Que no quiero decir que Elisa enganchó al primer señor mayor que le pilló cerca, pero el caso es que Elisa enganchó al primer señor mayor que le pilló cerca.

El matrimonio se va a vivir a una granja, donde al parecer este señor lo pasa muy mal porque su mujer es muy arisca, está siempre de mal humor y no ha sido en ningún momento «su esposa de acuerdo con el vínculo que los liga», que quiere decir que no hubo noche de bodas ni se esperaba que la hubiera en un futuro cercano. Y por si esto fuera poco, su mujer le comunica que su hermana Carmen y su hija van a ir a vivir a la granja. Al principio, el señor estuvo de acuerdo, pero, después de verlas juntas una temporada, empezó a pensar que las hermanas se achuchan, pero igual no tanto. Con la mosca detrás de la oreja, este hombre se puso a investigar y no tardó mucho en dar con ciertas fotos y titulares de la prensa española y portuguesa. Y denunció a Elisa.

Vamos, lo normal cuando te enteras de que te has casado con una lesbiana y que esta se ha traído a casa a su novia y a su hija.

El señor aseguró que Elisa se había casado con él con propósitos criminales (verdad) y la denunció por bigamia (verdad), defraudación (verdad) y tentativa de homicidio (mentiría si dijera que lo descarto). El juez, que era un juez de 1903, dijo que como Elisa antes se había casado con una mujer, pues en realidad no contaba. Milagrosamente, no le cayeron cargos a Elisa.

Y tras esto... pues nos quedamos sin datos.

No sabemos qué pasó después, ni adónde fueron, ni cómo se las apañaron a partir de entonces. Yo no me preocupo mucho, porque desde luego no andaban faltas de creatividad, pero espero que encontraran el rinconcito tranquilo en el que vivir que tanto tiempo estuvieron buscando.

Natalie Clifford Barney

La verdad por delante: es imposible que os dé una visión completa de la vida y logros de Natalie Clifford Barney en un único capítulo. De hecho, hojeando las biografías que se han escrito sobre ella, me parece imposible, por cuestiones de tiempo y de energía, que una persona esté metida en tantos fregados a la vez, pero allá vamos.

Hablamos de una mujer que vivió noventa y cinco años y que estuvo hasta el fin de sus días generando movidas. Que se puso a la cabeza de la vida artística y bohemia de Europa. Que impulsó la carrera de decenas de artistas. Que se compró una casa en Lesbos para intentar fundar una escuela para mujeres poetas lesbianas en honor a Safo. A este nivel estamos operando.

Pero vamos a empezar por el principio.

Bienvenidos al siglo XX. Si eres lesbiana o bisexual, es hora de que te mudes a París a la velocidad de la luz.

Ya hemos dado un buen paseo por el siglo XIX y hemos visto cómo han cambiado las cosas en las últimas décadas. De repente ser bollera no mola nada y nadie se cree que la señora a la que le estás comiendo la boca es tu amiga del alma y que en la intimidad os dedicáis a hacer coronas de flores; pero aún hay algunos rincones en Europa que son un bastión de diversidad y desafío y uno de ellos es Francia. Tampoco os vengáis muy arriba, que ser bollera en París no era un crimen, pero seguía viéndose como una subcultura decadente, una característica exótica siempre y cuando fuera una relación pasajera o de segunda categoría para mujeres que no habían conseguido casarse.

Hablo de hace cien años, por si os habéis despistado. Repito, ya sé que a muchas esto os resulta extrañamente familiar, pero no es de ahora, es de hace cien años. Sin prisas.

Aun así, París era la mejor alternativa, sobre todo a principios de siglo, cuando se puso de moda el escándalo en los círculos artísticos, por lo que el lesbianismo o la bisexualidad eran incluso bien recibidos en pequeños grupos bohemios de la noche parisina.

Buscando ambiente lésbico y un entorno menos tradicional se mudó Natalie Clifford Barney a París en su juventud, aunque ella nació en 1876 en Estados Unidos, en una familia adinerada pero no muy bien avenida. A los doce años (todavía en el siglo XIX), Natalie les dijo a sus padres que era lesbiana y que pensaba vivir su vida a su manera y sin que nadie le tocara las narices. Durísimas declaraciones en una voz que todavía debía de sonar bastante aguda y poco imponente; pero cumplió su promesa.

Natalie iba a heredar un pastizal y era culta y atractiva, así que en su adolescencia le salían

los señores pretendientes por todos lados. Por eso decidió declarar públicamente que era lesbiana, porque «el escándalo es la mejor manera de librarse de las molestias». Lo cierto es que Natalie dejó atrás la adolescencia en una época bastante mala para que te gustaran las señoras. Las cosas estaban cambiando, ser lesbiana iba de la mano del secretismo y del desprecio, surgieron nuevas teorías médicas que lo tachaban de trastorno, de inversión o de trauma psicológico. Pero Natalie era absolutamente impermeable a todo esto. Nunca vamos a saber por qué, pero el caso es que ella, aun conociendo sobradamente las teorías médicas y científicas de la época, desafió desde el primer momento su contexto cultural. Ella, reina amazona en medio de toda esta movida tan deprimente, creía firmemente que ser lesbiana era natural y magnífico y que la heterosexualidad tenía que dejar de creerse la última botella de agua del desierto y empezar a dejar sitio a los demás.



Se la conocía literalmente como «la Amazona» por su habilidad montando a caballo, por su serenidad y por su aspecto imponente, que le daban un aire a las guerreras de la Antigua Grecia que tanto admiraba. Su melena rubia leonina era tan famosa que se conservan escritos de muchas de sus amigas y amantes lamentando el momento en que decidió cortársela.

Los logros de Natalie en el campo de la visibilidad lésbica son notables desde su juventud: cuando aún dependía de su familia para subsistir, se convirtió en la primera poeta, desde Safo, en escribir abiertamente sobre el amor y el deseo hacia las mujeres. Como Natalie no hacía nada a medias, lo publicó bajo su nombre real. Su padre, que nunca aceptó el comportamiento de su hija, compró todos los ejemplares para que el nombre familiar no se viese «manchado» por los poemas lésbicos de Natalie. Ella continuó publicando, esta vez bajo pseudónimo, esperando pacientemente poder independizarse por completo.

Aunque todavía no ha comenzado el que sería su mayor proyecto, ya desde joven Natalie hace mella en el mundo nocturno y artístico de París, manteniendo relaciones sentimentales con otras mujeres de forma pública e intentando crear una cultura lésbica en oposición a la que los sexólogos proponían: Natalie no creía que una mujer lesbiana tuviese que avergonzarse, cultivaba un aspecto femenino (era famosa su larguísima y abundante melena rubia) para desafiar la noción de principios de siglo de que todas las mujeres lesbianas buscaban imitar a los hombres por naturaleza y no consentía que su orientación se considerase un trastorno. Además, se declaraba públicamente defensora de los derechos de las mujeres y dedicó toda su vida a apoyar la causa. Se dice que mucho antes de morir sugirió para su propio epitafio la frase «Fue amiga de los hombres y amante de las mujeres, que es, para gente llena de pasión y ambición, más ventajoso que lo contrario».

Sus cortejos eran famosos en París por atrevidos y exuberantes (aquí es cuando empezáis a descubrir lo tremenda que era Natalie Clifford Barney). A Liane de Pougy, una de las cortesanas más famosas de París y que hasta entonces solo se había interesado por los hombres, intentó ligársela apareciendo en su puerta disfrazada de paje y diciéndole que era una mensajera de amor que venía de parte de Safo. Y funcionó, que es lo peor de todo.

En otra ocasión, consiguió convencer a una de sus conocidas, una famosa soprano, para que

cantase bajo la ventana de la poeta Renée Vivien mientras ella le arrojaba flores y una nota al balcón.

Natalie dejaba una estela de empotramientos allá por donde pasaba. Le cundía muchísimo, porque la monogamia no le iba demasiado: ni entendía qué gracia tenía ni comprendía por qué algunas señoras le pedían insistentemente que lo fuera. Eso sí, no penséis que no quería ser monógama para desentenderse de sus muchas conquistas: Natalie llevaba el tema del poliamor con soltura y en muchas épocas de su vida mantuvo varias relaciones a la vez, atendiendo a todas ellas por igual. Algunas de estas relaciones, que cuidaba con mimo, duraron décadas y, cuando dejaba una relación, se esforzaba al máximo por conservar al menos una amistad sólida.

Así pasa los años, entre sus conquistas y su eterna batalla por que las mujeres que empotraban a otras mujeres tuvieran una vida más libre y sana, y un día sucede lo que tenía que suceder: el señor progenitor de Natalie fallece y ella hereda El Pastizal Prometido™. Y, amigos míos, lo va a usar bien.

Para empezar, en 1909 se muda a una vivienda en la calle Jacob, 20, porque el propietario de la casa donde vivía antes no la dejó montar una obra de teatro en la que ella hacía de Safo (todo normal). En esta casa nueva tiene un maravilloso jardín con un minitemplo al estilo griego en medio, que es algo que ofrece un montón de posibilidades, sobre todo a alguien que monta obras de teatro en las que interpreta a Safo. ¿Y qué hacemos con todo este espacio que tenemos de repente? Pues montamos un salón para organizar reuniones semanales con bolleras artistas e intelectuales.



Estos salones fueron muy comunes a principios de siglo, sobre todo en París. En el caso de artistas e intelectuales, servían para poner en contacto a posibles colaboradores, conseguirles público, hacer lecturas... Natalie ya tenía un salón en su antigua residencia, pero no fue hasta su mudanza a la calle Jacob que su salón se convirtió en el gran centro social que llegó a ser.

Bueno, no era solo para mujeres lesbianas, pero era «especialmente» para mujeres lesbianas. Los demás eran bienvenidos, pero si no venían, tampoco lloraba nadie. Natalie creó un espacio seguro, un lugar de encuentro, de diversión y de negocios para todas las mujeres artistas a las que les era difícil hacerse un hueco en un mundo que todavía era predominantemente masculino. Su encanto, su carisma y sus conexiones permitían a Natalie redactar listas de invitados inteligentemente, presentando a aquellos que podían beneficiarse trabajando juntos o emparejando a artistas jóvenes con mecenas dispuestos a apoyarlos. Muy pronto, el salón de Natalie Clifford Barney se convirtió en uno de los más famosos de París. Era a la vez lugar de encuentro para artistas de renombre y espacio social para lesbianas, así que, si querías ser invitado, tenía que crecer muy rápido la tolerancia.

Este famoso salón, que abría los viernes, tenía frescos de ninfas en el techo, una alfombra de piel en el suelo y flores por todas partes; en él se bebía una buena cantidad de alcohol, se fumaba y se comía; se discutía sobre literatura y pintura, sobre la sociedad y los nuevos talentos; se hacían representaciones teatrales, se leían libros prohibidos (el salón estaba lleno, por ejemplo, el día que Radclyffe Hall leyó fragmentos de su obra abiertamente lésbica *El pozo de la soledad*) y se

organizaban recitales de poesía y canto con algunas de las voces más aclamadas de París; un día incluso Mata Hari, que entró desnuda montando un caballo blanco haciendo de *Lady Godiva*, realizó uno de sus famosos bailes exóticos. Gran parte de los artistas del momento que recordamos hoy pasaron por el salón de Natalie en algún momento: Gertrude Stein, Colette, Ezra Pound, Truman Capote, James Joyce, Virginia Woolf, Vita Sackville-West, William Carlos Williams, F. Scott Fitzgerald y un larguísimo etcétera.

Muchos señores llevaban el hecho de que el salón fuera principalmente para mujeres (y sobre todo para mujeres que disfrutaban achuchándose mutuamente) con distintos grados de señorez. El escritor Matthew Josephson, por ejemplo, se quejó de que cuando se marchaba de allí lo último que veía eran «jovencitas, embriagadas por la literatura y el champán, bailando unas en brazos de otras». Ojalá todas las fiestas fueran así. El escritor Truman Capote dijo que los salones que organizaba Natalie eran «una especie de mezcla entre una capilla y un burdel», que viniendo de Capote no estoy muy segura de que pretendiera ser un insulto. Pero todo esto a Natalie le daba mucho igual. Ella hace su salón todos los viernes y consigue ayudar a muchísimas escritoras, pintoras, escultoras y pensadoras a ganar notoriedad y a publicitar sus obras. Y los empotramientos continúan, por cierto. Yo apenas puedo trabajar y hacer la tesis a la vez, pero Natalie podía organizar una capilla-burdel *premium* todas las semanas y además mantener trocientas relaciones, porque hay gente que le saca treinta horas al día.



Se trata de la aristócrata francesa Élisabeth de Gramont (1875-1954), que era duquesa, socialista y le gustaban las mujeres. Puntualizo para no confundirla con otra aristócrata española, Luisa Álvarez de Toledo y Maura (1936-2008), conocida también como la Duquesa Roja, también duquesa, también socialista y a la que también le gustaban las mujeres.

Natalie tuvo, como ya os he comentado, muchas relaciones de larga duración, algunas simultáneas. Una de ellas, aunque esta no fue de las más largas, fue con su vecina, la escritora Colette. Su idilio fue fugaz pero intenso y derivó en una amistad que duraría toda la vida. También inspiró la mejor nota de todos los tiempos en la que Colette le escribió: «Natalie, mi marido te besa la mano y yo, el resto». Difícilmente superable. También estaba ya por esta época con Romaine Brooks, una pintora con la que mantendría una relación durante más de cincuenta años y que fue su relación más longeva. Al mismo tiempo se veía además con otra buena señora con la que estuvo algunas décadas a la que llamaban la Duquesa Roja (porque era duquesa y socialista). Examen sorpresa: ¿sabíais que Oscar Wilde tenía una sobrina que empotraba señoras? Pues la tenía. De hecho, había bromas en la época que decían que era la única Wilde a la que le gustaban las mujeres. Se llamaba Dolly Wilde y Natalie se lió muy fuerte con ella durante un montón de años.

A finales de los años veinte, Natalie ya es responsable de una buena parte del éxito de muchos artistas, así que hoy podemos encontrar una gran cantidad de personajes inspirados en ella en un montón de libros de la época, así como cuadros y fotografías. Además, apoyó económicamente a muchos artistas, participó en la creación y financiación de diversos premios literarios y en 1927 creó L'Académie des Femmes para honrar a mujeres escritoras y restregárselo por los morros a la

Académie Française (la que venía a ser la RAE de la lengua francesa), que no admitía mujeres.

El carácter de las reuniones del salón de Natalie Clifford Barney solo cambió durante la Primera Guerra Mundial, cuando se convirtió en un bastión del pacifismo, reuniendo a artistas de todas las nacionalidades bajo su techo; y durante la Segunda Guerra Mundial, cuando lo cerró durante unos años para huir del país porque tenía sangre judía. Exceptuando estos dos momentos, Natalie organizó reuniones durante más de sesenta años hasta que murió en 1972, cuando su salón pasó a la historia como el corazón del mundo artístico de París.



El personaje en cuestión es Valérie Seymour y el libro, *El pozo de la soledad*. Pero Radclyffe no fue la única en concederle este honor. Rastrear personajes en la literatura de la primera mitad del siglo XX inspirados en Natalie Clifford Barney es un poco como jugar a buscar a Wally en un libro en el que aparece diez veces por página.

Antes de acabar, os quiero recordar que, de entre todo lo que hizo Natalie, lo más olvidado, a la sombra de sus muchas conquistas y de su salón, lo más importante para mí es que Natalie quería ser libre y ayudar a que otras como ella lo fueran. Y lo hizo. Emocional, económica y socialmente, dedicó su vida y gran parte de su fortuna al feminismo, al pacifismo y a la lucha por una existencia digna de las señoras que empotraban a otras en una época en la que el mundo no era amable con las mujeres que se amaban. Creó un espacio para mujeres como ella, fomentó un sentimiento de comunidad, tejió una red de apoyo para que pudieran expresarse y vivir de su talento y su arte. En uno de sus libros, Radclyffe Hall le dedicó un personaje y la describió como un faro en medio de una tormenta, como alguien que, «plácida y segura, creaba una atmósfera de coraje», como una «criatura indestructible». Todos nos sentíamos normales y valientes, dice, cuando nos reuníamos en su casa.

Siempre le tendré un cariño especial a Natalie Clifford Barney, a la criatura indestructible que hizo todo lo que pudo para dar historia y comunidad a los suyos cuando no la tenían, y que murió a los noventa y cinco años y se convirtió en la gran olvidada de su generación entre los nombres de aquellos a los que lanzó a la fama y a los que tanto ayudó.

No nos olvidemos nunca de «la Amazona», que dio un paso adelante cuando el mundo, y nosotras, lo necesitábamos.

Sidonie-Gabrielle Colette

Una cosa os voy a decir: no es fácil que te echen del Moulin Rouge por obscenidad y menos en el París de principios del siglo XX. Pero la mujer de la que voy a hablaros en este capítulo lo consiguió. Su nombre seguro que os suena, porque esta no fue su única hazaña ni la más famosa ni la razón por la que su nombre sigue vivo. Aunque, en cuanto a hazañas, tengo que reconocer que es mi favorita.

Nace en 1873, en el pequeño pueblo francés Saint-Sauveur-en-Puisaye, Sidonie-Gabrielle Colette, que pasaría a la historia como la escritora más importante y querida de Francia.

Aunque... creo que a ella ese título no le habría gustado mucho. Creo. Voy a usar una descripción que he visto en algunas fuentes y que pienso que le gustaría más. Un momento, que voy a rebobinar.

Nace en 1873, en el pequeño pueblo francés Saint-Sauveur-en-Puisaye, Sidonie-Gabrielle Colette: escritora bisexual, artista del *music hall* y amante de los gatos.

Colette creció bajo los cuidados de una madre que, «en un lugar hostil, ruin y recluso, abrió las puertas de su casa a gatos callejeros, vagabundos y jóvenes sirvientas embarazadas», una mujer con la que no siempre era fácil llevarse bien, pero que animó a su hija desde muy temprana edad a desarrollar un carácter fuerte y a decir lo que pensaba.



El nombre del señor con el que se prometió Colette era Henry Gauthier-Villars, conocido en la época como Willy. Me resisto a poner su nombre en el capítulo, aunque aparezca con frecuencia, porque durante todo su matrimonio Colette siempre fue «la esposa de Willy», así que mi pequeña venganza será referirme a él como «el esposo de Colette».

Siendo muy joven, con apenas veinte años, Colette se prometió con un señor de París y se mudó con él a la capital. Este señor era quince años mayor que ella y es posible que escribiese algo en su vida, pero yo no pondría la mano en el fuego. Digo esto porque tenía por costumbre contratar a otros para escribir y luego él se apropiaba las obras para publicarlas con su nombre. Después, se gastaba los beneficios resultantes con poca cabeza y mucha prisa, así que nunca tenía dinero para nada (lo cual no era para él óbice, cortapisa ni valladar para seguir gastando dinero en caprichos y endeudarse hasta las cejas). En general, podemos decir que Colette se casó con lo

que científicamente se conoce como Una Buena Pieza.

Un día que iba este hombre apurado de francos, le dijo a su mujer que escribiera algo para él, que fue un movimiento de negocios impecable porque al ser su mujer ni siquiera tenía que pagarle por trabajar. Ella nunca había considerado la literatura como una vocación, pero hizo lo que le pedía y se puso manos a la obra. La novela resultante fue *Claudine en el colegio*, un texto semiautobiográfico de su juventud, sus días de colegio, con observaciones afiladísimas sobre profesores y compañeras, y sus primeros escauceos sexuales y románticos con otras chicas.

A día de hoy está considerada un clásico de la literatura francesa, pero a su marido no le impresionó demasiado cuando Colette le ofreció el texto terminado. De hecho, le impresionó tan poco que guardó el manuscrito en un cajón y se olvidó de su existencia. Dos años más tarde lo encontró haciendo limpieza, lo releyó y decidió probar suerte con su publicación.

No existen palabras para expresar o describir lo mucho que esta novela partió la pana tan pronto como se publicó. Todo el mundo quería una copia, nuevas ediciones salían sin parar, se hizo una obra de teatro, se fabricaron muñecas de Claudine, cigarrillos de Claudine, jabones de Claudine, perfumes, pañuelos, caramelos y un interminable etcétera. Hasta se puso de moda su corte de pelo.

El secreto de esta novela es que era escandalosa, por supuesto. Hablaba de sexo, de relaciones lésbicas y de jovencitas que disfrutaban ejerciendo poder sobre quienes se enamoraban de ellas, pero, a diferencia de los cientos de libros eróticos que podían encontrarse en la época, este estaba escrito desde el punto de vista de una mujer y para otras mujeres, con una forma de ver la vida honesta, exuberante, y una sensibilidad excepcional. *Claudine* no era solo una moda, era una forma de ver la vida y de decirles a las mujeres jóvenes de principios de siglo que la honestidad estaba por encima del decoro, que disfrutar de la sexualidad no era un tema predominantemente masculino. Era (es) una obra descarada y gamberra, pero escrita con una delicadeza que conquista y con unas reflexiones sobre la alegría y la riqueza de la vida que enamoran, el sello personal de Colette que impregnaría toda su obra.

Pero, por supuesto, por aquel entonces la novela no se publicó bajo el nombre de Colette, sino bajo el de su marido, del que todo el mundo decía que era un genio por haberla escrito, una mente brillante, un hombre con una sensibilidad única. Como ya os he dicho, Colette no se consideraba escritora y ya había tenido bastante con una novela, pero su marido quería que escribiera más libros de Claudine porque se estaba haciendo de oro (y, además, llevándose todo el mérito). Así que se aseguró de que Colette se pusiera a trabajar encerrándola regularmente en su habitación y no dejándola salir hasta que no tuviera páginas nuevas.

¿No os encanta el marido de Colette? Ojalá poder darle con un salmón de tres kilos en la cara.

Desgraciadamente, ella poco podía hacer, así que continuó escribiendo y las novelas de Claudine siguieron revolucionando la ciudad. Esta fama estratosférica, unida a que el marido era un Renombrado Libertino™, provocó que Colette empezara a moverse en ambientes muy bohemios y a conocer a otros Renombrados Libertinos™. Fue en esta época cuando empezó a tener romances con otras mujeres abiertamente. Se lo contaba todo a su marido porque consideraba que una infidelidad solo era tal si había engaños y mentiras de por medio; él estaba más que conforme y la animaba a liarse con señoras y a escribirlo luego en los libros de Claudine, porque así eran mucho más escandalosos y todo lo que fuera escándalo era dinero en el banco. Pero eso sí, solo podía ser con otras señoras. Con señores, no. Ya sabéis lo que suele pasar con

estas cosas y con el pensamiento un poquito retrógrado: aquellos que son canto rodado por parte de padre suelen pensar que acostarse con una mujer es cascarilla y no cuenta. Pues el marido de Colette era así, la dejaba hacer porque para él no contaba. Bueno, y porque así ganaban dinero. Asumid que todo lo que hacía este hombre era siempre por dinero.

Por esta y otras muchas movidas que no tendríamos espacio para relatar aunque hiciésemos un capítulo doble o triple, Colette cada vez aguantaba menos a su marido. Y lo poco que quedaba entre ellos se deterioró a la velocidad de la luz después de que a Colette le presentaran a la lesbiana mejor vestida de Francia: Mathilde de Morny, marquesa de Belbeuf, conocida como Missy en los círculos bohemios y artísticos.



Aparte de ser marquesa, Missy era sobrina de Napoleón y puede que nieta ilegítima del emperador Nicolás I de Rusia. Era Señora de Bien Triple Combo, que significa que nadie le iba a decir nada por vestirse como le diera la gana. Por lo menos a la cara.

Incluso en París, que era el centro bohemio y rebelde de Europa, Missy era una presencia transgresora, a pesar de no estar tan unida como otros a las prácticas más decadentes de la época. Su aspecto tenía buena parte de culpa: fumaba, llevaba el pelo corto, trajes de chaqueta y, a veces, atuendo militar, lo cual era altamente ilegal para una mujer en aquella época. A ella le daba un poco igual porque era de sangre muy noble, así que no procedía meterse mucho con ella. Pero eso no evitaba que su presencia causara impresión. Colette y Missy se sintieron atraídas casi de inmediato y se empotraron fuerte. Cuando digo fuerte me refiero a durante una década, que es bastante fuerte.

En la misma época, Colette frecuentó el ilustre círculo intelectual de señoras *queer* de Natalie Clifford Barney. Allí entabló amistades que le duraron toda una vida, tuvo algún que otro romance y encontró un coraje que no sabía que tenía. Colette llegó a estar tan cómoda en aquel salón que a veces incluso se ofrecía a bailar desnuda en las reuniones semanales, siempre que el público fuese exclusivamente femenino.



Por si os despistáis, se menciona en el capítulo de Natalie Clifford Barney que una señora le había mandado una vez una nota que decía: «Natalie, mi marido te besa la mano y yo, el resto». Fue Colette, la mujer, la leyenda. Encontradme una nota mejor en la historia de las notas. No podéis, porque no la hay.

Y antes de seguir voy a hacer un inciso breve para recordaros que sí, que por supuesto que se acostó con Natalie Clifford Barney. La duda ofende. Fueron amigas toda la vida (en ambos casos, vidas muy longevas) aunque su romance fue breve. Breve pero intenso.

Durante esta época, y para regocijo de las que seguimos de cerca las aventuras de este grupo de bolleras irredentas del París de principios de siglo, Colette observó y dejó escritas muchas anécdotas y datos sobre ellas en el libro *Lo puro y lo impuro*. La naturaleza bohemía y decadente del grupo combinada con la narrativa sensible y observadora de Colette es algo absolutamente

letal, especialmente en lo referente a las amigas que perdió en la vorágine de alcohol, excesos y drogas. No me avergüenza confesar que le di una vuelta a algunos fragmentos antes de escribir este capítulo y acabé aniquilando un paquete entero de pañuelos de papel. Avisados quedáis.

Como os podéis imaginar, el maltrecho matrimonio de Colette no sobrevivió a estos años de descubrimiento y liberación. Colette y su marido acabaron pidiendo el divorcio (el proceso se alargó años y fue una batalla campal, con el consecuente escándalo en sociedad) y ella se fue a vivir con Missy. Como parte de su separación definitiva, Colette exigió que se le reconociera la autoría de las novelas de Claudine, pero en vez de eso su marido vendió los derechos de los libros mientras aún estaban bajo su nombre, despejando así cualquier duda que pudiera quedar sobre su naturaleza roedora y de cloaca.

Sin los derechos de sus libros y con un matrimonio que agonizaba, Colette, que llevaba un tiempo coqueteando con el mundo del teatro, se lanzó a escribir y protagonizar pequeñas obras en el mundo del *music hall*. Estaba muy mal pagado, pero era su trabajo, su dinero y su decisión. Missy la apoyaba con sus proyectos y a veces incluso colaboraba en algunos. Una de estas representaciones en las que colaboraron fue *El sueño de Egipto*, que se estrenó en el Moulin Rouge. En ella, Colette hacía de una momia y Missy del señor arqueólogo que la descubre y le quita las vendas. Y se besan.

Aunque sea principios de siglo, seguramente estáis pensado que esta trama difícilmente es pornografía dura, sobre todo teniendo en cuenta que estamos en el Moulin Rouge. Y lleváis razón, pero hay que considerar los factores colaterales de esta representación: que había una mujer vestida de señor (ilegal) besando a otra en un escenario (escandaloso), que una de ellas estaba casada (severamente escandaloso) y que todo el mundo sabía que las dos eran amantes (R.I.P.). Y así fue que, cuando llegó el momento del beso, el público se puso más efusivo de la cuenta: hubo silbidos, hubo mobiliario agitado de mala manera, hubo gritos de «¡Cornudo!» hacia el marido de Colette (que estaba allí presente), vino la policía y se canceló la obra.

No es fácil que te echen del Moulin Rouge por obscenidad, pero comerle la cara a tu novia lesbiana (que encima va vestida de arqueólogo) sobre un escenario ayuda.

Colette y Missy tuvieron que vivir separadas durante un tiempo porque el escándalo fue demasiado grande. Cuando la cosa se calmó y Colette ya estaba oficialmente divorciada, se compraron una casa juntas. Vivieron unos años en magnífica armonía hasta que la relación perdió el magnetismo que las mantenía unidas. Para Colette, estos años fueron bastante duros, porque ser una mujer divorciada y marcada por el escándalo a principios de siglo no era lo más fácil del mundo. Pasó hambre y enfermedades, ganando poco dinero y a duras penas en el *music hall*. Pero incluso en esas condiciones, Colette seguía escandalizando al público, porque la libertad con la que entendía la vida estaba a años luz de su época y no tenía miedo de mostrárselo al mundo.

Aunque para ella la vida fue complicada durante largo tiempo, Colette supo perseverar hasta ordenar su vida. Volvió a casarse y tuvo una hija antes de divorciarse por segunda vez. Ya anciana, volvió a casarse con el que fue su tercer marido, el hombre con el que se quedaría el resto de su vida.

También volvió a escribir. Después de huir durante años de su talento debido a los malos recuerdos de su primer matrimonio, cuando lo retomó escribió absolutamente de todo: novelas, obras de teatro, columnas culinarias y de moda, artículos de actualidad en tiempos de guerra... A pesar de ascender a la cumbre de las letras francesas, jamás se consideró una escritora de talento

y sostuvo hasta el final que solo escribía porque se obligaba a hacerlo, que jamás había escrito nada original que no estuviera «manchado» por sus experiencias autobiográficas.

Colette murió pasados los ochenta, después de muchos años postrada casi por completo por el dolor de la artritis, pero escribiendo hasta sus últimos días y siendo considerada ya como una de las figuras más relevantes de la literatura de su país.

A diferencia de muchas de las señoras de las que hablo en este libro, estoy bastante segura de que a casi todos al menos os suena el nombre de Colette. Es un nombre casi inevitable, que todavía resuena en nuestros días con fuerza. Pero curiosamente, a pesar de su fama, de la abundancia de fuentes, de su casi omnipotente presencia en el mundo de las letras, de todo lo que dejó escrito de su puño y letra..., cuanto más leo a y sobre Colette, menos preparada me siento para hablar de ella. Cuando leo sus obras, tengo la sensación de conocer íntimamente a todas las personas a las que describe. Pero de la mano tras la pluma, nada.

Nunca se conoce de verdad a una figura histórica, nunca, pero se dejan ver intenciones, acciones, ideas. Si pasas el tiempo suficiente inmersa en la vida de alguien o en su obra, al final ves destellos, ves piezas del rompecabezas. Pero con Colette no ha sido así. Siento que sé casi todo lo que se puede saber de cómo Colette veía la vida, pero no sé nada de Colette. Y, claro, que fuese la mujer que fue tampoco ayuda con las fuentes. Muchas, antiguas, hablan de ella con evidente escarnio, condenando su estilo de vida liberal y bohemio; muchas más, modernas, hablan de ella con una admiración comprensible pero poco objetiva.

Al final, he decidido, quizás de forma demasiado atrevida, que nadie sabe nada de Colette aunque todos sepamos mucho de ella.



Radclyffe Hall (1880-1943) fue una escritora y señora que se empotraba con otras señoras hace mucho, que bien merecería su propio capítulo. Se la conoce principalmente por su obra *El pozo de la soledad* (1928), una de las primeras novelas abiertamente lésbicas de la historia. La novela fue llevada a juicio y prohibida en varios países, lo cual solo consiguió que se vendiera mejor y más rápido.

Podéis encontrar su biografía en cualquier sitio y en cualquier idioma. También decenas de fotos. Id a leer cómo se vistió con traje de chaqueta cuando era ilegal. Id a leer que mantuvo durante cuatro años una relación escandalosa con su hijastro. Id a leer que revolucionó el feminismo y luego id a leer que despreciaba a las feministas. Id a leer, como la describió Radclyffe Hall, sobre «Colette, que ama la comida y en exceso; que ama el sexo y en exceso; que piensa en el dinero como una campesina mientras lo derrocha. Pero Colette, que adora el viento y la lluvia, el mar y la tierra... una gran mujer y una maestra escribiendo».

Y por favor, id y leed algo suyo. Pensaréis que la conocéis, hasta que cerréis el libro. Aprenderéis sobre la alegría de vivir, la exuberancia, la emoción, pero ¿aprenderéis algo sobre Colette? Quizás, con suerte.

No sé nada de Colette, escritora bisexual, artista del *music hall* y amante de los gatos. Y como no sé nada, tengo la excusa perfecta para enviaros a saber más de ella, o a intentarlo.

Buena suerte.

Josephine Baker

El nombre de Josephine Baker ha llegado hasta nuestros días con muchísima fuerza. Es sinónimo de espectáculo, de innovación en el mundo de la música y el baile, de la vida nocturna de París de principios del siglo XX. Pero Josephine fue mucho más que una de las artistas más famosas del mundo. No hay mucha gente que pueda decir que ayudó a ganar una guerra con su ropa interior, por ejemplo. Y no todo el mundo puede presumir de revolucionar el mundo del baile y de la moda. Y definitivamente casi nadie puede decir que tiene un guepardo como mascota (no os preocupéis, el guepardo se llamaba Chiquita y estaba mejor educado que mucha gente que conozco).

Por cierto..., aparte del guepardo, Josephine también tenía perros, gatos, una cabra, un avestruz, una serpiente y un cerdo que vivía en la cocina de su club, al que le gustaba echarle perfume y que se puso tan enorme que tuvieron que echar abajo parte de la pared de la cocina para poder sacarlo. Y os preguntaréis, pero ¿se puede saber qué le pasaba a esta señora con los animales? Bueno, para empezar el primer mejor amigo de Josephine fue un perro de tres patas... Pero rebobinemos.

Freda Josephine McDonald nació en 1906, en San Luis, Misuri. Su familia era muy muy pobre y sus primeros años de vida fueron tan duros como podáis imaginar y un poco más. Comida sacada de basureros. Agujeros en el suelo de los que salían ratas y que intentaban tapar sin éxito con latas aplastadas. Enfermedades que no podían permitirse tratar en un médico. La situación de los McDonald era desesperada. Tampoco ayudaba que Josephine no se llevase especialmente bien con su familia. Cuando no había cumplido todavía los diez años ya había trabajado como niñera, ayudante de cocina y doncella. Uno de sus trabajos más largos como doncella fue en una casa donde le pegaban, abusaban de ella y la obligaban a dormir en el sótano, acompañada de un perro de tres patas con el que Josephine compartía su comida siempre que podía y al que consideraba su mejor amigo. Su trabajo allí terminó cuando la dueña de la casa le metió las manos en una olla de agua hirviendo para castigarla. Josephine se desmayó de dolor y se despertó en el hospital.

Después de esto, Josephine se casó a los trece años con un señor de veinticinco, el que sería su primer marido (aunque generalmente, por lo ilegal que es esto, sus biógrafos no suelen incluir este matrimonio en la larga lista que lo seguiría). Evidentemente, esto no supuso para ella una gran mejora con respecto a los años anteriores, con el añadido de que se peleaban continuamente; en una ocasión incluso le rompió una botella de cerveza a su marido en la cara.

Mientras tanto, Josephine, que adoraba bailar, cantar y colarse en los teatros, se dedicaba a bailar en la calle a cambio de algunas monedas y aceptó entusiasmada un trabajo en una *troupe*

como corista.

Llamó la atención del público y de los dueños de los teatros de inmediato. Su carisma, incluso en el fondo del escenario, era imposible de ignorar. Tenía una energía contagiosa y le encantaba hacer el payaso mientras bailaba, inventar pasos sobre la marcha y poner muecas cómicas. A veces, incluso interrumpía otros números sin avisar. Pero, aunque a muchos de sus compañeros de escenario no les hacía ninguna gracia (lo que es comprensible), era difícil echarle la bronca, porque el público se lo pasaba muy bien con ella. Por supuesto, pronto tuvo más ofertas. Al principio siempre de corista, pero poco a poco ascendió hasta que su nombre le era familiar a la mayoría de los aficionados al teatro de la zona.



Josephine introdujo el charleston en Europa y muchos de sus pasos se consideran a día de hoy una de las raíces del hip hop y el *break dance*. Pero una de sus mayores genialidades era, sin duda, reírse del público blanco jugando con sus expectativas sobre la cultura afroamericana.

Sus actuaciones eran bastante extravagantes: Josephine solía cantar y bailar casi desnuda, al estilo de los cabarés y los «espectáculos exóticos», que es como la gente llamaba a los números eróticos, porque engañarse a uno mismo es marca de todas las épocas. Pero además incluía muchos elementos de comedia (uno de sus pasos icónicos era ponerse bizca mientras bailaba el charleston) y una gran variedad de comentarios culturales, jugando con los estereotipos del público blanco como parte de sus números.

Pero ay, amigos, Josephine era afroamericana, que es una de esas cosas que hacen que tengas que jugar la vida en modo difícil. Su carrera quedó en punto muerto por culpa del patente racismo estadounidense y de lo mucho que se cebaban los medios con ella por su descaro y su desparpajo. Así que Josephine, que era otra señora que se venía arriba rapidísimo, hizo las maletas y se mudó a París en cuanto tuvo una oportunidad.

Al llegar a París, Josephine dijo «Quiero seducir a toda la capital» y sus palabras fueron proféticas. Decir que Josephine se hizo famosa en París sería quedarme bastante corta. Realmente no tengo la palabra adecuada; ni el diccionario está equipado para proporcionarme el término que preciso para expresar lo muchísimo que Josephine la lio en París. En apenas unos años, estaba actuando en los locales más famosos de la capital (y pronto serían los más famosos del mundo). Tenía apenas veinte años y se había convertido en lo más parecido a una superestrella de los medios de la época. Tenía tanto carisma, tanta energía y su personalidad brillaba con tanta fuerza que sus fans se multiplicaban sin parar y, con ellos, sus ofertas de trabajo. De hecho, muchos la consideran la primera superestrella mediática internacional de la historia.

Josephine no solo se convirtió en un ídolo de masas: algunos medios estimaban que era la mujer afroamericana más rica del mundo y fue la primera en protagonizar una película. Siempre dispuesta a darse al exceso, no se lo pensó antes de abrir su propio club exclusivo en París, Chez Josephine. Había muñecas de Josephine, protagonizó numerosos anuncios, las mujeres copiaban su peinado, fue fuente de inspiración para escritores y pintores e influyó en que la piel bronceada se pusiera de moda en París, que hasta entonces había considerado la piel muy pálida como símbolo de belleza. En una ocasión, incluso presenció un duelo en su honor, que ya entrado el

siglo XX no era algo que se viera todos los días. Al parecer, el duelo se llevó a cabo en un cementerio, para que nadie pudiese quejarse de la ambientación, y Josephine animó a los contendientes subida a una tumba. Hay que decir que también fue ella la que los detuvo antes de que hubiera una desgracia. La seguridad ante todo, niños.



La moda de la piel bronceada se le atribuye en parte al salto a la fama de Josephine Baker y en parte a un bronceado accidental que Coco Chanel adquirió durante unas vacaciones. Digamos que se alinearon los astros.

Esta es la época en la que empezó a adoptar animales a diestro y siniestro. Josephine adoraba a los animales y se sentía con ellos mucho más cómoda que con la mayoría de las personas. Si los dueños de los teatros introducían un animal en alguno de sus números, Josephine lo adoptaba de inmediato, como fue el caso de Kiki la serpiente y de Chiquita el guepardo. Y por supuesto los perros, los gatos, la cabra que compartía camerino con ella y el cerdo Albert que vivía en la cocina de su club. Además, Josephine tenía sus prioridades al día: Chiquita dormía con ella y la acompañaba a todas partes en coche. Su marido de la época se quejaba porque tenía que dormir con un guepardo en la cama, pero se quejaba bajito, porque, oye, si alguien se tenía que ir al sofá, no iba a ser Chiquita.

Digo su marido de la época porque tuvo cuatro. Bueno, siete. Bueno, cuatro oficiales, pero en realidad siete, porque con algunos se casó antes de divorciarse del anterior y al final contabilizarlos es una movida. Eso, por supuesto, sin contar a sus amantes, que los tenía a puñados. Bueno, los amantes y las «amantas» (que es una palabra que existe porque la acabo de escribir).

Aunque es una de las facetas de su vida que se suelen quedar en el cajón a la hora de contar su historia, Josephine era bisexual y se empotró con un número bastante respetable de señoras. Entre sus amantes, sin contar a varias compañeras de escenario, estaban Ada «Bricktop» Smith, una renombrada cantante y dueña de numerosos clubs de *jazz*; Clara Smith, cantante de *blues*; la escritora Colette, a la que conocéis porque tiene su propio rinconcito en este libro; e, incluso, se rumorea, la famosísima pintora mexicana Frida Kahlo. No son todas las que tuvo ni de lejos, pero os hacéis una idea de la magnitud del asunto.

Así que cantante, bailarina, una de las mujeres mejor pagadas de Europa, la primera mujer afroamericana en aparecer en una película, la primera estrella mediática internacional, dueña de un guepardo y otras criaturas exóticas que no deberían vivir en una casa, conocida bisexual... ¿Qué más se le puede pedir a esta criatura? ¿Que fuera espía?

Pues también era espía.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, Josephine decidió que no podía quedarse de brazos cruzados sin hacer nada por Francia, el país que la había acogido y le había dado la fama. Josephine tenía algunas características clave que la hacían La Mejor Espía del Mundo. Primero, como habréis deducido ya a estas alturas del capítulo, Josephine era muy inteligente y no le faltaban recursos a la hora de llevarse a la gente de calle. Segundo, era famosa a nivel internacional y eso le daba acceso a círculos altísimos de influencia en una gran variedad de países y capitales. Y tercero, el bando contrario no la podía comprar porque Josephine ya tenía

más dinero del que un ser humano puede gestionar sin acabar adoptando un guepardo.

Así que se pasó la guerra usando su fama y su carisma para conseguir información para la resistencia en fiestas, embajadas y reuniones sociales. Muchos de los diplomáticos con los que charlaba eran grandes admiradores suyos, lo que hacía más fácil recabar información valiosa. Después, Josephine regresaba a París con lo que había averiguado: escribía los datos en sus partituras para pasarlos por la frontera o se enganchaba documentos a la ropa interior. Que oye, es otra forma de joder a los nazis: pasar información de guerra oculta en la ropa interior.

Recordad que todas las formas de joder a los nazis están bien, con o sin ropa interior. Sentíos libres de innovar.

Al final, tanto hizo Josephine por la causa que durante la guerra la nombraron subteniente de las Fuerzas Aéreas femeninas, y cuando acabó el conflicto la condecoraron con la Cruz de Guerra y la Legión de Honor.



Josephine tenía licencia para pilotar (de hecho, fue una de las primeras pilotos afroamericanas) y se prestó voluntaria como piloto y como enfermera nada más empezar la guerra. Además, por su enorme popularidad, tenía gran valor como elemento propagandístico y para subir la moral de tropas y civiles.

A estas alturas, Josephine Baker ya necesita parar un poco, porque no se puede ser cantante, bailarina, una de las mujeres mejor pagadas de Europa, la primera mujer afroamericana en aparecer en una película, la primera estrella mediática internacional, dueña de un guepardo y otras criaturas exóticas que no deberían vivir en una casa, conocida bisexual, espía y condecorada de guerra. ¿Qué le falta ya a esta mujer? ¿Ser activista política?

Tengo noticias para vosotros.

Pues sí, después de todo lo que ya había hecho y conseguido, Josephine se retiró de los escenarios y regresó unos años a Estados Unidos, donde se dedicó a impulsar con su influencia y su dinero (que el dinero suena menos romántico, pero al final todo es caro) la lucha por los derechos civiles de las personas de raza negra, que en la década de los sesenta estaba al rojo vivo en Estados Unidos. Josephine fue la única mujer que habló al público en la Marcha sobre Washington de 1963, que algunos identificaréis fácilmente si os digo que es la manifestación en la que Martin Luther King pronunció su famoso discurso «Tengo un sueño».

Tras el asesinato de Luther King, se le ofreció a Josephine el liderazgo simbólico del movimiento, pero lo rechazó para retirarse definitivamente y criar a sus doce hijos adoptivos. Sí, habéis leído bien. Josephine no podía tener hijos biológicos, pero acabó adoptando a doce niños y niñas de diversas razas a los que ella llamaba cariñosamente su Tribu Arcoíris. Uno de ellos, Jean-Claude Baker, se convertiría años más tarde en su biógrafo más importante.

En 1975, con sesenta y ocho añazos, Josephine se subió al escenario para celebrar sus cincuenta años en el mundo del espectáculo. El local se llenó hasta los topes, las entradas volaron y las primeras filas estaban llenas de gente del mundillo que deseaban rendirle homenaje. Cuatro días más tarde, cuando todavía disfrutaba de las reseñas de su última actuación y de los regalos de sus admiradores, sufrió una hemorragia en la cama y entró en coma. Dos días después murió en el hospital. Su funeral se celebró con honores militares.

Y esta es la historia de Josephine Baker. Pionera, revolucionaria, una mujer que cambió el mundo a través de la inteligencia, la subversión y el escándalo y que dejó una huella profunda en la historia y, espero, en vuestra memoria.

Frieda Belinfante

Cuando andas a la caza de historias de mujeres que se empotraron hace mucho, es una bendición encontrar un testimonio directo. Un diario. Una carta. Unas memorias. No son frecuentes, así que cuando te cruzas con uno, lo atesoras porque tiene un valor incalculable. Imaginaos entonces mi emoción cuando supe, mientras leía sobre la historia de Frieda Belinfante, que existía un vídeo de una entrevista de más de siete horas grabada un año antes de su muerte. Al día siguiente, libreta en mano, me dispuse a disfrutar de la historia de Frieda en sus propias palabras. Una experiencia absolutamente mágica.



No hay muchas fuentes para conocer la vida de Frieda en detalle, pero esta es de valor incalculable. El Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto le hizo esta entrevista a Frieda un año antes de su muerte. Las cintas están digitalizadas y pueden consultarse gratis en la página web del museo.

Esta historia comienza a principios del siglo XX, cuando un señor pianista decide formar una banda de música con sus cuatro hijos y le da a cada uno un instrumento aleatorio para ver si tienen talento. Tengo preguntas sobre este método, pero no seré yo quien juzgue el acercamiento pedagógico de un padre hacia sus hijos. Desgraciadamente para nuestro señor pianista, solo una de sus hijas, Frieda (a la que le había endilgado un violonchelo), había heredado su talento musical.

Eso sí, había heredado un talento que compensaba por los cuatro.

Frieda Belinfante nació en Amsterdam, en 1904. Generalmente, Frieda hacía lo que le daba la gana, porque cuando le pedía permiso a su madre para hacer algo, esta siempre le decía que le preguntara a su padre y cuando le preguntaba a su padre, este le respondía que hiciera lo que le diera la gana. Como veis, es un circuito sin fisuras.

Tampoco os voy a mentir; se intuye, por la forma en la que Frieda lo cuenta, que, en realidad, su padre le daba permiso porque sabía que su hija iba a hacer lo que le diera la gana de todos modos.

Según la hermana de Frieda, todo el mundo andaba detrás de ella cuando era adolescente, tanto los zagales como las zagalas (aunque a ella solo le interesaban las zagalas). No necesariamente porque fuera guapa, sino porque estaba muy segura de sí misma y llena de vida.

Además, Frieda venía equipada con una función poco común y altamente atractiva: como te descuidaras, te arreglaba la vida. No, no es broma.

La primera vez que Frieda se pasó tres pueblos ayudando a alguien tenía dieciséis años. Una amiga rusa había cumplido los veintiuno y quería volver a su país para casarse con su prometido, pero las autoridades no le daban los papeles. Frieda decidió que eso no estaba bien y que había que arreglarlo (el concepto «autoridades» era bastante relativo para ella). Falsificó un pasaporte para su amiga que debió de salirle bastante bien, porque coló. Además, ahorró dinero, le compró un billete de tren y un día, de madrugada, la acompañó hasta la estación. A pesar de todo esto, la chica contactó con Frieda a mitad de camino porque se encontró desorientada y sin saber qué hacer después, así que Frieda le dijo más o menos a su padre que se iba a ir de viaje un segundo, que tenía que mandar a una amiga a Rusia. Como ya os he comentado, el cielo era el límite cuando se trataba de pedirle permiso a su padre, así que este buen hombre dio su beneplácito. Y Frieda fue a buscar a su amiga. Y la envió a Rusia.

Yo no sé muy bien qué decir de todo esto. Yo a los dieciséis años estaba, no sé, aprendiendo a freír un huevo, probablemente.

A esta edad, Frieda ya había decidido que sentía «gran admiración por las mujeres» y conoció a su primer amor, Henriëtte Bosmans, una compositora y pianista de renombre. La relación no era especialmente sana. Frieda la describe como uno de los grandes amores de su vida, pero reconoce que Henriëtte daba muy poco y exigía mucho (también admite que a ella le parecía bien, porque ella siempre tuvo mucha devoción por dar). A pesar de que Frieda tenía dieciséis años y Henriëtte veintiséis, Frieda era la que cuidaba y se preocupaba de ambas. Durante los siete años que vivieron juntas, Henriëtte tuvo muchas relaciones con hombres, lo que a Frieda no le hacía ninguna gracia.



No parece haber consenso en el nombre real de este señor. Así, encontramos múltiples variaciones (Jo, Joe, John y Johan) y de su apellido (Feldcamp, Veldkamp y Falcon).

La relación acabó desintegrándose de manera gradual cuando Frieda se casó con un señor flautista, Joe Veldkamp, que se emperró en casarse con ella aunque ella le dijo ochenta mil veces que no estaba interesada en relaciones con señores. Un día, el señor se presentó con un revólver en su casa y le dijo que no quería vivir sin ella. Todo muy romántico y poco tóxico. Frieda, no demasiado impresionada, le dijo básicamente que se podían casar si así dejaba de dar la brasa con el tema, pero que las cosas entre ellos no iban a cambiar a ningún nivel. Él aceptó, se casaron y luego él se deprimió porque su esposa lesbiana no lo quería. No se podía saber, Joe Veldkamp. No se podía saber.

El matrimonio duró poco. Obviamente.

Mientras todo esto pasaba, Frieda, en los últimos años de su veintena, daba clases de música y se había convertido en toda una figura del violonchelo en su país y en la primera mujer en Europa en dirigir una orquesta profesional.

Frieda fue bastante feliz en esa época. Su carrera musical era un éxito y seguía en ascenso, tenía sus amoríos aquí y allá, seguía haciendo lo que le daba la gana y había empezado a vestir

trajes de chaqueta y a llevar el pelo corto, todo un clásico del bollerismo de la época que hasta ese momento no se había atrevido a adoptar. Incluso ganó el primer premio en un concurso para directores de orquesta, que consistía en dirigir una orquesta de gran renombre, aunque Frieda jamás llegó a disfrutarlo. ¿Por qué? Pues porque estamos en 1940, acaba de empezar la ocupación nazi en los Países Bajos y Frieda tiene otras prioridades, que incluyen exclusivamente luchar contra los nazis.

Una de las primeras cosas que hacían los nazis era captar a los artistas, porque no eran tontos y sabían que la producción musical, literaria y artística de un país vale su peso en oro como herramienta de control e influencia. Si eras artista, tenías que producir lo que ellos te indicaran; si no lo hacías, nadie te contrataba y te morías de hambre.



En noviembre de 1940 se puso en vigor una ley por la cual era obligatorio llevar documentos de identidad encima a todas horas para poder controlar a la población judía (sus documentos estaban marcados con una J). La necesidad de crear documentos falsos, incluso para familias que aún no podían salir del país, se incrementó.

Sabiendo lo que había pasado ya en otros países vecinos, Frieda empieza suave: disuelve la orquesta que dirigía para evitar posibles acercamientos indeseados y empieza a trabajar con un grupo de músicos, poetas y otros artistas que intentaban apoyar económicamente a los que se negaban a colaborar con los nazis. Pero, a medida que avanza la ocupación, se enredan más y más en movidas que les pueden costar la vida y el pequeño grupo de artistas acaba convirtiéndose en uno de los frentes más activos de la resistencia en los Países Bajos. La principal tarea de Frieda en el grupo es falsificar documentos, como ya había hecho en su día con la muchacha a la que ayudó a llegar a Rusia.

Su compañero en la falsificación de documentos era un poeta, también homosexual, llamado Willem Arondeus. Al principio no hablaban mucho, más allá del trabajo, pero una noche Willem le pregunta a Frieda si cree que vivirán para ver el final de la guerra y ella le responde que no. Después de haber pasado meses de escondite en escondite, contactando en secreto con familias judías y evitando la vigilancia de los nazis, es fácil imaginar por qué ni Frieda ni Willem pensaban que saldrían vivos de aquella situación, pero no deja de sorprenderme que a ninguno de los dos le importara. «Voy a pedir un precio alto por mi vida», le dijo Frieda. A partir de ese día forjaron una relación de amistad mucho más estrecha, trabajando juntos con la armonía y la eficacia de la confianza ciega mientras seguían buscando pisos vacíos para trabajar y familias a las que ayudar.

Un día, un matrimonio judío no llegó a la cita que habían concertado con ellos. Frieda decidió ir a casa del matrimonio a investigar, que es tan mala idea como parece. Allí fue arrestada por la Gestapo, que enseguida envió agentes a casa de Frieda para requisar todo lo requisable.

Todo lo requisable, teniendo en cuenta que hablamos de una dictadura, es literalmente todo lo que no esté clavado al suelo.

Así que Frieda está en el cuartel general de la Gestapo. Le han confiscado la mitad de su casa para investigarla. Es cien por cien culpable de todo lo que puedan sospechar y de unas cuantas cosas más. Pinta bastante mal. Afortunadamente, tiene un plan que cuenta con la virtud de la

simplicidad: solo requiere las dotes teatrales que descubres que tienes cuando eres una falsificadora de documentos de la resistencia y te ha arrestado la Gestapo.

Sí, el plan de Frieda era hacerse la tonta.

«Señor de la Gestapo, ¿adónde me lleva? ¿Señor de la Gestapo? ¿Por qué me arresta? ¿Se han llevado la comida de mi casa? ¿Cómo voy a comer ahora, señor de la Gestapo? ¿Señor? ¿Señor de la Gestapo? Si mi hermano está casado con una mujer judía, ¿la puedo visitar? ¿Y él me puede visitar? No entiendo las leyes, señor. ¿Me explica las leyes, señor? No sé mucho de leyes. ¿Señor de la Gestapo? ¿Señor de la Gest...?»

Intentaron retenerla, pero después de hacer llamar a un alto oficial para contarle una «información secreta» que en realidad no tenía nada que ver con nada (nivel «Mire, si quiere saber un secreto, Pepe es rico, pero nunca lleva dinero encima para que le invitemos a las cañas»), los nazis están hartísimos de ella y la mandan a su casa. Y ella dice que no, que no se va a su casa porque ellos le han robado la comida y los muebles y ahora cómo va a comer. Ajá, pensaba usted que me iba a engañar y a quedarse con mis muebles, señor de la Gestapo.

Total, que la próxima vez que estéis en una situación que parezca terrible, acordaos de que la Gestapo arrestó a Frieda Belinfante por cometer un número alegre de crímenes y al día siguiente la mandaron sin cargos de vuelta a casa y le devolvieron todo lo que le habían quitado. Sinceramente, pocas veces ha visto el ser humano una jugada como esta.

Y, al día siguiente, de vuelta a falsificar en la sombra, a dar conciertos clandestinos para cristianos y judíos y a asegurar pisos francos. Aquí no ha pasado nada.

Un día, durante una reunión, nuestro grupo de artistas se da cuenta de que tienen un grave problema con el que no habían contado hasta entonces. Resulta que en el registro civil de Amsterdam hay copias de todos los documentos de identidad de los ciudadanos, así que, si un día a alguien le da por cotejar uno de los documentos falsificados por Willem y Frieda con el original del registro, enseguida se va a saber que alguien está repartiendo documentos falsos como churros.

Frieda propone una solución: destruir el registro civil. No es un plan muy elegante pero, como diría *sir* Terry Pratchett, cuenta con la ventaja de la simplicidad y de una larga tradición de éxito. Así que estos poetas, músicos y artistas se pasan cuatro meses trazando un plan de ataque que incluye uniformes falsos, mapas del recinto, sedantes para los guardias y una vigilancia de horarios que ríete tú de *Misión imposible*.

El ataque se realizó el 27 de marzo de 1943 y fue un (medio) éxito.

Por un lado, y acorde con lo que habían planeado, el edificio quedó parcialmente destruido y no hubo víctimas; por otro, en el incendio que resultó del ataque solo se destruyeron alrededor del 15 por ciento de los documentos del registro. Aunque la repercusión final fue considerablemente mayor porque el suceso le dio a mucha gente una buena excusa para ser increíblemente incompetente en su trabajo. Los que trabajaban en el registro se pasaron meses sin encontrar nada porque casualmente todo lo que les pedían se había perdido en el incendio. Los bomberos se equivocaron un poquito apagando el incendio también y resultó que con tanta agua se destruyeron muchos más documentos...

Pero Frieda y sus compañeros no tuvieron tiempo de celebrar el éxito de su plan, porque el grupo fue traicionado. La Gestapo arrestó y ejecutó paulatinamente a todos los que habían llevado a cabo o planeado el asalto. Las últimas palabras de Willem Arondeus, que había sido el jefe de

la operación, fueron: «Que se sepa que los homosexuales no somos cobardes».

En cuanto supieron que habían sido traicionados, el grupo se separó para que les fuera más fácil ocultarse. Frieda decidió hacerse pasar por un hombre para asegurarse de que su rastro fuese difícil de seguir. Así, estuvo tres meses ocultándose bajo un nombre masculino. Tres meses en los que llegó incluso a cruzarse con su madre sin que esta la reconociera y sin poder contactar con ella. Tres meses en los que le fueron llegando noticias de los arrestos y las ejecuciones de sus compañeros, las cuales leía pensando que ella sería la siguiente.

Aun así, la Gestapo le seguía la pista y la situación se hizo insostenible, por lo que Frieda tuvo que huir con ayuda de otros pequeños grupos de la resistencia, pasando por varios países. En ocasiones tuvo que deshacer el camino al encontrarse con que sus mensajes habían sido interceptados o con que la ruta de escape elegida estaba siendo vigilada. Tardó casi dos meses en llegar a Suiza tras cruzar los Alpes a pie en el invierno de 1944. Finalmente la admitieron en un campamento de refugiados, donde Frieda cuenta que tuvo problemas para integrarse porque los demás refugiados, al saber que era lesbiana, no querían compartir espacio con ella. Es aquí cuando, por fin, lejos de la amenaza de muerte pero aún rodeada de hostilidad, Frieda tiene tiempo de recordar todo lo que ha pasado. Se sentía, en sus propias palabras, vacía y muerta por dentro.

Cuando por fin acabó la guerra y volvió a Amsterdam, Frieda se dio cuenta de que no había represalias para los que habían colaborado con los nazis, los que habían vendido a sus vecinos y a sus amigos o los que habían cobrado por enviar a otros a la muerte. Y se dio cuenta de que nadie hablaba de la guerra. Era como si nada hubiera pasado, porque todos querían olvidarlo lo antes posible, dejarlo atrás y enterrar el dolor y la vergüenza. Pero Frieda no podía olvidarlo. No después de todo lo que había hecho, lo que había visto y lo que había perdido; no podía soportarlo. Así que en 1947 decidió poner rumbo a Estados Unidos.



Entre otras cosas, el violonchelo de Frieda cambió de dueño un par de veces antes de volver con ella. Durante la guerra lo «vendió» a cambio de fondos para el grupo, ya que su benefactor estaba vigilado por los nazis y no podía darles el dinero para apoyar su causa de forma abierta.

En América, Frieda se ennovia con una muchacha con la que compra un coche y se pasean por el país durante todo un mes, carretera para arriba, carretera para abajo. Conocer gente y descubrir sitios nuevos no sana sus heridas, pero distrae su mente, lo que suele ser un buen comienzo. Después se pillan juntas una casita en Laguna Beach, donde viven de forma tranquila y Frieda tiene tiempo para descansar como se merece. Y entonces, por primera vez desde la guerra, Frieda vuelve a tocar el violonchelo por placer. Han pasado muchas cosas desde entonces, pero recordemos que antes de la guerra tenía una carrera musical meteórica que era su gran pasión.

Frieda todavía conservaba una reputación importante a nivel internacional y además sabemos que cuando quería algo era un poco como un misil tierra-aire, así que vuelve a meter la cabeza en el mundo de la música y poco a poco se entrega a él completamente. Primero en Laguna Beach y luego en Santa Fe, con la que sería su última pareja, Frieda retoma sus conciertos, su carrera de directora de orquesta y sus clases de música. Frieda dedica el resto de su vida a vivir tranquila. Y

por vivir tranquila me refiero a formar a un montón de músicos, fundar la Orquesta Filarmónica de Orange County (una de las primeras orquestas profesionales sin ánimo de lucro) y luchar contra la homofobia de sus compañeros, que la retiraron de más de un puesto de trabajo. Ya sabéis, tranquila, pero en la escala de Frieda Belinfante, no en la escala humana.

Frieda murió en Santa Fe con noventa años, en 1995. Su nombre y sus actividades durante la guerra habían quedado completamente olvidados y tan solo un par de años antes de su muerte se empezarían a reconocer sus hazañas.

Todos los que la conocían dicen que nada la detenía. Ya fueran problemas de salud, de dinero, profesionales, prejuicios contra su sexualidad o la ocupación nazi. Nada podía pararla, dicen, porque tenía una confianza absoluta en sus acciones, en la necesidad de posicionarse y de ayudar a los demás. Si alguien tenía problemas, actuaba. Si algo no le parecía justo, lo arreglaba. Incluso creyendo que no saldría viva de la guerra, todos los días luchaba por dejar atrás un mundo mejor que el que se había encontrado. Os dejo con una de las frases con las que me conquistó cuando estaba viendo la entrevista: «Siempre ayudo a otra gente; si se lo merecen o no, eso viene después. No todos se merecen el esfuerzo, pero el esfuerzo siempre merece la pena».

Palabras pronunciadas por una mujer de aspecto ya frágil, pero con la voz suave y la mirada clara. Una presencia todavía sólida en su traje de chaqueta blanco, desovillando la historia poco a poco con una sonrisa honesta. Yo nunca voy a olvidar la tarde que pasé escuchándola y espero que desde ahora vosotros no olvidéis nunca su nombre.

Frieda Belinfante. Violonchelista de éxito, pionera en el mundo de la dirección de orquestas y azote de los nazis.



CRISTINA DOMENECH: nació en 1987 en Málaga. Graduada en Estudios Ingleses, cursó un máster en la misma disciplina en la Universidad de Málaga y actualmente es doctoranda y realiza una tesis orientada a la literatura histórica desde una perspectiva queer.